

San Marcos

JULIO C. TELLO

Rebeca CARRIÓN CACHOT

NOTAS SOBRE LA NOVELA

Luis Alberto SÁNCHEZ

BERNANOS CONTRA LOS ROBOTS

André BOURIN

LA EDUCACIÓN EN EL PERÚ

R. MAC LEAN Y ESTENÓS

EL ARTE TIAWANAKO

F. COSSIO DEL POMAR

INGLATERRA SE TRANSFORMA

André SIEGFRIED

FABLA ELEMENTAL

Mario FLORIAN

HISTORIADORES PERUANOS

Daniel VALCARCEL

LÍRICA QUECHUA

A. TAMAYO VARGAS

LA CULTURA URUGUAYA

José GABRIEL

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS

Lima (PERÚ)

Julio - Agosto

1947

UNMSM-CEDOC

SAN MARCOS

es una publicación periódica de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima (Perú) que se propone cooperar en la difusión de la cultura general por toda América. Colaboran en ella con tal propósito los más capaces intelectuales contemporáneos, muchos de ellos consagrados, otros jóvenes que traen al mundo una palabra nueva

2

Toda correspondencia debe dirigirse a

SAN MARCOS

Instituto de Periodismo
de la Facultad de Letras

**UNIVERSIDAD NACIONAL
MAYOR DE SAN MARCOS**

Lima — PERU



Revista de Cultura General
de la
UNIVERSIDAD NACIONAL
MAYOR DE SAN MARCOS

Instituto de Periodismo

Lima
(PERÚ)

•

Año I

Julio - 1947 - Agosto

Núm. 1

UNMSM-CEDOC

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Rector

Dr. Luis ALBERTO SANCHEZ

Vicerrector

Dr. Sergio BERNALES

Secretario General

Dr. Roberto MAC-LEAN Y ESTENÓS

Decanos y Subdecanos

FACULTAD DE DERECHO

Dr. Lizardo ALZAMORA SILVA

„ José LEON BARANDIARAN

FACULTAD DE MEDICINA

Dr. Sergio BERNALES

„ Carlos Enrique PAZ SOLDAN

FACULTAD DE LETRAS

Dr. José JIMÉNEZ BORJA

„ Felipe COSSIO DEL POMAR

FACULTAD DE CIENCIAS

Dr. Darío ACEVEDO

„ Alfredo LEVI RENDÓN

**FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
Y COMERCIALES**

Dr. Guillermo URETA DEL SOLAR

„ Erasmo ROCA

FACULTAD DE FARMACIA

Dr. Fortunato CARRANZA

„ Gonzalo GURMENDI

FACULTAD DE ODONTOLOGIA

Dr. Augusto TAIMAN DEL VILLAR

„ Luis ROJAS SAENZ

FACULTAD DE EDUCACIÓN

Dr. Pedro DULANTO

„ Nicandro PAREJA

FACULTAD DE QUÍMICA

Dr. Alejandro MOSER

Ingº Quím. Felipe DUFFAUT

FACULTAD DE MEDICINA VETERINARIA

Dr. José SANTIVÁÑEZ

„ Humberto RUIZ

Lima

PERU

San Marcos



A Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima ha dispuesto la publicación periódica de una revista de cultura general que compondrá y editará su Instituto de Periodismo. Es la revista que comienza con el presente número y a la que se ha dado el nombre epónimo de SAN MARCOS.

Las diferentes Facultades de la institución, tienen sus publicaciones periódicas especializadas. Hacía falta una que comprendiese la generalidad de todas las entidades universitarias, que representase, por ende, el espíritu propiamente universitario, forjado de especialidades con sentido humanístico. SAN MARCOS se propone serlo, sin sustituir a ninguna, sino complementándolas a todas.

Responde por otra parte la nueva revista al propósito de extensión cultural y de divulgación en que se halla empeñada bajo el imperativo reformista la Universidad y que no es una tentativa de simplificación de los problemas de la cultura, sino la humanización de los mismos fuera de los arcanos del laboratorio, como lo exigen los tiempos democráticos. El pueblo pide técnicas cada vez más depuradas, pero reclama cultura, y es estricto deber proporcionársela, lo que pa-

ralelamente significa extraerla de él, fuente perenne de sabiduría. Enseñaremos aprendiendo.

Y ¿por qué, en momentos en que se busca con tanto afán el conocimiento y la fraternidad de las naciones, no sería SAN MARCOS también un vehículo y un vínculo más entre la cultura peruana y el mundo de la cultura? Ante todo, salvando las propias fronteras, nos dirigimos a América, por razones obvias, luego a Europa y demás orbes culturales; nos dirigimos, bien entendido, para ofrecer nuestro aporte, igualmente que para solicitar el ajeno, en irreprochable actitud de comunidad espiritual.

Por fin, dentro y fuera de la Universidad, dentro y fuera de la patria, SAN MARCOS quisiera registrar valores jóvenes, mensajes de esperanza, palabras de futuro; y sin menoscabo de su forzoso origen académico, ejemplificar la libertad decorosa de pensamiento y de expresión. Todo aquel que tenga algo bueno y bello que decirles a los hombres, debe recurrir a SAN MARCOS, empezando, como es lógico, por los maestros y los estudiantes que constituyen la gran familia sanmarquina y las fraternas del resto del Perú universitario.

El Instituto de Periodismo procurará, además, que SAN MARCOS sea, dentro de sus medios, un dechado periodístico.

Sumario

Redacción

Págs.

HISTORIA DEL MUNDO. <i>Política:</i> Tribulaciones de la nación-estado — Víctima de la guerra total — India y Palestina — Restos coloniales — No cree en la atómica. <i>Educación:</i> Extensión cultural — El Instituto de Periodismo — Intercambio universitario — Excursiones de estudio — Ideal y plan en nuestra educación — El Parlamento de la juventud — Escudo de San Marcos	7-23
<i>Bellas artes:</i> Humoristas peruanos	23
<i>Música:</i> Celebración de Brahms	24-26
<i>Teatro:</i> La Compañía Nacional de Comedias	26
<i>Letras:</i> El cuarto centenario cervantino — Feria del libro en Lima — "Mi Manuel" — "Rumbo literario del Perú" — Actividad editorial — Bajo la cúpula — Revistas de San Marcos — "Las Moradas"	27-33
<i>Costumbres:</i> Fiestas populares peruanas	33-34

Colaboración

LA OBRA UNIVERSITARIA DE JULIO C. TELLO, por Rebeca CARRIÓN CACHOT	35-43
NOTAS SOBRE LA NOVELA, por Luis Alberto SANCHEZ	44-58
BERNANOS Y LOS ROBOTS, por André BOURIN	59-65
LA EDUCACIÓN EN EL PERÚ DURANTE EL COLONIAJE, por Roberto MAC LEAN Y ESTENÓS	66-86
HIPÓTESIS EN TORNO DEL ARTE TIAWANAKO, por Felipe COSSIO DEL POMAR	87-99
UNA INGLATERRA QUE PERDURA Y SE TRANSFORMA, por André SIEGFRIED	100-107
FABLA ELEMENTAL AL NACIMIENTO DE PEDRO PALANA, HOMBRE DE ABAJO Y DEL PERÚ, por Mario FLORIAN	108-109
HISTORIA E HISTORIADORES PERUANOS, por Daniel VALCÁRCEL	110-120
LÍRICA QUECHUA, por Augusto TAMAYO VARGAS	121-131
INTRODUCCIÓN A UN ESTUDIO DE LA CULTURA URUGUAYA, por José GABRIEL	132-168
PAGINAS IRREVERENTES: "Retrato impúdico de Martín Adán", por Sebastián SALAZAR BONDY; "Una vida en las tinieblas", por Carlos MENESES CARDENAS; "Un perro, un hombre y la calle", por Alfredo FERNÁNDEZ CANO	169-173

Redacción

Historia del Mundo

POLITICA

TODOS los que vivimos la postguerra mundial anterior, descontábamos que la presente sería distinta: la sociedad capitalista no podía exponerse a una nueva desocupación en masa, ni siquiera abandonar a sus recursos y a su iniciativa a los pueblos derrotados. Previmos pues certeramente la ocupación militar, la provisión de alimentos y otro tipo de castigos y de indemnizaciones de guerra. Ahora nos damos cuenta de que nuestra previsión, aunque consentía cierto rigor estatal y marcial transitorio, auguraba una especie de paraíso terrenal. Lo hubiera sido un mundo, algo militarizado por el momento, pero purgado de enemigos y convaleciendo en la paz, en el trabajo y en el bienestar creciente. ¿Cómo es que no estamos viviendo ya aquel paraíso? Al contrario, la postguerra parece haber empeorado la existencia para todos los que no nos hallábamos en los frentes de operaciones o en los campos de concentración o bajo la amenaza de los bombardeos. Tal vez hasta hubiésemos sufrido el empeoramiento de las condiciones materiales de vida si al menos hubiésemos experimentado un auténtico desahogo espiritual; pero, si bien hemos visto sucumbir al totalitarismo italo-germano-japonés (y no es poco el beneficio, por cierto), se ha fortalecido y difundido el totalitarismo soviético, perdura el totalitarismo español, no aumentó un ápice la libertad humana en general, al contrario, entre avances y retrocesos ha venido a arrojar un déficit notorio, y todos vivimos más o menos preocupados bajo el enigma de un mañana que puede llegarnos con la catástrofe más espantosa. Indudablemente, a nuestra previsión le faltaron anchura y pro-

fundidad. No sospechamos que la sociedad capitalista o burguesa, para eludir el empantanamiento de 1918, tenía que hacer mucho más que evitar el paro y la miseria y las rebeliones, tenía que proseguir la guerra. Y es lo que está ocurriendo, con una tregua de sangre, pero con un recrudecimiento atroz de las operaciones económicas y políticas.

Examinada sin pasión partidaria ni aun social la presente etapa histórica, pareciera estar produciéndose la caducidad de un ciclo político y económico y la apertura de otro. En concreto, se le presenta sin esfuerzo a la mente la idea de que periclita en el mundo el sistema capitalista liberal y surge con acentuado carácter estatal un orden socialista; el estertor del moribundo y la impaciencia del aspirante, causan el desencaje social que padecemos. Algo acontece de eso y también de esto otro menos preciso: que el ciclo capitalista liberal claudica, y el mundo titubea, tropieza y destroza buscando un poco a ciegas la salida. Pero acaso el nudo del actual drama histórico sea otro, a saber: que la nación-estado, institución de hecho creada por el Renacimiento europeo, y más exactamente por Richelieu, trata de entrar en las vías del derecho y no encuentra la puerta.

Ya durante la Gran Guerra del 14 se vaticinó la clausura de la sociedad capitalista — capitalista en absoluto, y no solamente liberal. El bolchevismo ruso vino precisamente a iniciar la marcha general hacia la nueva sociedad socialista inevitable e inminente. Pero el propio bolchevismo sólo pudo subsistir a costa de dar marcha económica atrás (con la famosa N.E.P.), de desfigurarse en el aparente interinato de un socialismo con fronteras, y de mantener una dictadura política más rigurosa que todas las conocidas en la historia burguesa. Luego, hubo que convenirse de que el capitalismo, causante de aquella guerra, era aún el único orden social capaz de reparar los desperfectos bélicos. Surgió entonces una panacea, la del totalitarismo derechista (con el fascismo y el nazismo en primer término), pero también se vió pronto que la organización capitalista, que al fin los venció en todos los terrenos, seguía siendo superior. De más está advertir que no es que se comprobase el definitivo fracaso socialista, ni aun el definitivo fracaso de las formas totalitarias de derecha y de izquierda que la aspiración socialista había revestido, sino que la nueva sociedad no estaba en sazón o irrumpía equivocada, y frente a ella, en aquel modo, la presunta sociedad caduca seguía siendo más apta y más poderosa. La historia tiene un proceso natural; pero el albedrío humano lo tuerce, lo fuerza o lo demora, y mientras tanto las potencias conservadoras de la vida acuden a la

brecha o son ya realmente incapaces y favorecen la confusión y hasta el suicidio colectivo, como el de la sociedad egipcia. Hoy mismo, después de la cruel experiencia de una segunda Gran Guerra y de una postguerra sin ilusión, ni el más resuelto anticapitalista osaría proclamar reflexivamente la perfecta inutilidad del capitalismo, aunque le achaque todas las culpas. Además, como no estamos filosofando sino historiando, no se trata de dictaminar en abstracto: se trata de consignar la realidad, y ésta no es idéntica en todas las comarcas de la Tierra.

Sin duda, antes de poder liquidar la sociedad capitalista tiene que cumplir el mundo una etapa intermedia, que es la de la reducción de la nación-estado a términos jurídicos. Estado y nación no son mellizos, como lo supone en general una deficiente educación histórica: Roma es un estado tutor de varias naciones, las cuales, con esa tutoría extraña, se dispensan de una obligación estatal propia. Podría decirse: Roma es un estado sin nación, para acudir a las naciones sin estado. Al empuje de los bárbaros, que son pura nación sin estado, el tinglado estatal romano se derrumba, y queda libre en Occidente la nacionalidad, preservada del caos por el municipio o cabildo o ayuntamiento de estirpe romana aún, y por el fuerojuzgo de cuño gótico, y que España consolida con su poderoso sentido ético y estético (geografía y humanidad conciliadas) de extracción ibera. La modernidad genuina se produce en ese tramo (es entonces cuando nace la palabra "moderno", hacia el siglo VI ó V) y tiene el sentido profundo de la pluralidad actuante, de la coexistencia individual y nacional espontánea, de la convivencia de los "modos". El Renacimiento (por eso se "renació") restablece las aficiones romanas literarias, artísticas, sociales y políticas, con estas últimas la de la prepotencia estatal, desde luego en parte por culpa de un feudalismo díscolo y disolvente; pero la nacionalidad política, social, económica, artística, literaria etc. era ya un hecho vigoroso, y aunque Roma, rediviva en la Iglesia, y Germania romanizada con la civilización, pretendieron restaurar el estado imperial latino por conducto de una España atomizada, triunfaría el Cardenal Richelieu con su Francia como estado nacional.

La nación-estado procede de ahí. Es pues un hecho recientísimo, no cuenta cuatro siglos aún, puede pensarse que no ha desarrollado todas sus virtudes y todavía tiene mucho que hacer. Pero hay algo más importante en el acontecimiento, y es que la nación-estado nació como cosa de hecho y no de derecho; y en el hecho sin juridicidad se mantiene.

El estado imperial no necesita invocar derecho alguno, pues se asigna un origen divino y reposa en la fuerza. La nacionalidad ética y estética, cifrada en la voluntad personal y en la geografía, tuvo cierto sostén jurídico en los cabildos o ayuntamientos y en el derecho consuetudinario y local; pero se justificó sobre todo por sus límites naturales: era una superposición exacta del paradigma a las cosas, de modo que no hubiera podido decirse quién producía a quién; existía con el derecho natural del árbol. La nación-estado es otro negocio: sobrepasa o no alcanza (o las dos cosas a la vez por diferentes flancos) la demarcación de la naturaleza, y no pudiendo cifrarse exactamente en la geografía humana ni económica, invoca un derecho de propia invención para sus dominios o sus aspiraciones, lo que la vuelve arbitraria como el imperio, con un antifaz jurídico, o víctima sin resignación.

Esa institución *de facto* es hermana o prima de la burguesía, pero no hija, como puede comprobarse no más en el espectáculo de la Rusia soviética antiburguesa y anticapitalista y supremamente nacional y estatal, al extremo de configurar la acumulación de la nación-estado y el imperio. Como pariente cercana, sigue la nación-estado de hecho las alternativas históricas de la sociedad burguesa capitalista; pero como destinada a más larga vida, busca su acomodo en el zigzag del tiempo, mientras el capitalismo claudica o también se transforma. El acomodo que la nación-estado persigue de momento, es del clima jurídico.

Realizó una primera tentativa en la postguerra anterior. No fraguó la Liga de las Naciones, y un frívolo revolucionarismo de izquierda adujo las contradicciones capitalistas. Sin que faltaran en la cuenta tales contradicciones, lo que falló entonces fundamentalmente fué la voluntad nacional de derecho. Siglos de propaganda nacionalista con el supuesto indiscutible de la soberanía, crearon en todo el mundo la mentalidad y el sentimiento del origen y el destino individual de las naciones al amparo de la fuerza estatal, y no podía fraguar la lírica Liga de Ginebra, como habían fracasado las convenciones de La Haya, como fracasó mucho antes la generosa confederación americana bolivarina, como fracasarían los mismos compromisos de las Internacionales socialistas IIª, IIIª y IVª, que se basaban en el reconocimiento del estado de hecho, aunque librado a la autofagia futura. Claro que siempre hay grupos económicos que utilizan el estado de hecho para explotar a los demás en propio beneficio; pero ¿no es un postulado marxista que el capital explotador carece de entrañas y de patria, y no ve cualquiera que la unión internacional más frecuente y efectiva es la del capitalismo? La nación-

estado antijurídica la usan para su provecho los clanes capitalistas, pero se la arrojan a la cabeza unos a otros todos los pueblos. Es un arma anterior a los ejércitos nacionales, a las fábricas Krupp o Schneider, a la City y a Wall Street; y sobreviviente de Lenin. Su sometimiento a derecho es pues previo a todo otro menester político internacional — previo y no único, por supuesto, conviene precisarlo para no sustituir la desorientación presente con visiones.

Pero ¿quién le pone el cascabel al gato? Después del fiasco ruidoso de Wilson, hace un cuarto de siglo, y del reciente de Rodríguez Larreta, lo más a que se aventuran los "utopistas" y los "filántropos" es a sugerir ciertos acuerdos íntimos entre la familia americana, que no encaran el problema en el Continente y escamotean el de Europa, el de África, el de Asia, el de Oceanía. En los dos últimos, ya estamos a tiros otra vez; en el segundo impera la ocupación unilateral; en Europa...

En Europa no puede ni plantearse la cuestión por ahora. Lo hizo Churchill, pero desde su retiro, como simple utopista que, perdidas todas las oportunidades de influir en la marcha del mundo, se prenda para distracción de su ocio de la imagen de una federación europea. Francia no se siente con poder como para rectificar una creación propia y quedar prominente en la nueva estructura; a Italia la dejó exhausta para mucho tiempo Mussolini; Alemania no existe por ahora, Suiza y las naciones escandinavas se repliegan hacia sí mismas con mayor afán que nunca, España está radiada del orbe, Turquía no gravita allende sus fronteras, los satélites de Rusia esperan órdenes de Moscú, en Moscú, ya lo hemos dicho, está viva y en su máxima tensión la idea nacional e imperial, China sólo posee sus sufrimientos, América es para el caso los Estados Unidos del Norte, y los Estados Unidos, muerto Roosevelt el de la Carta del Atlántico, se miran asustados en el espejo de Wilson y prefieren plantear un problema de mercados.

Todo lo que se arriesga pues en el tapete internacional es un reajuste económico, un *modus vivendi*, que no puede condenarse en sí mismo (desde que tantas veces impone la vida a los individuos y a las colectividades la adopción de un modo de vivir) pero que ya no puede tener operancia en un mundo abrumado por la ortopedia y urgido por el restablecimiento orgánico. Nadie cree en él; se acepta o se repele según se supone que favorece o contraría a las propias ambiciones. En tanto, se aplaza *sine die* el planteo fundamental, y prosigue implacable su secreta corrosión la cizaña. La nación-estado con atribuciones imperialistas, es decir dos veces institución de hecho,

por no someterse a derecho, parte el mundo en dos bandos enemigos y amenaza atomizarlo. ¿Quién nombra al gato despensero? Es verdad; pero si la Tierra, como planeta, integra un sistema astronómico, como morada humana no tiene alrededores, y todo lo extrae de sí misma, la enfermedad y el remedio. Es una nación-estado *de facto* la que tiene que tomar la iniciativa de su redención jurídica y la de todas. Luego, se plantearán otros problemas: la calidad problemática es el signo de la vida. Pero no serán dilemas de vida o muerte como el que acongoja en estos instantes al género humano. O se toma el toro por las astas, o sobreviene el conflicto. Pueden ser interesadas o tácticas las crecientes alarmas autorizadas y hasta oficiosas; pero la mecánica de la historia no depende de alarmas ni se gobierna con desdenes.

América en las vías del derecho

EN medio de la desazón que dejamos consignada y fundamentada, no deja de ser grato ver a las Américas encabeizando, cuando menos, la preocupación por conducir la nación-estado a la norma jurídica. La conferencia pan-americana de Río de Janeiro, en efecto, tiene por objetivo principal un compromiso de mutua defensa que, en el fondo y aunque con otros pretextos, no es sino una tímida entrada en las vías del derecho. Son viejos, por supuesto, los pactos defensivos entre naciones; pero en América se trata en estos momentos de algo más: las naciones continentales persiguen una organización supranacional común que impida las agresiones extrañas obligando a cada una y a todas a repeler la agresión, aunque no les toque particularmente. En realidad, los comienzos o, digamos mejor, el ensayo de una posible federación continental, aunque por el momento no pase de un compromiso pacifista, sin otras consecuencias.

Bienvenida esta preocupación americana. Aun cuando no fuera más que un simulacro, la organización internacional que se procura ya es algo. Por lo pronto, va acostumbrando a los hombres a la idea de una instancia superestatal, lo que puede contrarrestar eficazmente los efectos de una educación nacionalista de siglos antijurídicos. No se renuncia a la nacionalidad, hecho natural tan indeclinable como la configuración biológica; se saca la nación del ángulo agresivo, colocándola en la tangencia de cualquier segmento del círculo que las abraza a todas. El patriota no deja de serlo, pero se vuelve humano. Ama cada cual a la propia tierra, pero al servicio del mundo. Es el fin

que se quiere conseguir. Y ya es dar un paso adelante reconocer un interés y un compromiso internacionales por encima de los intereses y de los compromisos de la propia nación.

América, que tantos contemplan como el futuro humano, que tantos otros motejan de pasado irremediable, podría dar razón definitiva a los primeros avanzando resueltamente por el camino emprendido. El espectro intervencionista provoca en ella justificados recelos; lógica e historia se unen para hacer temer a más de un pueblo una zancadilla. Ninguno podría reprocharle a otro que tome los debidos recaudos: por entrar en la era del derecho internacional, no va nadie a inmolarse ingenuamente, rechazando con eso mismo, además, el objeto perseguido. Pero, garantizado precisamente por los compromisos comunes el mutuo respeto, nada más saludable por ahora que una convivencia de obligaciones voluntaria y no de mera proximidad física. Sólo los pueblos de ambiciones inconfesables pueden temer la nueva situación; contra ellos van dirigidos los compromisos internacionales. Para los demás, que son los respetuosos del lote ajeno y los perjudicados en el propio, la nación jurídica puede ser el comienzo de la justa satisfacción. La fuerza ha decidido hasta ahora entre las naciones; debe decidir el derecho. En una etapa superior de la evolución humana, será la razón.

Víctima de la guerra total

VICTORIOSA en la guerra, la Gran Bretaña ve prolongados sus sufrimientos en la paz. Es una consecuencia inevitable de la guerra total, impuesta por el nazismo. Ya no cabe vencer al enemigo en los campos de batalla e imponerle tributos compensadores; el enemigo queda ahora exhausto y se convierte, al contrario, en una carga para el vencedor. La guerra total es pues una especie de guerra suicida: no hay en ella más que derrotados. Si Rusia y los Estados Unidos del Norte no lo parecen lo mismo que Inglaterra, es porque la primera, además de no haber descendido mucho de su pobreza anterior y de resarcirse ahora con la ocupación que a sus aliados les resulta onerosa, constituye un inmenso cuartel en que la población nacional sigue movilizada, regimentada y racionada; y los Estados Unidos están casi intactos y poseen una cuantiosa riqueza colectiva. A Inglaterra, ni tan rica ni tan pobre, la alcanzó directamente el azote bélico, y la ocupación la exacciona, amén de tener que acudir a reparar las grietas de un

imperio tambaleante. Es la mayor víctima, casi tanto como las naciones perdedoras.

En este espejo debe mirarse un mundo que aun no halla cómo entrar en rieles sin otra guerra total, supremamente total, que no consentirá ni siquiera los relativos vencedores de hoy, que no dejará más que vencidos, mutilados, exhaustos. Decía el poeta Hebbel: "En un príncipe, la tentación más humana es hacer la guerra". ¿Hay todavía príncipes con tentaciones más humanas? Naturalmente que no se hace la guerra porque lo quiere un hombre, al menos ahora, cuando el mecanismo estatal es más complejo hasta en los regímenes despóticos; pero, si no un príncipe solo, siempre hay un grupo de príncipes tentados o propensos a la tentación — a la tentación más humana y suicida.

India y Palestina

LAS nubes políticas de nuestro tiempo dejan filtrar de pronto rayos de sol que acaso no apreciamos debidamente por la bruma que nos envuelve. Uno de ellos, de luz viva, es el del comienzo de la emancipación de la India británica, que puede ser el comienzo de una era nueva en el Asia y no deja de ser un rasgo de serenidad política de Gran Bretaña. La opinión democrática mundial espera algo semejante en Palestina. Por desgracia, la independencia de la vieja tierra santa implica otros problemas: uno de ellos es el de la ocupación árabe de hecho, otro el de la posición estratégica de la Palestina para el caso de una guerra con Rusia.

Restos coloniales

EN declaración circulada por vía diplomática a todo el Continente, el gobierno de Guatemala, presidido por el joven profesor Juan José Arévalo, invita a la Conferencia Internacional Americana que ha de celebrarse en 1948 en Bogotá, a que declare "que es justa aspiración de las Repúblicas de América que se ponga término al coloniaje que subsiste en el Continente". Fundamentan la declaración breves y expresivos considerandos. En ellos se habla de un "estado de subordinación espiritual y económica", y de "dependencia política". Naturalmente que si la conferencia resuelve tratar la declaración, tendrá que ser muy explícita. Habrá que concretar las subordinaciones y las dependencias.

No cree en la atómica

ALBERTO EINSTEIN ha hecho resonantes declaraciones acerca del poder de la bomba atómica como arma de guerra. Empieza por examinar la situación bélica japonesa cuando apareció en forma apocalíptica esa bomba: cree que la nueva arma determinó, en efecto, a los japoneses a rendirse incondicionalmente, pero más bien que como efecto total de la bomba misma, como pretexto para liquidar una situación ya insostenible. Luego, recuerda que, a medida que han ido apareciendo armas de guerra perfeccionadas, las guerras no sólo no han desaparecido sino que se han intensificado. ¿Puede pues esperarse que el mundo renuncie ahora a la guerra por el temor de la bomba atómica? No lo estima posible. Para él, en los dirigentes de los pueblos está ya formada la duda respecto a la eficacia de la bomba atómica. No es que crean que no merece cuidado, sino que se puede contrarrestar. En suma: que la supresión de las guerras debe venir por otro conducto.

EDUCACIÓN

Extensión cultural

LA Universidad Nacional Mayor de San Marcos se halla en plena actividad democrática. Todos sus institutos tienen una inscripción y una concurrencia como jamás se han visto en ellos; y en todos se desarrolla una acción técnica y cultural nunca superada en proporciones ni en calidad. La más venerable Universidad del Nuevo Mundo vuelve pues por sus fueros, indicio satisfactorio de que toda la vida peruana, después de años de retroceso o de estancamiento, puede reanudar la marcha hacia adelante, como ya lo estamos viendo. Una agitación también insólita conmueve con su gozoso despertar a la Universidad; pero es el signo seguro de una recuperación robusta, pues sólo donde hay salud física hay euforia, y donde hay progreso espiritual hay debate y pugnacidad y apasionamiento por la belleza y por el bien. Profesores y alumnos de San Marcos conocen las insuficiencias de la institución y, en consecuencia, no exagerarán los alcances de lo que en ella se realiza; pero por lo pronto saben que la Universidad se agita, vive, se supera y lleva camino de alcanzar la meta superior que le está naturalmente asignada y a que en otros tiempos llegó. Sus posibles errores en este estremecido ascenso, no son menos sugerentes de su vitalidad.

La actividad más ostensible de la institución se despliega en la vieja casa central, donde miles de alumnos y decenas de maestros concurren a diario con las trazas notorias del entusiasmo y de la fe, en su aprendizaje unos, en sus enseñanzas los otros. Siempre — detalle muy digno de nota — se ve por los amplios patios de jardinería, cordialmente mezclados con los estudiantes limeños, a estudiantes de las demás universidades peruanas y de otras de América, especialmente argentinos, chilenos, uruguayos, bolivianos, venezolanos, colombianos, portorriqueños. También se ven a diario profesores extranjeros de paso o invitados por la Universidad a ocupar sus cátedras, tan pronto norteamericanos como argentinos, uruguayos como mejicanos, españoles o franceses. En las Facultades, además de los cursos de rigor, se realizan cursillos o conferencias o reuniones de mesa redonda, como los que tanto interés suscitaron de los profesores Jiménez de Azúa y Herzog, en Derecho y en Ciencias Económicas, respectivamente. Y en la amplia zona de la extensión cultural no transcurre día sin que haya una selecta demostración de obra, como lo reseñaremos íntegramente en el 2º número.

De la extensión cultural está a cargo un departamento creado por el estatuto universitario en vigor y que se halla organizado en las siguientes secciones: 1. Conferencias, conciertos y exposiciones; 2. Editorial; 3. Teatro universitario; 4. Radiodifusión; 5. Excursiones universitarias y escuelas de vacaciones. Las conferencias tienen lugar diariamente, al atardecer, en el vetusto y evocador Salón General de la Universidad, donde maestros de fama mundial ofrecen a abigarradas y entusiastas multitudes estudiantiles su palabra sabia, republicana y liberal, en la que este año ha dado la nota suprema el insigne parlamentario y profesor argentino Dr. Alfredo L. Palacios hablándonos de los hombres libres, rebeldes, visionarios que crearon la gran democracia rioplatense, como Moreno, Echeverría, Alberdi, Sarmiento, Artigas: el maestro Palacios, que volvía a profesar en la cátedra sanmarquina después de 28 años, abrió un hondo surco en la tierra democrática peruana, fué escuchado y ovacionado por muchedumbres jóvenes, y por su parte no recató la satisfacción que le producía volver a ocupar la cátedra en que antaño lo rodearon pulcros y corteses caballeros de atuendo impecable, y hoy se vió requerido para su sed espiritual por muchachos rudos, tumultuosos, sinceros.

Los conciertos instrumentales o vocales ejecutados también en el General de la Universidad, han contado igualmente con el concurso estudiantil fervoroso y con la presencia de humildes trabajadores de la ciudad, para quie-

nes ya es grato hábito trasponer las puertas sanmarquinas, circular libremente por patios y corredores, pedir un libro en la biblioteca u ocupar un asiento en el salón de actos, indistintos entre la masa democrática de profesores y de alumnos. La sección Editorial ha publicado en dos volúmenes las conferencias auspiciadas por el Departamento y está compilando el material para el tercero. El Teatro, en un año de actuación, ha constituido un nutrido elenco estudiantil y ha dado en Lima y provincias media docena de representaciones de alta calidad artística; en estos momentos prepara la representación de la NUMANCIA de Cervantes, con que colaborará en la celebración del 4º centenario cervantino. Están en plena organización, además, una orquesta, un orfeón y un cuerpo de baile universitarios, que actuarán en relación con el teatro. La radiodifusión se cumple con la transmisión de las conferencias y los conciertos del Salón General, y ha iniciado una nueva etapa con un informativo diario de las actividades de San Marcos, de 6 a 6 y 15, por las ondas de Radio Nacional.

Merece párrafo aparte la actuación de la quinta sección, que en Abril último realizó en la ciudad de Ayacucho la primera Escuela de Vacaciones de la Universidad, con el doble provecho de una intensa siembra cultural y artística en la histórica población, y de una cosecha de artesanía indígena que constituyó toda una sorpresa para la mayoría de los emisarios limeños. La sección está ya organizando la segunda Escuela de Vacaciones, para el próximo verano, en la ciudad de Ica.

El Instituto de Periodismo

UN nuevo instituto, creado también por el estatuto universitario, ha empezado a funcionar en la Universidad Mayor de San Marcos: el de Periodismo, existente desde hace más de medio siglo en universidades europeas, muy difundido desde hace muchos años también en las universidades norteamericanas, y que día a día cunde por el Continente. Cuba es la primera que adoptó en América, después de los Estados Unidos del Norte, una escuela de periodismo; la siguieron la Argentina, Venezuela; acaban de reclamar una creación semejante, en su patria, los periodistas bolivianos reunidos en un primer congreso nacional del gremio, en la Paz. En el Perú, la Pontificia Universidad Católica de Lima inició hace dos años una Escuela de Periodismo que sigue funcionando con creciente interés, y la Universidad del Cusco lo ha hecho en el presente año, también ávidamente solicitada por los estudiantes. En Li-

ma, hace tiempo que se manifestaron iniciativas en favor del establecimiento de una escuela periodística, verbigracia la moción que en 1943 presentaron a la Cámara de Diputados, de que formaban parte, los diputados Emilio Delboy, por Tambopata, y Ernesto More, por Huancané.

"Las escuelas de periodismo — dijo el diputado Delboy al fundar aquella moción — son tan indispensables en los medios que se llaman superiores, que se pudiera afirmar que su frecuencia se mide por el grado de cultura de los países donde prosperan. Hay decenas de escuelas de periodismo en los Estados Unidos. Así también las hay, sin referirme a Europa, en Canadá, México, Cuba, Brasil, Argentina y Chile. En el Perú no existe ninguna, tal como si temiésemos a la profiláctica organizada por la letra de molde. . . . Me parece que la fundación de la Cátedra de Periodismo, y la subsecuente organización de escuelas expertas en la materia, es el primer paso hacia la redención, decoro y autonomía de la prensa diaria y periódica en crisis de ambiente y perspectivas".

La moción recomendaba al Ministerio de Educación Pública que gestionase de la Universidad Mayor de San Marcos la fundación de la cátedra de periodismo, "sin perjuicio de organizar el plan que crea más conveniente para que los beneficios de este propósito se extiendan también, lo antes posible, a las demás Universidades de la República"; y fué aprobada por la Cámara.

Fué preciso que trascurrieran tres años y que, con el cambio de régimen político, se dictase el actual Estatuto Universitario para que la Universidad resolviese por su cuenta la esperada creación, que razones de orden técnico recién permitieron hacer efectiva el presente año. El Instituto de Periodismo así fundado en San Marcos, desarrolla por ahora un curso de dos años, con cuatro asignaturas en cada uno: dos especializadas y dos de cultura general. Las especializadas comprenden en 1^{er}. año la Historia y la Organización periodísticas, y en 2^o la Técnica y la Ética periodísticas; y las de cultura general, una de literatura intensiva y de idioma castellano superior en cada año. Más de cien alumnos concurren a las clases, que se dictan los Martes y Jueves, de 6 de la tarde en adelante, para la generalidad, y los Miércoles y Viernes, de 12 a 1 de mediodía, para periodistas. La Facultad de Letras, de la que depende el Instituto, exige de acuerdo con la norma universitaria una preparación mínima para la inscripción regular de los alumnos en los cursos correspondientes; pero es de advertir que siguen las clases, como oyentes, muchas personas no universitarias, que sienten la vocación periodística y desean instruirse en la profesión.

Como antecedente universitario de este Instituto, debe recordarse el voto aprobado por el Tercer Congreso Internacional de Estudiantes Americanos, celebrado hace treinta años, voto que aconsejaba una mayor compenetración entre el periodismo y la universidad.

Intercambio universitario

CON el voto unánime de sus componentes, el Consejo Universitario de San Marcos ha aprobado la moción del Decano de la Facultad de Derecho, Dr. Lizardo Alzamora Silva, referente a una convención panamericana de intercambio universitario. La parte dispositiva de la moción aprobada dice:

1º Invitar a las Universidades de las Repúblicas Americanas a suscribir una Convención Panamericana de Intercambio Universitario que, de modo permanente, asigne a las Universidades Oficiales del Continente la obligación de informarse recíprocamente acerca de las normas legales y reglamentarias que las rigen; el sistema de ingreso a estudios universitarios; la organización y el régimen de sus Facultades, Institutos, Secciones, Seminarios y Departamentos Especiales; los Planes de estudio, las Disposiciones sobre grados académicos y títulos profesionales; los Programas de cursos; debiendo establecer asimismo el canje obligatorio de todas las publicaciones universitarias y la forma en que debe realizarse.

2º La Convención Panamericana de Intercambio Universitario establecerá una Comisión Permanente, con sede en Lima, ante la cual acreditarán delegados de las Universidades Americanas, a fin de estudiar la forma de llevar a cabo la unificación de las leyes y reglamentos de índole universitaria en los países americanos.

3º Comunicar este acuerdo al Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto y a la Unión Panamericana de Washington, a fin de que presten su valiosa cooperación para ponerlo en conocimiento de todas las Universidades Americanas y obtener su realización inmediata.

Excursiones de estudio

LAS excursiones de alumnos y de profesores, por el país y por el extranjero, tantas veces reclamadas en la Universidad Mayor de San Marcos, son hoy un hecho generalizado. Dos numerosos grupos de estudiantes y egresados, con profesores, han realizado hasta ahora, en el presente

año, el circuito Lima-Chile-el Plata-Bolivia-Lima, visitando Valparaíso, Santiago de Chile, Mendoza, Buenos Aires, La Plata, Montevideo, La Paz, Cusco, Arequipa y algunas otras poblaciones importantes del trayecto. Dentro del país, citemos como ejemplo la excursión efectuada por el profesor Jehan Vellard y un grupo de sus alumnos de ambos sexos, a la Montaña de Satipo, Puerto Ocopa y Masamari, especialmente con el objeto de visitar a los indios campas y estudiar su vivienda, costumbres, lenguaje etc. La excursión requirió coraje y no poco espíritu de sacrificio, pues con el objeto de realizar los estudios de la manera más auténtica posible, alumnos y maestro vivieron en comunión con los indios, durmiendo al raso en la selva o en chozas, alimentándose sin aprovisionamientos preparados, de la caza y de la pesca, y salvando abruptas distancias a pie o a lomo de mula. La más honesta y cordial camaradería imperó entre los excursionistas, se acercaron a los indios, en lo posible, con su mismo idioma, compartieron su mesa y sus bailes, aceptaron su ayuda y les retribuyeron atenciones, todo con el fin de penetrar características etnológicas y folklóricas que los naturales suelen recatar ante los habituales turistas.

En el próximo número daremos una reseña completa de las excursiones de estudio por el país y por el extranjero durante el año en curso. Aparte de la mencionada del profesor Vellard, han excursionado con sus alumnos los profesores Antúnez, de la Facultad de Química; Barrantes, de la Facultad de Educación; Pulgar Vidal, de la Facultad de Letras. El director del Colegio Universitario, Dr. Carlos A. Velásquez, realizó con un numeroso grupo de alumnos de su instituto un viaje al Cusco, por Huancayo, regresando por la costa.

Complementan estas excursiones sanmarquinas, puede decirse, las visitas que realizan al Perú estudiantes de otros pueblos americanos, especialmente chilenos, quienes se ponen en contacto con sus compañeros peruanos y verifican un intenso intercambio de ideas.

Ideal y plan en nuestra educación

EL profesor de pedagogía en la Facultad de Educación de esta Universidad, desarrollando su curso ante los alumnos del primer año, anotó certeramente la ausencia de ideales en la organización de la enseñanza peruana. Se infiere de esta orfandad la falta de un plan, merecedora de un comentario.

Interrogándonos trataremos de precisar los fines de la educación. ¿Qué imperativo mueve a la educación que no sea el de dar a cada pueblo dentro de su "espacio-tiempo histórico" una cultura insuflada de sentido vital y cósmico, vale decir, un contenido de vida, un estilo de vida? Asimismo, toda cultura, todo estilo de vida ¿no implican acaso la creación de valores que los integralicen y les impriman una fisonomía, la que sin perder sus perfiles ecuménicos mantenga la esencia y la expresión de su gleba, de su tierra y de su espíritu? Y toda creación de valores ¿no requiere ante todo la existencia de ideales que sean los hitos y los señuelos del tránsito cultural de los pueblos? Aceptadas estas consideraciones hablaremos de la forma como se puede elaborar ideales para luego articularlos orgánicamente en un plan de educación nacional.

Todo movimiento, ya en la literatura como en la política, en la filosofía o en la educación, tuvo siempre sus precursores y sus realizadores. Éstos, para alcanzar sus objetivos, necesitaron un ambiente propicio; y no pocas veces contaron con la ayuda del poder. En lo que concierne a la enseñanza, la colaboración del poder — del Gobierno, digamos — cobra destacada importancia y tórnase indispensable. Sin embargo, bueno es advertir que un Gobierno, para señalar ideales, rutas, anhelos, debe tenerlos, esto es: que los sienta, que los sufra, que los viva. Se comprende que nada de ello pudimos esperar cuando nuestra patria estuvo sojuzgada por tiranos y tiranías. En cambio, ahora, periclitada aquella etapa inquisitorial, renace nuestra esperanza izando la bandera de un *reclamo imperioso*: educación... pero democrática.

Contando con la honrada y patriótica acción del Gobierno, veamos cómo forjaríamos un ideal y su plan *concomitante* de dimensiones por lo menos nacionales. El primer paso será reconocer que hay entre nosotros varios pedagogos con solvencia tanto moral como científica y experiencial. Agrupados éstos en equipos de trabajo, iniciarían un movimiento, desde luego auspiciado por el ministerio correspondiente. En seguida, solicitando el estímulo y aporte de los auténticos maestros que actúan en el Perú, se confrontaría nuestra realidad en todos los aspectos vinculados con la enseñanza, pero dando a esta palabra las excelencias educativas. Al hacerlo, se obtendrá el índice histórico de la colectividad tomándole el pulso espiritual en función de su raíz telúrica. Esta tarea de inventario, de descubrimiento, de investigación crítica y creadora, permitirá el renacer inusitado de señuelos, de ideales, los que previamente jerarquizados corporizarían la doctrina de la política educacional. Así estaremos en condiciones de per-

geñar el lineamiento general de un plan en cuya virtualidad realizadora se vitalicen lo prístino y medular del ideario educativo. Dentro de la dimensión nacional de esta obra caben las medidas relativizadoras impuestas por las exigencias, necesidades y problemas de las diversas regiones o parcelas.

Lo ya tratado plantea nuevos temas. Entre ellos: el procedimiento para efectuar la tarea sugerida, el sentido, destino y operancia de una campaña que concrete los contenidos principista y programático del Ideal y del Plan. Estos problemas y tantos otros igualmente esenciales, merecen que se traten con cierta amplitud. Ocasión habrá para ello. — J. G. G.

El Parlamento de la Juventud

ULTIMAMENTE me he enterado de que en Suiza están funcionando en los diferentes cantones "Parlamentos de la Juventud". ¿En qué consisten estos parlamentos y cuáles son sus fines? Eso es lo que me propongo explicar.

El primer parlamento de los jóvenes suizos fué constituido en Zurich, hace ya varios años, bajo la impulsión de la "Alianza de los Independientes". En el siglo 18, el patriarca "bernois" había constituido un Estado, con todos los engranajes de un Gobierno, entre ellos un parlamento, del cual eran miembros los jóvenes "patriciens". En aquel parlamento los jóvenes de diferentes ideologías políticas discutían todos los problemas que entonces preocupaban al gobierno. El mismo sistema están siguiendo los actuales parlamentos. El fin primordial de los promotores es despertar el interés de la "nueva generación" para los problemas nacionales. Se entiende por la "nueva generación" todos los jóvenes entre los 18 y los 35 años.

Es muy necesaria la creación de estos organismos, pues aquellos que más tarde van a regir los destinos de la patria deben por lo menos tener una experiencia bastante amplia sobre el funcionamiento del Congreso Nacional. Los parlamentos de la juventud suiza no tienen vinculación con ningún partido político, reúnen en su seno a todos los jóvenes de diferentes ideologías, una vez al año, en los salones de la "Asamblea Nacional" que tiene su sede en la ciudad de Berna. A ellos concurren los jóvenes de los diferentes cantones de Suiza, para cambiar ideas generales y sobre todo para la organización universitaria.

En los medios oficiales y políticos de Suiza se han acogido con alegría estos organismos, y en varios casos el

Gobierno puso a la disposición de los parlamentos los salones en donde se reúnen los poderes legislativos.

En resumen, puedo decir que se trata de un gran paso educativo, que pondrá prácticos a los jóvenes que luego deberán rozarse con los políticos y que ellos mismos serán a la vez electores para tratar sobre las cuestiones políticas y los reglamentos del juego democrático, dando a esas instituciones el carácter que les corresponde para actuar en las instituciones genuinamente democráticas. — *Edmond R. WERTENSCHLAG.*

Escudo de SAN MARCOS

EL escudo de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos que encabeza esta publicación, ligeramente distinto en su orla del habitual, está tomado de la reconstrucción que el Dr. M. Enrique Gamarra Hernández publica conforme a los documentos más fidedignos en su libro NOBILIARIO DE LAS CIUDADES DEL PERÚ.

BELLAS ARTES

SE ha celebrado en Lima el Primer Salón de Humoristas Peruanos, organizado por el Sindicato de Artes Plásticas y Afines. Concurrieron valores consagrados y otros nuevos. Fué una muestra que promovió toda simpatía. La superación vendrá de este cotejo con las opiniones del público y de la prensa. Había en realidad menos humorismo del que puede suponerse en una exposición anunciada como humorística. Lima fué humorística en otros tiempos; fué, ya no lo es mucho tampoco. El resto del Perú no es humorista, no quiere serlo, siente la seriedad de la tierra, siente la gravedad de la vida. Si humorismo implica frivolidad casi siempre, en el Perú parece inevitable. Pero hay una tradición nacional al respecto, la de Pancho Fierro, que, bien entendida, puede dar magníficos frutos aún. Esos mismos artistas de ahora que, concurrentes a una exposición humorística, no se decidieron en último término (consciente o inconscientemente) a dar una nota de humor, prefiriendo exhibirse serios, pueden ser humoristas a la manera de aquel gran mulato limeño del siglo pasado, con risa penetrante, con sonrisa torturante, con deformaciones trágicas, porque son artistas, y esa es la base para lo demás.

MÚSICA

LA Orquesta Sinfónica Nacional ha conmemorado dignamente en Lima el cincuentenario de la muerte de Johannes Brahms (1833-1897). Mucho se ha discutido — y se discutirá, sin duda — la posición de Brahms en la música. Pertenece Brahms a la época en que Europa estaba transformándose íntimamente. El arte, reflejo fiel del espíritu de la época, evolucionaba de los antiguos moldes hacia una concepción más libre y amplia: en la literatura, con Víctor Hugo; en la pintura, con Eugenio Delacroix; en la música, con Ricardo Wagner.

La música, en esta nueva etapa, efecto de la revolución ideológica del siglo, está impregnada de literatura o, como alguien ha observado irónicamente, "desorientada por ella". El representante máximo de este movimiento, conocido con el nombre de romanticismo o de neorromanticismo, es, como decimos, Ricardo Wagner, que, basándose en antiguas leyendas teutonas, crea el drama musical. EL BUQUE FANTASMA, PARSIFAL, LOHENGRIN, EL ANILLO DE LOS NIBELUNGOS son el fruto imperecedero de su esfuerzo y de su genio.

Desgraciadamente, el núcleo de artistas formado en Weimar no constituyó una escuela; fué sólo el resplandor que irradiaba la personalidad de Wagner y que no bastó para que los discípulos prosiguieran la nueva tendencia con la elevación del maestro.

En plena efervescencia de las nuevas teorías, surgió en Alemania la patriarcal figura de Johannes Brahms. Se llamaba a sí mismo "el clásico de los clasicistas" y representa la oposición tradicionalista a cualquier evolución del arte. Combatió las ideas de Wagner y las de sus principales adeptos: Liszt, Berlioz y Wolf, tomando como bandera de lucha las tres bes: Bach, Beethoven... y Brahms. Consideraba que la música debía atenerse a cánones y a modelos establecidos, por ejemplo, en las obras de Händel, Bach o Mozart, olvidando que la principal cualidad de una composición musical debe ser la natural inspiración melódica.

Personalmente, Brahms era un idealista, consciente de su tarea y de su misión. Los sucesos políticos ocurridos en Alemania en 1848 le inspiraron ideas democráticas, que perduraron toda su vida, en lo cual se asemejó al Wagner luchador liberal. Asimismo, la situación de Hungría, en pugna con el yugo austriaco, le suscitó un sentimiento de solidaridad para con el país dominado pero rebelde. Años

más tarde, demostró artísticamente su simpatía por el pueblo hermano al componer sus conocidas danzas y rapsodias húngaras. También produjo muchos *lieder*, sonatas, composiciones de cámara y corales. Ya en sus últimos años, se dedicó al género sinfónico, componiendo cuatro sinfonías.

El escaso contraste de tonalidades, así como las duplicaciones, hacen que su obra resulte a veces pesada y oscura. En el *lied* revela la herencia de Schumann, iniciador del género, de gran intimismo lírico. En la música de cámara, ofrece Brahms obras de verdadera belleza, que demuestran su innegable calidad musical.

Técnicamente, la obra de Brahms es insuperable. Pulia sus composiciones hasta la perfección, como construcción armónica. Por desgracia, su estilo premeditado es melódicamente inatractivo: falta en él la espontaneidad de la inspiración melódica.

"No decir nada que no deba ser dicho,
No desterrar la fantasía, pero someterla".

Siguiendo este lema, que tuvo en su época explicables devotos, Brahms forzaba sus invenciones, puliéndolas y retocándolas hasta imprimirles el carácter de lo que juzgaba "modelo clásico". Este continuo volverse a fuentes de inspiración de siglos anteriores, impidió que su talento se volcara más libremente en invenciones sinceras. En casi toda su producción se nota la influencia de Beethoven, especialmente en la sinfónica, aunque sin la genialidad ni la belleza melódica del modelo.

Brahms no supo interpretar el sentido de la obra beethoveniana: la lucha del hombre contra el destino adverso. En las composiciones del gran sordo de Bohn se refleja esa lucha con un signo de grandeza trágica, de desesperación y de rebeldía, y con la liberación final: "la alegría por el sufrimiento" (*Durch Leiden Freude*).

Al seguir los pasos de Beethoven, no sigue Brahms las formas de su propia concepción musical. La música de Beethoven es el fiel reflejo de los sentimientos del autor, descubre los estados de ánimo por que pasó y sufrió. De aquí que su obra sea inimitable y que no haya fundado escuela ni dejado discípulos; su figura se yergue, monumental y solitaria, entre sus asómbrados contemporáneos, que lo consideraban un revolucionario. Imitar su estilo o simplemente seguir sus pasos, es convertirse en Beethoven mismo, es usurparle su "yo". Si Brahms hubiera interpretado el ideal beethoveniano, quizás hubiese creado algo grandioso, valioso por sí, fiel testimonio de su alma, y no del alma del inspirador. Pero Brahms, quizás alentado por

los opositores al movimiento romántico centralizado en Weimar, prefirió constituirse en el más escolástico de los músicos, en el "anti-Wagner".

La Orquesta Sinfónica Nacional de Lima nos brindó la OVERTURA TRÁGICA, compuesta en 1880. Su título no corresponde a una idea a priori de tragedia; Brahms, tranquilo, rodeado de calma y de respeto en sus últimos años, encara una obra tensa y de relieves dramáticos que no es más que el reflejo de su predilección por el autor de CORIOLANO, EGMONT, FIDELIO.

Después del concierto para violín y orquesta, se ejecutaron trozos del RÉQUIEM ALEMÁN, compuesto a raíz de la muerte de la madre del autor; es una obra que se inspira en las fuentes corales del siglo XVI y que le valió a Brahms el mayor renombre en Alemania. Como afirma Alfredo Einstein, "es un tesoro extraordinario de viejos valores expresivos, que trata de imponer en un sentido personal". Los coros del Conservatorio Nacional de Música se ensayaron promisoriamente en la ejecución de esta obra, como lo hizo en ella misma y en el resto del programa la Orquesta Sinfónica. — *Nora SEOANE.*

TEATRO

LA Compañía Nacional de Comedias se presentó este año en Lima con dos espectáculos de alta calidad: HEDDA GABLER de Enrique Ibsen y VOLPONE EL ZORRO de Ben Jonson — alta calidad por las dos obras maestras, justamente famosas en todo el mundo, y por la interpretación y la presentación. Al margen de todo propósito comercial, como es lógico, la Compañía Nacional de Comedias prepara sus espectáculos con una exclusiva finalidad artística. Tiene una dirección experta, por otra parte, y actores y escenógrafo excelentes. Debe notarse que colaboran en tan hermosa obra españoles, peruanos, argentinos, chilenos... Un arte sin fronteras. Es decir, sin más fronteras que las que fija por sí misma la belleza auténtica, la belleza eterna, dentro de la cual está comprendido el bien. Lo único que hay que desear ahora es que estos espectáculos, necesariamente para público escogido aún, lleguen a las masas, que deben recibir los beneficios del arte superior, no siempre a su alcance. Las masas son, por lo demás, las que, al recibir ese arte, lo devuelven mejorado aún. Ibsen y Johnson compusieron sus obras para las multitudes y con la inspiración que las multitudes les dieron.

LETRAS

SE cumple el cuarto centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes Saavedra. Días más, días menos (ya que no hay la certeza de la fecha) por las postrimerías de Setiembre de 1547 debió de producirse el advenimiento al mundo del que sería el primer escritor de la lengua española.

Pueden darse discrepancias individuales acerca de la jerarquía literaria que acabamos de asignarle al autor del QUIJOTE. Hay quienes sostienen que Francisco de Quevedo era "más escritor", que lo era Santa Teresa de Jesús, quizás Fernando de Rojas. Probablemente no sea un desacuerdo sustancial; todo depende de lo que se coloca detrás de las palabras. Encarada la literatura como un menester profesional de mero dominador o malabarista del idioma, talvez, en efecto, sea Quevedo el más grande escritor español; considerada, al contrario, como un sismógrafo del habla popular, puede dársele la preeminencia a la santa de Ávila; y en una noción equitativa entre estos, el autor de la CELESTINA podría merecer el primado. Quedan otros ángulos de enjuiciamiento: el de la creación artística, el de la profundidad filosófica, el de la fineza lírica. Desde tales posiciones, no es extraño que haya también quienes le antepongan a Cervantes, respectivamente, Lope de Vega, forjador del teatro nacional español, Calderón de la Barca o Tirso de Molina, inventores de mitos universales, Garcilaso de la Vega, poeta armonioso, o Luis de Góngora, poeta de solitarias alturas. El mismo autor de la CELESTINA podría preponderar en vez de Lope.

Pero, en el fondo, si contemplamos el oficio de escritor o de literato o de poeta como una conjunción de aptitudes creadoras, ideológicas, primorosas e idiomáticas para producir por medio de la palabra escrita una forma de vida superhumana, entonces, aunque en cada aptitud pudiera verse aventajado Cervantes por otro u otros grandes escritores españoles, en la suma de todas seguramente nadie le opondría un superior. Reconozcamos de todos modos el derecho de cada cual a pensar como quiera, y consignemos este hecho objetivo: que la mayoría, si no la totalidad, de las gentes de habla hispana, le otorga a Cervantes la primacía en la historia literaria española de ambos mundos; y el resto, por lo menos, lo estima también como uno de los más grandes escritores, no pudiendo nadie reprocharle en concreto nada fundamental, ni espiritual ni moralmente.

Es Cervantes, efectivamente, uno de los mayores escritores españoles y universales de todos los tiempos, parejo de los poetas bíblicos, de los bardos orientales, de Homero, de Esquilo, de Sófocles, de Platón, de Dante, de Shakespeare. . . Autor de un libro tan humano que se nos ha vuelto natural como los hombres mismos, deja de asombrarnos a veces, como no nos asombra el autor del mar que un heroico poeta peruano cantó, o el autor del sol y de los árboles. Pensando que el QUIJOTE tuvo un creador individual (uno de los creadores más individuales del mundo, sin duda) se siente estupefacción. Es casi otro creador del mundo. Y ese creador se llama Miguel de Cervantes, hombre desdichado y bueno, por lo demás, que no tiranizó ni engañó a sus semejantes, que no hizo mal a nadie e hizo bien a muchos, que no nos pidió nada, ni la instrucción cuando lo ignoraba todo, ni la libertad cuando estaba preso, ni un pedazo de pan cuando tenía hambre, por el obsequio que nos hacía de sus dones semidivinos.

Estuvo por venir a aposentarse en tierras del viejo Perú. Fué de lo único que postuló ante su rey, en cuyo servicio la guerra lo había privado del uso de una mano: un modesto empleo vacante en Cochabamba. Y lo postuló porque era un destino en América, "refugio de tristes", dijo él mismo. No vino al fin (al rey le pareció excesiva para él la ganga) y así debió estar escrito, de manera que en aquella tristeza sin refugio de una España en pronunciado declive, pudiese concebir al español ideal, uno de los hombres más dignos del elenco humano.

Todos los pueblos de estirpe hispánica celebran en estos días la fecha evocadora. SAN MARCOS tiene reunidos algunos materiales para concurrir gozosamente a la celebración, a la fiesta sin reservas y sin remordimientos, como en la aparición de una estrella o en el nacimiento de un pájaro. En el próximo número ofreceremos nuestro aporte a los festejos cervantinos.

Feria del libro en Lima

POR decreto supremo, que refrenda el Ministro de Educación Pública, el gobierno peruano ha instituido la celebración anual de la Feria del Libro en Lima, del 12 al 20 de Octubre, a partir del presente año. Concurrirán a ella editores, impresores y libreros del país y del extranjero. Quiere el gobierno nacional que sea una ocasión de concentración, exposición y venta de las artes del libro, precisamente en los momentos en que la capital del Perú celebra también una de sus fiestas tradicionales, la del Señor

de los Milagros. La tradición cultural de nuestra ciudad, estará representada en esa feria, que ha de contar sin duda, con todo el aporte de los interesados. El aporte del público es más que seguro, si se le dan las cosas como es debido y como se espera desde ahora.

"Mi Manuel"

TODO cuanto se refiere a Manuel González Prada, interesa vitalmente al Perú. El testimonio de la viuda del insigne luchador, tiene por sí solo, naturalmente, categoría de documento pradiano capital. Con esto queda asignada en síntesis, al libro *MI MANUEL* de Adriana de Verneuil de González Prada, la jerarquía debida. Es, en efecto, un documento valiosísimo para el conocimiento del espíritu que trazó las memorables *PÁGINAS LIBRES*. Agreguemos que la autora, no escritora, como ella misma lo declara, pero sí poeta, diremos, y, sobre todo, mujer culta, inteligente, humanísima, integral, ha tenido el valor de darnos paralelamente un documento de la vida de la esposa de un grande hombre. Todas suelen quedar en la oscuridad causada en torno por la fuerte luz a que se han acogido. De hoy en más, la vida y la obra de Manuel González Prada se duplica y es la vida y la obra de la abnegada esposa también. Podríamos agregar: y de la Lima de su tiempo; con vistas al resto del Perú y a Europa de los mismos días. Algún modelado pierde con esta duplicación, con esta triplicación, la figura que, a juzgar por el título del libro, debió ser central y no ha dejado de serlo del todo; pero no nos quejemos, porque la mujer que acompañó solidaria en sus ásperas luchas al batallador, tiene algo de él, acaso mucho de él, y de cualquier modo siempre es interesante un espectáculo humano. Ni hay por qué lamentar tampoco que la autora no sea escritora de profesión, pues transmite con claridad, con intensidad y a menudo con belleza sus pensamientos y sus sentimientos. Es lástima únicamente que la buena edición de *Cultura Antártica* no haya merecido atención más pulcra para impedir la cantidad de disparates idiomáticos que estorban aquí y allá la amena lectura.

"Rumbo literario del Perú"

DON Carlos Miró Quesada ha dado a conocer en Buenos Aires un libro destinado a la difusión de la cultura peruana en el extranjero y, sin duda, en el propio país: *RUMBO*

LITERARIO DEL PERÚ. Planta un hito en las letras peruanas de nuestro tiempo, que comentaremos debidamente.

Actividad editorial

A PESAR de la escasez de papel de imprenta y de otras muchas dificultades creadas momentáneamente a la industria editorial, las editoras peruanas se esfuerzan por mantener el ritmo de progreso que tomaron en los dos últimos años. Dos son las empresas de esta índole más activas y productoras: P.T.C.M. y Cultura Antártica.

Entre el año último y lo que va transcurrido del actual, P.T.C.M. ha publicado no menos de una docena de libros de cultura general, unos como reediciones, otros como ediciones nuevas. Las reediciones se honran con una compilación de las obras completas de Manuel González Prada, prologadas por Luis Alberto Sánchez, su más profundo conocedor; han aparecido ya PÁJINAS LIBRES (con gran parte de material inédito) y MINÚSCULAS Y ADORACIÓN, esta última inédita totalmente. También ha reeditado P.T.C.M. dos obras siempre consultadas de Luis Alberto Sánchez: LA LITERATURA PERUANA, en realidad una edición nueva, casi totalmente reconstruida, y LOS POETAS DE LA COLONIA Y DE LA REVOLUCIÓN, obra inicial del autor y que cumple ahora su 25º aniversario. Otra feliz reedición es la del tan leído libro UNA LIMA QUE SE VA de José Gálvez, que también celebra en estos momentos sus bodas de plata de escritor. Libros excelentes de esta editorial son, entre otros, Y DESPUÉS DE LA GUERRA ¿QUÉ? de Víctor Raúl Haya de la Torre, REDES PARA CAPTAR LA NUBE de Alfredo González Prada, REBELIONES INDÍGENAS de Daniel Valcárcel, y LA TIERRA DE LOS NIÑOS de Garrido Malaver.

Cultura Antártica, justamente acreditada en nuestro medio y en gran parte de América, ha realizado un gran esfuerzo al editar la HISTORIA DEL PERÚ de Jorge Basadre y MI MANUEL de Adriana de González Prada, libros imprescindibles para un conocimiento íntimo del pasado y el presente peruano.

El historiador Jorge Basadre responde a su difundida reputación con otro libro de centralísimo interés para todo peruano, MEDITACIONES SOBRE EL DESTINO HISTÓRICO DEL PERÚ, editado aparte y que ha de comentarse debidamente en SAN MARCOS.

Señalemos como indicio del despertar de la atención americana por la obra de Manuel González Prada, la publicación de HORAS DE LUCHA por la editorial bonaerense Americalee.

Todo libro que signifique un noble paso adelante en la producción literaria, filosófica y científica del país, y en la industria editorial, será acogido por SAN MARCOS con el preferente interés que merecen las buenas acciones humanas, sin distinción de posiciones ideológicas, aunque, desde luego, también sin la infamante neutralidad entre el bien y el mal.

Bajo la cúpula

MARCEL PAGNOL, el dramaturgo y cinematografista francés de fama mundial, ha ingresado en la Academia de París. ¿Ha abierto sus puertas la Academia, o empieza a sentir aficiones caseras Pagnol? Ni lo uno ni lo otro absolutamente, y algo de ambas cosas. Parece que, después de la sombría ocupación nazi, la casa de Richelieu quiere airearse un poco; y parece que, después de la gitanería de la emigración, Pagnol busca una sede estable. Pero ninguno de los dos renuncia al propio carácter: la Academia ha obligado a Pagnol a postular el sillón y a agradecerlo con una loa; y Pagnol se ha sometido con un gesto irónico y de buen gusto. Queda, a pesar del justo descrédito contemporáneo de las academias, un saldo favorable, representado por el hecho de que la Academia Francesa haya escuchado impávida el discurso de recepción de Pagnol con pormenores como el que refleja una crónica de "Paru":

Se apreció la humildad con que el beneficiario agradeció a los colegas, según la costumbre, el haberlo elegido. Después de recordar que, durante la ocupación, la Academia no quiso reparar sus pérdidas por no sufrir la ingerencia de los poderosos del momento, declaró:

"Cuando por fin el señor secretario perpetuo reabrió las puertas, vió alineadas a lo largo de los muros del patio de honor un centenar de personas que aplaudieron su llegada sin perder en lo más mínimo su dignidad y se adelantaron en filas cerradas. Asustado por el número, volvió a cerrar las puertas y convocó a los más sabios de la Academia para deliberar.

"Yo pasaba por casualidad, señores, vi aquella larga fila y creí, de lejos, que me acercaba a uno de esos teatros que antes se llamaban cinematógrafos, que nosotros llamamos cinemas, que nuestros hijos llaman cines, y que nuestros nietos llamarán acaso «cis».

"A los pocos pasos, me vi desengañado, porque reconocí en aquella cola a muchas personas de grandes méritos..."

Se hubiese ido, dijo, aun cuando le habían hecho notar que no había entre los postulantes un solo autor dramático; pero sabía que...

"...la ley de Newton se aplicaba a los hombres como a los astros y que todo individuo suelto que pasa junto a una de estas filas de espera que llamamos colas, experimenta una atracción proporcional a la longitud de la fila y al magnetismo de las personas que la componen"... y no tuvo "el coraje de desmentir una ley que justificaba tan bien su ambición".

Otra crónica (esta de la revista "Hommes et Mondes") observa que el discurso de Pagnol, "aun siendo académico, como era debido, aunque con moderación, no dejó de ser original y picante"; añade que, debiendo hacer en él el recipiendario un elogio del antecesor en la silla (Maurice Donnay) dió en realidad "una hermosa lección de crítica literaria"; e informa de la invasión del recinto académico por las cámaras, reflectores y micrófonos cinematográficos, para la filmación. "Los académicos — termina diciendo el cronista — son hombres de su época y a lo mejor van al cine".

Como se ve, algo ha ocurrido bajo la resonante cúpula de la Academia. Ojalá sirva de modelo fuera de Francia, como antes sirvieron otras ceremonias de la vetusta e ilustre casa.

Tres revistas de San Marcos

SE han publicado tres nuevos números de las habituales revistas especializadas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos:

EDUCACIÓN. Pertenece a la Facultad de Educación; ofrece las entregas 2 y 3, correspondientes al tercer cuatrimestre de 1946 y al primero de 1947; la encabeza el sólido discurso del Dr. Carlos Cueto Fernandini sobre "Bases de la Universidad Peruana", pronunciado en la apertura de los cursos universitarios de San Marcos en el presente año; contiene además trabajos de doctrina e informativos de Nelly Festini Illich, sobre "Las actividades educativas en la educación secundaria", Cipriano Angles, sobre "Al arte de estudiar", Víctor M. Rondinel R., sobre "La observación y la experimentación", de Esteban Hidalgo Santillán, sobre "La reforma de la ley orgánica de educación pública"; realizaciones de seminario; notas necrológicas, y crónica de la actividad del claustro.

CIENCIAS ECONÓMICAS Y COMERCIALES. Pertenece a la Facultad de Ciencias Económicas y Comerciales; ofrece la entrega 37, correspondiente a Abril del presente año; contiene una información económica sobre "El Perú en el primer trimestre de 1947", artículos

de Antonello Gerbi, sobre el "Concepto de la riqueza natural", J. Vicente Ugarte del Pinó, sobre "Un estadista del siglo XVI" en América, de José A. Yovera Zapata, sobre "La ciudad industrial de Talará", de Jorge Cosío Cornejo, sobre "La industria del cuero en el Perú", de Alberto Merino Llanos, sobre "El estanco de la sal en el Perú", otros de redacción o traducidos, sobre diferentes temas de la especialidad, y crónica del claustro.

LETRAS. Pertenece a la Facultad de Letras; ofrece la entrega correspondiente al primer cuatrimestre del año en curso; contiene trabajos de Roberto Mac Lean y Estenós, sobre "Negros en el Perú", de Daniel Valcárcel, sobre "La familia del cacique Túpac Amaru", de Rudolf Carnap, sobre "La antigua y la nueva lógica" (trad. de A. Salazar Bondy con prólogo de F. Miró Quesada Cantuarias), de Estuardo Núñez, sobre "La vocación intelectual en la obra de Luis Fabio Xammar"; los discursos de José Jiménez Borja, Augusto Tamayo Vargas, Salvador Velarde y Ricardo Gaona Córdova pronunciados en el homenaje de la Facultad de Letras a la memoria de Fabio Xammar, con fragmentos del libro inédito "Alta Niebla" del gran poeta y profesor desaparecido; un informe de Ella Dunbar Temple sobre las universidades y bibliotecas norteamericanas, notas bibliográficas y actividades del claustro.

"Las Moradas"

EL evocador título del libro de Santa Teresa sirve de pregón a una nueva "revista de las artes y las letras" que ha empezado a publicarse en Lima con un material de lectura literario, artístico y filosófico verdaderamente excepcional: versos de Martín Adán, César Moro, Robert Desnos, prosas de Emilio Cecchi, Robert Bazin, Enrique Peña, Emilio Adolfo Westphalen, Paul Linder, Wolfgang Paalen, Carlos Cueto Fernandini, Luis E. Valcárcel, Ruth Stephan, Javier Sologuren, Fernando de Szyszlo, traducciones de Karl Jaspers, notas bibliográficas de José Jiménez Borja, Rodolfo Holzmann y Sebastián Salazar Bondy, e ilustraciones artísticas y fotografías. En conjunto, un magnífico panorama de novedades artísticas y literarias mundiales, sin duda a la altura de los más completos que hoy se publican en América.

COSTUMBRES

EN los últimos tiempos, el Perú ha visto decaer algunas de sus más rancias fiestas populares, mientras perduraban otras. La perduración es mayor en el interior del país; la decadencia, en la costa, sobre todo en Lima, expuesta a los vientos foráneos. Pero está tomando cuerpo en todo el territorio peruano un legítimo deseo de afianzar las fiestas que se mantienen, y de restablecer las decaídas. Por eso este año, en el mes de junio, el Cusco y Lima han celebrado simultáneamente, con especial animación, su Inti

Raymi el uno y su Amancaes la otra. En la vieja capital del incario tuvo toda su solemnidad la Adoración del Sol, ante miles de turistas nacionales y extranjeros que atestaron los hoteles, asaltaron materialmente los monumentos y escucharon respetuosos la alocución quechua del curaca en agradecimiento de su gente después del acopio feliz de la cosecha. En la Pampa de Amancaes limeña, entre los cerros convertidos en gigantesca gradería para una numerosa multitud popular, hubo al mismo tiempo la rehabilitada algazara del veranillo de San Juan, con romería bulliciosa, procesión, exhibición de caballos de paso, concursos folklóricos, competencia de vivanderas y toda la gama de un día del pueblo al aire libre. La seca hizo faltar el amancay: sobraba tierra y faltaban las flores que fueron en otras épocas el vestido de gala de la pampa famosa. Tal vez la tierra se cobre de este modo, por un tiempo, el abandono de una tradición panida. En Octubre venidero celebrará Lima una de las fiestas que sostiene con mayor devoción: la del Señor de los Milagros, la fiesta morada y morena, en que hay muchedumbres que se declaran como un libro abierto.

También los estudiantes de toda la República siguen practicando la vieja costumbre del "cachimbo", que consiste en la elección de una reina de la Universidad y una verbena, en homenaje a los nuevos alumnos, o sean los "cachimbos", previamente rasurados en "coco".

La Obra Universitaria de Julio C. Tello

LA reciente muerte del sabio peruano Dr. Julio C. Tello ha repercutido en todo el mundo científico. Publicaciones especializadas de la Universidad Mayor de San Marcos compilarán y comentarán la obra del insigne arqueólogo. SAN MARCOS ofrece hoy un intenso esbozo de su figura universitaria, debido a la pluma de la Dra. Rebeca Carrión Cachot, su predilecta discípula y sucesora en la dirección del Museo Arqueológico, y quien puede interpretarlo con mayor conocimiento y autoridad.

MUNDIALMENTE conocida es la brillante obra realizada por el Doctor Tello en el campo de la ciencia americanista. Ella no sólo ha puesto a la vista de los profanos un mundo nuevo lleno de misterio, sino también un mundo insospechado, celosamente guardado durante siglos en las entrañas de la tierra. Año tras año presentó las pruebas irrefutables y tangibles de la existencia, en un pasado muy remoto, de una nación de alto grado de cultura, que forjó la primera patria peruana, y destruyó así viejos prejuicios que hacían mirar con indiferencia todo lo nuestro. Bellas e ingeniosas creaciones del arte indio surgieron donde quiera que escogió un sitio como centro de sus operaciones. Una aguda y especial intuición guiaba sus trabajos iniciales, y un riguroso método científico en el proceso de las excavaciones, le proporcionaba éxitos inesperados. De este modo, la bella leyenda — aprendida en la escuela — de la pareja mítica salida del Lago Titicaca y la de los Inkas civilizadores, con la cual empezaba nuestra historia, quedaron relegadas al campo de la Mitología.

Antes de los Inkas y en épocas muy antiguas, el Perú había sido ocupado por pueblos que desarrollaron elevadas culturas, siendo la civilización Inka apenas la fase final de una larga evolución histórica. Las excavaciones del Doctor Tello pusieron a la vista, primero los restos de una vieja cultura de cepa amazónica representada por Chavin; luego, la de Huaylas, y más tarde la de Paracas, Chanka, Rukana y otras que compiten en importancia con aquéllas. Con estos hallazgos pudo vislumbrar lo que fué en realidad la civilización india, su raza, su historia y su arte, y emprendió con esta sólida base la magna tarea de reconstruir el edificio de la historia, de revivir las fuerzas vitales del pasado que constituyen las raíces firmes y hondas de nuestra nacionalidad presente y futura. Mostró al mundo con elocuentes pruebas materiales, lo que le debe a este pueblo de América.

Como resultado social, su obra tiene, por otro lado, un significado muy hondo: ha fortalecido la conciencia nacional y los sentimientos americanistas, basándolos en la nobleza del abolenzo peruano y en la dignidad de su estirpe.

Como se sabe, desde su egreso de la Facultad de Medicina en 1908 se consagra al estudio de la prehistoria peruana, y encara con valor su nueva carrera; digo con valor, porque se trataba de un estudiante pobre cuyo porvenir estaba en la profesión que acababa de coronar con un grado honorífico, pocas veces concedido por aclamación. Acude a las Universidades de Estados Unidos y de Europa en pos de la preparación científica necesaria, que había de consagrarle más tarde como investigador y como sabio. Obtiene en ellas el título de Doctor en Antropología, Arqueología, Etnología y Etnografía, ciencias por entonces nuevas en el Perú.

El cambio de su carrera tiene feliz repercusión en la vida nacional. Se puede afirmar que fuera de él, en el último cuarto de siglo, no hay otro peruano que haya hecho tanto por el Perú y por la dignificación de la Raza Aborigen. La aparición del Dr. Tello en el campo de la Ciencia Arqueológica revoluciona los estudios históricos; prepara un nuevo espíritu en las generaciones presentes que

hoy, gracias a su tesón, sienten orgullo por la reconstitución del pasado. Sin la presencia del Dr. Tello en el campo de la historia, se continuaría manteniendo viejos conceptos de inferioridad racial, y tal vez se seguiría añorando los lazos que unieron al Perú con la Metrópoli de España.

Dura de realizar fué su obra; múltiples escollos hubo de eliminar de su camino. Los incapaces de hacer algo útil por su patria, los envidiosos que se dolían de sus triunfos, estorbaron su obra, atacándolo desde la sombra y esgrimiendo en su contra armas vedadas. Pero la opinión ilustrada del país y los hombres de recto espíritu estuvieron siempre a su lado. El éxito coronó su noble propósito. Al sorprenderle la muerte en plena obra creadora y empeñado, como en sus años juveniles, en lo que considero titánica tarea, lleva consigo la recompensa moral de la obra cumplida, y deja como ofrenda para su país el Museo Nacional de Antropología y Arqueología, santuario que simboliza a la vieja patria y adonde todos llegan a rendir tributo de admiración a los hombres de ayer y al "mago" que los dió a conocer.

Deja también lo que durante muchos años ambicionó: una escuela, heredera no sólo de las normas y virtudes morales que informaron su vida de científico y de la responsabilidad de custodiar los tesoros de la patria, sino una escuela compenetrada de la convicción de que la búsqueda de la verdad y sólo de la verdad es la antorcha que guiará sus pasos en el futuro. Tal vez la incomprensión y el ataque se extiendan también a sus discípulos; pero no debe olvidarse que por encima de los intereses particulares está el interés del Perú.

Aparte de su obra arqueológica, hay otra poco conocida que también absorbió sus mejores energías: es su obra frente a los altos problemas de la cultura superior en el Perú. Fué un militante luchador de la causa universitaria. Las experiencias alcanzadas en más de cuatro años de estada en las célebres Universidades de Harvard, Oxford y Berlín, las puso al servicio de la Universidad de San Marcos. Con empeño infatigable trató de convertir la vieja Universidad profesional en una Universidad cien-

tífica que preparara hombres capaces, hombres de independencia mental que pudieran cooperar en la solución de los complejos problemas de la vida nacional. Desde el año 1919 asume esta responsabilidad, y mediante dos Proyectos de Reforma, el del año 1922 redactado en colaboración con el Dr. José Antonio Encinas, aprobado por la Cámara de Diputados, y el de 1928, trata de forjar la nueva Universidad. Ambos proyectos, por sus sólidas bases científicas y por la estructura de los organismos propuestos, constituyen el germen de la actual Universidad.

No pretendo con las breves líneas de este artículo presentar su obra en este aspecto y mucho menos juzgarla, carezco de la experiencia y de la autoridad necesarias para aquilatarla debidamente. Sólo voy a destacar algunas de sus intervenciones que, en mi concepto, constituyen valioso y efectivo aporte para el progreso de la institución universitaria.

EL Dr. Tello participa en la vida de la Universidad desde el año 1919; y su acción orientadora y beneficiosa se traduce en algún hecho importante durante el Gobierno de cada uno de los rectores. Ya como catedrático, ya como miembro del Consejo Universitario o de la Facultad de Letras, o como *leader* reformista, brinda no sólo la riqueza de su saber sino la leal solidaridad a los principios que la Universidad persigue.

Su obra como maestro es tal vez la más fructífera en los anales de la Universidad. Se le puede atribuir, sin incurrir en exageración, el cambio sustancial operado en la enseñanza de la Historia Peruana. Establece por vez primera en el ciclo universitario los cursos de Antropología General, de Antropología Física, de Arqueología Peruana, de Arqueología Americana, de Etnología y de otras ciencias afines. Hasta hace 25 años sólo se enseñaba el curso de Historia Antigua del Perú a cargo del respetado maestro Dr. Carlos Wiesse.

No existiendo en los Presupuestos de las Facultades partida para la enseñanza de estas materias, por varios años dicta la cátedra de Antropología con el carácter de *ad-honórem*. En 1923, en la Facultad de Ciencias, dicta

el curso de Antropología General y Peruana. En 1926 inicia en la Facultad de Letras la enseñanza de la Arqueología Centro-americana y Peruana. En 1928 asume la enseñanza del curso de Arqueología Americana y del Perú, que desempeña hasta el presente año.

Introduce por primera vez en la Universidad de San Marcos el Seminario, destinado a la investigación científica. Si bien desde su proyecto de reforma de 1922 considera como parte vital de la Universidad esta clase de institutos, sólo en Junio de 1924, gracias al apoyo del Rector, Dr. Manuel Vicente Villarán, se funda en el Museo de Arqueología un Seminario de Antropología Nacional bajo su dirección, destinado a los estudiantes de Ciencias y Letras de los cursos de Biología, Sociología, Antropología e Historia Antigua del Perú. Durante varios años los alumnos de la Doctoral reciben la orientación científica de este profesor.

Como auxiliar indispensable de las investigaciones y de la enseñanza de las Ciencias Antropológicas, propone durante el rectorado del Dr. Javier Prado, la creación de un Museo de Arqueología en la Universidad. Fundado en octubre de 1919, su dirección es encomendada por acuerdo del Consejo Universitario al Dr. Tello a mérito de su competencia científica; cargo que desempeña hasta su fallecimiento.

Para dotarlo de elementos necesarios dirige la primera expedición universitaria arqueológica al departamento de Ancash, obteniendo 1.071 especies de carácter único pertenecientes a las viejas culturas de Chavin y Huaylas descubiertas en esa oportunidad. Estas colecciones constituyeron la base de la fundación del Museo, y a ellas se agregaron las formadas por el naturalista Raymondi en sus viajes, la del Dr. Carlos Wiese y las obtenidas por el Dr. Tello antes de su ingreso a la Universidad en las expediciones científicas de 1913 al Norte y Centro del Perú en compañía del antropólogo Ales Hrdlicka; de 1914 a las ruinas de Puno, Cusco e Ica; de 1916 de Harvard Peruvian Expedition entre Paita y el Pongo de Manseriche; y la de 1917 a Chincha, Ica y Nasca. Particularmente importante es la colección osteológica adquirida con Hrdlicka,

de cráneos trepanados y de huesos largos con huellas de enfermedades.

De entonces al presente el Museo adquiere gran desarrollo, gracias a las excavaciones científicas realizadas en diversos lugares del Perú, en las que se obtienen valiosas colecciones de estudio; y alcanza renombre por la calidad de las reliquias que atesora y por la importancia de las investigaciones que emprende, las que son llevadas a conocimiento de los americanistas mediante la Revista "Inca", órgano del Museo. Hoy cuenta con 14.479 especies representativas de las más importantes culturas precolombinas.

Entre las expediciones dirigidas por el Dr. Tello, integradas siempre por profesores y estudiantes de la Universidad, merecen especial mención las siguientes: la expedición al Valle de Asia, en abril de 1925, auspiciada por el rectorado del Dr. José Matías Manzanilla, pone al descubierto el primer cementerio de la costa peruana conteniendo momias inkaicas; la expedición de 1935 a las cabeceras de los ríos Huallaga y Marañón que descubre las ruinas de Choras (Dos de Mayo) y Kotosh (Huánuco), esta última con restos claros de la cultura Chavin, y durante la cual el profesor peruano levanta el plano general de las celebradas ruinas de Huánuco Viejo y escribe una importante monografía al respecto; la exploración de 1936 a Arequipa, Puno y Cusco que culmina con el reconocimiento de Pukara donde encuentra las evidencias de una cultura muy vieja, predecesora de la de Tiahuanaco; y, por último, las expediciones a Lambayeque y a la cuenca del Marañón realizadas en 1937. La primera de éstas proporciona testimonios sobre la sucesión de las culturas en el Litoral y la existencia de un foco Chavin; y la segunda, abundantes materiales de culturas nuevas en el área territorial del Norte Andino, entre ellas la de Cajamarca con un tipo de cerámica bicromo emparentado con la de Huaylas, y los restos de Sechin en Casma representados por un hermoso templo adornado con más de ochenta esculturas líticas, algunas de las cuales se exhiben hoy en el Museo.

El empeño del Dr. Tello de enriquecer el Museo y de estimular su desarrollo, fué secundado generosamente por algunos particulares que hicieron donación de sus colecciones arqueológicas, pudiendo mencionarse entre ellas la de Lix Flores de Canta, y la muy valiosa de don Enrique Fracchia compuesta de dos mil cuatrocientas especies de Nasca ingresadas al Museo durante el rectorado del Doctor Alfredo Solf y Muro.



Su obra pedagógica no queda limitada al Perú. Merece honrosas invitaciones de Estados Unidos, México, Panamá, Inglaterra y España, para dictar ciclos de conferencias sobre Arqueología peruana. En 1928 dicta varias conferencias en las principales universidades norteamericanas; y en 1936, un curso de 24 lecciones en la Escuela de Verano del Estado de Nuevo México presidida por el Profesor Donald D. Brand. Igualmente en California, Berkeley y Rochester ofrece lecciones de difusión histórica. En México, durante su viaje como delegado de la Universidad ante el Congreso de Americanistas de 1939, también dicta algunas charlas sobre temas arqueológicos.

Además, el Dr. Tello, considerando que el progreso de la Arqueología Andina sólo podía alcanzarse mediante una cooperación interamericana, promueve en Estados Unidos en el año 1936, la conveniencia de fundar un Centro de

Investigaciones Andinas integrado por americanistas de Norte, Centro y Sud América. Su iniciativa merece la más franca acogida entre los hombres de estudio del país del Norte y el 13 de Octubre de dicho año se funda en New York el Instituto of Andean Research, siendo el Doctor Tello el representante científico de Sud América.

Tal, a grandes rasgos reseñada, la obra pedagógica del Dr. Tello en la Universidad. Ahora, recordaré ligeramente su contribución al triunfo de la Reforma Universitaria.

Gran parte del espíritu científico que anima a la nueva Universidad se le debe al Dr. Tello. En su Proyecto de Reforma de 1922 propugna cambios sustanciales en la estructura universitaria con la finalidad de sustituir la universidad meramente profesional por una universidad científica. Su profundo conocimiento sobre la organización de las universidades inglesas, alemanas y norteamericanas le coloca en situación privilegiada para abordar el complejo problema de la enseñanza superior. Aun cuando esta reforma no fué puesta en vigencia, Tello lleva a la práctica muchos de los principios considerados como directivos en aquellas experimentadas universidades. Además de los seminarios, logra en 1931 que se establezcan en la Facultad de Letras los institutos de Historia y de Antropología con enseñanza especializada.

En 1928 plantea una nueva Reforma, cuyo proyecto se publica en el "Mercurio Peruano" y en su obra REFORMA UNIVERSITARIA. En ella cristaliza los altos postulados de la Universidad: introduce el sistema de las especializaciones, establece la Escuela de Cultura General sustituida por el actual Colegio Universitario y la Escuela de Altos Estudios, el más alto organismo destinado a las investigaciones científicas universitarias. Aspecto vital de su reforma lo constituye la división de los cursos en electivos y obligatorios, la escala de maestros y el establecimiento de organismos destinados a fomentar la investigación original.

La obra cultural del ilustre maestro se proyecta después de su muerte al ofrecer a la juventud universitaria y a los virtuosos de las investigaciones sus cuarenta años de

consagración al saber. El gesto generoso, que normó su vida de científico y de peruano, ha hecho poseedora a la vieja Universidad de San Marcos de su inestimable biblioteca, compuesta de 8.000 volúmenes, que fué el mejor tesoro de su vida. Igualmente, ha donado a San Marcos su Archivo científico, producto de sus largas horas de desvelo y de afán por la ciencia, en el que se encuentran importantes obras inéditas listas para su publicación. Este es, pues, el legado que deja a su casa intelectual, y es también su última lección de civismo a la juventud. Dos pensamientos alientan los últimos instantes de su existencia: el Museo Nacional de Antropología y Arqueología y la Universidad de San Marcos: el primero, donde queda cristalizada su obra de consagración histórica, y la segunda, donde deja el rico acervo de su saber, ambos patrimonios símbolos de la peruanidad.

Como discípula del sabio maestro y como modesta colaboradora en su tarea, rindo mi tributo de respeto y admiración a quien guió mis pasos por la senda del saber.

Rebeca CARRIÓN CACHOT.

Notas Sobre la Novela



“GÉNERO tan antiguo como la imaginación humana es el relato de casos fabulosos”, escribe don Marcelino Menéndez y Pelayo, en sus exhaustivos ORÍGENES DE LA NOVELA. Agrega, estableciendo un paralelo ineludible y en extremo provechoso, que la epopeya es una “narración muchas veces grandiosa”, “compañera de las primitivas civilizaciones”, “teogónica, primero y después heroica”. Definiendo mejor el parentesco entre ambos géneros, el ilustre polígrafo dice: “la novela, el teatro mismo, todas las formas narrativas y representativas que hoy cultivamos son *la antigua epopeya destronada, la poesía objetiva del mundo moderno*, cada vez más ceñida a los límites de la realidad actual”.¹

Importante definición: la novela “epopeya destronada”, “poesía objetiva del mundo moderno”. Más adelan-

¹ Menéndez y Pelayo, Marcelino, *Orígenes de la novela*, reed. Colección Hórreo, Emecé Editores, Buenos Aires, 1945, t. I, ps. 11-12.

te, el propio autor, tratando de esclarecer mejor su dictamen, avanza un juicio que nos compete directamente: La poesía épica, contemporánea de los primeros esfuerzos y de las primeras conquistas del trabajo humano, no domina la realidad, sino que *es dominada y sobrepujada por ella*".² Lo cual indica, sin lugar a dudas, que, cuando la novela no consigue dominar su objeto, se acerca e identifica con la epopeya, "contemporánea de los primeros esfuerzos y de las primeras conquistas del trabajo humano". Como la novela americana, de todas las Américas, se diferencia de la europea, precisamente en que mientras ésta domina su sujeto o realidad, la nuestra no, resultaría, de acuerdo con la opinión de Menéndez y Pelayo, nada pasible de vanguardismo, que la novela americana se aproxima más a la epopeya que a la novela clásica, rasgo de suma importancia para establecer nuestra edad histórica y literaria.

La afirmación antedicha tiene incalculables alcances. Si la épica se relaciona de modo inmediato y causal con el estado gestativo de un pueblo; si la novela, desaparecida la credulidad en la intervención de los dioses en los actos humanos, representa una epopeya "destronada"; y si, por fin, en la medida en que sea menos capaz de dominar su materia, la novela se aproxima más a la epopeya, llegamos llanamente a la conclusión de que el *sui generis* carácter de la novela de América, cuyos temas ahogan a sus autores, acusa una etapa de gestación, un período propenso a la épica y, por tanto, en trance de definición. De allí resulta que, al estudiar nuestra novela, nos encaramos, por primera vez, al espíritu americano, concebido ya como ente autónomo, con incipiente o definida personalidad. La novela revela, pues, la clave de muchos inéditos problemas; sirve de guía para internarnos en sus vericuetos.

Abandonemos, por el momento, otras disquisiciones de Menéndez y Pelayo respecto a la novela en general, no obstante que algunas son de capital importancia: por ejemplo: la de considerar los libros de caballería como "planta exótica" en la novelística castellana; la de llamar al AMADÍS DE GAULA "primera novela idealista moderna"³ y

² Menéndez y Pelayo, ob. cit. p. 13.

³ Ibid. p. 208.

datarlo en las postrimerías del Siglo XIV, en España;⁴ la de afirmar que la novela histórica de W. Scott "es la más noble y artística descendencia de los libros de caballería"⁵ aserto que corrige al calificar la novela histórica española, de "rama desgajada de la crónica nacional e injerta en el tronco de la literatura caballeresca"⁶ etc.

Interesa aquí, delimitar los campos de épica y novela, tema importante de suyo, pero más ahora, por cuanto de él se infiere la existencia o no, de un estado gestatorio americano, patente en su novela, como expresión contemporánea de la épica.

No puede ofrecer mayor número de posibilidades de debate literario alguno.

Ortega y Gasset, discrepando de Menéndez y Pelayo, afirma que la épica se distingue de la novela en que, mientras aquélla mira al pasado, ésta sólo atiende a la realidad actual; que la épica se asemeja a la tragedia, en tanto que la novela se parece a la comedia, pues en ella actúa, con notable eficacia, el aguijón de lo cómico, v. gr.: el QUIJOTE.⁷ Para corroborar su tesis, Ortega y Gasset sostiene que "los hombres de Homero pertenecen al mismo orbe que sus deseos", y que sus héroes superan a las circunstancias (advírtase que para Menéndez y Pelayo ocurre al revés: en la épica, la realidad supera al autor y a los mismos personajes). En cambio, en la novela realista, el ambiente reemplaza al héroe y al mismo argumento. Por tanto, dicha novela realista no acciona propiamente, sino que *reacciona* y se *adapta*; y "adaptarse es dejar que el contorno material penetre en nosotros; es el triunfo de Darwin sobre el héroe antiguo". "El arte se somete a una policía: la verosimilitud" — aserto que no concuerda exactamente con el de Aristóteles, según se verá después. Delimitando mejor su pensamiento, concluye Ortega que la novela no se debe confundir con la lírica, por cuanto lo

⁴ Ibid. I, p. 327.

⁵ Ibid. I, p. 478.

⁶ Ibid. II, p. 91.

⁷ Ortega y Gasset, José, *Meditaciones del Quijote*, 2ª ed. Madrid, 1921. Tomo los apuntes de la "Meditación primera", titulada *Breve tratado de novela* y me refiero en especial a las ps. 172, 173, 194, 176 y 151.

lirico "es una proyección estética de la tonalidad general de nuestros sentimientos". La novela sólo es descriptiva, por cuanto, ya que *se narra lo pasado y se describe lo actual*, "el libro de imaginación, narra; pero la novela describe".

En medio de tantas sutilezas, se advierten evidentes contradicciones. Si fuese exacto que hay una definición cabal de la novela, podrían discutirse algunos de los asertos de Ortega, pero como, precisamente, ocurre que la novela es el género en "que caben todos los géneros", tal debate resulta inoficioso. Si la novela constituye un arte de adaptación, no de acción; si en ella triunfa el ambiente sobre todo otro ingrediente, ¿cómo se la va a distinguir de la épica, en la que, insisto, el ambiente mítico, geográfico, histórico es quien preside la inspiración del poeta y moldea los actos del héroe?

Tampoco los personajes épicos actúan: *reaccionan*. Son los dioses, encarnación del ambiente; quienes actúan: los demás se adaptan a sus caprichos. Frente a la implacable lógica de una novela de Zola, o de Dickens, susceptibles de una clasificación retórica, existe otro tipo de novela de un apasionante vigor humano. Nadie podría establecer si son novela o epopeya el tumulto oceánico del MOBY DICK, la fiebre de jungla de LA VORÁGINE, el laberinto urbano de MANHATTAN TRANSFER, la secreta sumisión a lo impenetrable que luce en DOÑA BÁRBARA, novelas sin contagio de pasatismo; tan *descriptivas* como LA ODISEA o LA ENEIDA, y tan narrativas también y por lo mismo.

El propio Ortega se rectifica años después. Al estudiar las causas de una supuesta decadencia de la novela — y tal afirmación nos coloca en el secreto de Ortega —, sostiene que ello se debe al hecho de ser "prácticamente imposible hallar nuevos temas".⁸ Justamente, y al revés, lo típico de la novela del Nuevo Mundo reside en su riqueza de temas; en que dicha opulencia no exige esfuerzo analítico del autor, sino simple actitud receptiva especulativa y proclive a la narración. Para el Ortega de 1925, lo importante en la novela será "lo que se ve", siempre que

⁸ Ortega y Gasset, José, *La deshumanización del arte e Ideas sobre la novela*, "Revista de Occidente", Madrid, 1925, p. 87.

sea humano. *La narración*, no el argumento; he ahí lo fundamental. "Género moroso", dirá, la novela valdrá por lo que haga durar el relato, *por su forma*, de donde emana, entre otros, el renombre de Dostoyewski: campeón en el arte de narrar.⁹ La novela posee, según esto, "un carácter hermético". "Divino sonámbulo, el novelista tiene que contaminarnos con su fértil sonambulismo";¹⁰ y Ortega concluye su cuadro del siguiente modo: "las emociones intelectuales más poderosas que el próximo futuro nos reserva, vendrán de la historia y la novela".

El tema de la novela continúa atrayendo el interés de Ortega en otro libro: *ESPÍRITU DE LA LETRA*, colección de artículos literarios. Reaccionando sobre su afirmación acerca de la decadencia del género, escribirá entonces: "Probablemente es la novela *el único género literario que hoy existe*".¹¹ Lo demás que se escribe no pertenece a género alguno: es pura extravagancia en el buen sentido de la palabra; en el malo y en el etimológico. "La dignidad, el rango estético de la novela estriba en ser un género; por tanto en poseer una estructura dada, rigurosa e inquebrantable".¹² Más adelante confirma esta opinión acerca de la rigidez de las reglas novelísticas: "La novela supone un decálogo inexorable de imperativos y prohibiciones. Con la novela no se puede jugar. Es tal vez lo único serio que queda en el orbe poético". "La novela tiene que representarnos realidades". "La novela es casi ciencia". Debe ser "más verídica" que la misma realidad (conciliación con Unamuno).

Posiblemente en aquellos días, la mente de los críticos se hallaba impresionada por el extraordinario éxito de cierto tipo de novela norteamericana, rusa y aun española, y por la declaratoria de un cartabón inusitado, pero con sus reglas de tráfico, según los modelos de Joyce y Proust, fielmente obedecido por Benjamín Jarnés, Antonio Espina, Antonio Marichalar y E. Jiménez Caballero, todos ellos mentalmente sujetos a Ortega. De cualquier modo, sor-

⁹ Ibid. p. 109.

¹⁰ Ibid. ps. 138 y 145.

¹¹ R. Caillouis piensa justamente lo contrario: véase más adelante.

¹² Ortega y Gasset, *El espíritu de la letra*, "Revista de Occidente", Madrid, 1927, p. 77. Véanse además ps. 78, 84 y 86.

prende la rigurosa exigencia racionalista de Ortega respecto a la novela en los precisos instantes en que ésta se desprendía de sus antiguos cánones y abría de par en par las puertas al lirismo, impregnándose y hasta confundiéndose con él.

Para el Ortega de *LA DESHUMANIZACIÓN DEL ARTE*, la novela, antes que de realidad, se nutre, pues, de estilo. Narrar constituye una proeza de la forma, antes que del contenido. La verosimilitud queda rezagada ante la importancia del modo de presentar los hechos. Y si, por un lado, la novela decae, por "no hallar nuevos temas", sin embargo, y contradictoriamente, "las sorpresas que el próximo futuro nos depare" provendrán de la novela (no tan decadente, por tanto) y de la historia.

Para don Miguel de Unamuno, siempre desconcertante, el tema de la novela resulta campo de magníficas paradojas. Al revés de Ortega y de cierta preceptiva (no la aristotélica) sostiene que la ficción ejerce invencible sortilegio en la novela. "Las figuras del realismo suelen ser maniqués vestidos", escribe en *TRES NOVELAS EJEMPLARES Y UN PRÓLOGO*.¹³ Siempre que conversan dos seres, insiste, hay seis personajes presentes: el que es, el que se cree, el que imagina en el otro, y viceversa. Tal pluralidad de almas en cuerpos singulares demuestra que la verosimilitud debe contar con la fantasía, y que la realidad exterior no se sostiene sin el apuntalamiento de la interna. De ahí el redondo aserto de Unamuno: "La realidad en la vida de don Quijote no fueron los molinos de viento, sino los gigantes".¹⁴

Más tarde, el mismo don Miguel confirma su anterior tesis: "Si por novela se entiende, lector, el argumento, no hay novela — dirá en 1928. — O lo que es lo mismo, no hay argumento. Dentro de la carne está el hueso, y dentro del hueso, el tuétano, pero la novela humana no tiene tuétano, carece de argumento. Todo son las *cajitas*, los ensueños, y lo verdaderamente novelesco es *cómo se hace una novela*".¹⁵

¹³ Unamuno, Miguel de, *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, Calpe, Madrid-Barcelona, 1920, p. 13.

¹⁴ *Ibid.* p. 17.

¹⁵ *Id. Cómo se hace una novela*, Lib. Hispano Argentina, Buenos Aires, 1928, p. 55.

Se desplaza, así, el debate del objetivo de la novela a la manera de "hacerla". Sólo que mientras Ortega concede decisiva importancia a la forma de expresión, al modo de narrar, Unamuno traslada este énfasis a la forma de combinar las irrealidades con las realidades, y, sobre todo, a cómo el autor logra traducirse en sus personajes. Una novela será, pues, siempre, una autobiografía — y ahí el divorcio con la tesis de Thibaudet — ya que: "¿No son acaso autobiografías todas las novelas que se eternizan y duran eternizando y haciendo durar a sus autores y a sus antagonistas?"¹⁶ "Todas las criaturas son su Creador".¹⁷ Y agrega Unamuno, contradiciendo a Wilde: "Contar la vida ¿no es acaso un modo, y tal vez el más profundo, de vivirla? ¿No vivió Amiel su vida íntima comentándola?"¹⁸

Mientras Wilde distingue dos clases de hombres: los que escriben la obra que no pueden vivir, y los que viven la obra que no saben escribir,¹⁹ Unamuno reduce esta antinomia a más simples términos: narrar una vida es, en realidad, vivirla de veras. La novela existe, no por lo que refleja, sino porque se escribe. Ergo: existe porque existe. Define su ser tautológicamente. De donde, las literaturas desprovistas de novela, no se conocen a sí mismas: novelar es una forma de obtener la gracia y su correspondiente partida de bautizo. Aplicado el concepto a América, no puede negarse que se ajusta maravillosamente a nuestro caso.

Georges Duhamel, al abordar el fecundo tema novelístico, prescinde de todo criterio social e histórico, ciñéndose al aspecto estético y psicológico. Para él hay novelas de dos tipos: "el que nos hace olvidar la vida y el que nos ilumina la vida".²⁰ No obstante, partiendo de este punto de vista, llega a la misma conclusión que Menéndez y Pelayo, esto es, a identificar, en cierto modo, novela y epopeya. Duhamel cree que lo novelesco se confunde con lo

¹⁶ Ibid. p. 64.

¹⁷ Ibid. p. 66.

¹⁸ Ibid. p. 150.

¹⁹ Wilde, Oscar, *Máximas literarias dispersas*.

²⁰ Duhamel, Georges, *Defense des lettres*, "Biologie d'un métier", 7ème. édition, Paris, "Mercure de France", 1937, p. 243.

"maravilloso o fabuloso". "Como la novela ha reemplazado en el favor del pueblo al poema épico, ella se propone saciar en el lector una apetencia muy natural y muy viva: *la necesidad de lo extraordinario*".²¹ ¿Se induciría de lo dicho que una novela no puede ser doméstica o familiar? La respuesta de Duhamel aclara: en este último caso la novela descubre lo extraordinario de lo ordinario. Como "el hombre necesita embriagarse", hay que servirle poemas épicos, novelas y teatro. En nuestra época, el poema épico subsiste en Oriente y sirve para narrar hechos extraordinarios. En Occidente, la novela de caballería reflejaba lo mágico de la vida. "A pesar de la revolución del realismo" — escribe Duhamel — la novela conserva su tendencia a lo extraordinario (las hay de aventuras, de capa y espada, científicas etc.). La "revolución realista" ha ensanchado el campo de la psicología, entregando a la literatura un espacio desconocido. El naturalismo, prosigue Duhamel, ha engendrado "*una nueva forma de irrealidad*", y como la novela familiar se nutre de realismo y naturalismo, se concluye que no ha muerto en ella el penacho irrealista, el fondo mágico propio de la epopeya. La novela, piensa Duhamel, se descarta del argumento, porque su principal objetivo son los retratos o galería de retratos "nunca inmóviles". Requiere, además, un ingrediente intransferible: el humor. Con todo esto, se puede convenir en que "el verdadero novelista llega a veces hasta el final de sus personajes: no le preocupa ir hasta el fin de sus ideas ni tampoco hasta el fin de las ideas de nadie".²²

La coincidencia de Duhamel con Ortega es innegable en cuanto al valor de la técnica en la novela; mas no en cuanto a situar toda la fuerza del género en el estilo; mucho menos en separarla de lo maravilloso que no sólo existió ayer, sino que subsiste en el presente, bajo formas diversas. La fuerza atómica, el rádium, la electricidad, la navegación aérea, el cine reemplazan a los mitos de antaño: a su turno, la novela, cuando los refleja, sustituye a la clásica poesía épica.

Ahora bien, aun desde el punto de vista del estilo, hay

²¹ Ibid. p. 244.

²² Ibid. p. 356.

que confesar que la proximidad de la novela a la vida, hace que sea su más fiel espejo. Por lo menos, desde Baudelaire, la literatura busca sus metáforas en las sensaciones cotidianas. Con ello no se rompe ningún precepto: se enriquecen los existentes. Ha dicho Gustave Lalou algo que aplicado al caso de la novela y la epopeya ilumina el asunto: "La tradición no es un canon a observar: no es fija: será fija el día que la civilización francesa sea cosa del pasado, cosa muerta. Entonces se podrá hacer el inventario de lo que contiene, apartar lo que excluye y buscar las razones. Mas en tanto que el espíritu francés sea una fuerza viva, la tradición pasará de generación a generación".²³

Si aplicamos lo anterior a la novela, tendremos adecuada respuesta al concepto de Ortega, según el cual la novela debe moverse dentro de preceptos rigurosos, casi inmutables, como si fuese un género mineralizado.

A su vez, Emile Bouvier nos ilustra respecto a la importancia e índole de la novela, en un ensayo rebosante de sugerencias.²⁴

La opinión de Bouvier discrepa absolutamente de la de Ortega, Duhamel y Unamuno, por cuanto se basa en que "la mayor parte de las obras (literarias) se propone... sea demostrar algo, sea descubrir, analizar, explicar los fenómenos individuales o colectivos".²⁵

Según Bouvier, el placer novelesco consiste, no "en ser emocionado, sorprendido o encantado", móviles superfluos, sino en "reconocer, aprobar y comprender". La novela guarda íntima relación con *la inteligencia*. De ahí que las novelas policiales o detectivescas se asemejen mucho a los juegos matemáticos: proezas del intelecto. Sin embargo, el mismo autor reconoce que la nueva literatura — y por ende la novela nueva — se funda en "una emancipación de la libre imaginación", y que, después de la guerra de 1914, con los inventos y nuevas doctrinas consiguientes, se hace imprescindible cambiar las fórmulas que sobre todo arte tenía el hombre. El novelista clásico, agrega, "tra-

²³ Lalou, Gustave, *Manuel d'Histoire de la Littérature*, París.

²⁴ Bouvier, Emile, *Introduction a la littérature d'aujourd'hui*, 12ème. édition, La Renaissance du Livre, París, 1928, p. 126 etc.

²⁵ Ibid. p. 126.

ta de explicar una pasión, como el profesor su cátedra". Para reforzar su tesis, Bouvier cita a Romain Rolland, a quien asigna la facultad de ver todos los detalles de sus relatos, sin descuidar ninguno, y a Marcel Proust, el cual observa "con microscopio la vida celular del hombre".²⁶

Corresponde a Albert Thibaudet una definición más cabal de la novela. A diferencia de Unamuno y Ortega, aquél por su intimismo, éste con su formalismo, el autor de *RÉFLEXIONS SUR LE ROMAN* distingue netamente entre novela y memorial. Un manojo de recuerdos no puede trocarse en novela sino a condición de que se conviertan de reales, en posibles, de que se vuelvan *creaciones*, "que se construyen y se cree hayan sido".²⁷ La novela es, pues, no un relato de lo acontecido, sino una "antología de lo posible", concepto este que coincide con el de Aristóteles sobre la verosimilitud de la epopeya: "es preferible imposibilidad verosímil a posibilidad increíble" decía el estagirita.²⁸

En tal posibilidad, fuente de fantasía, radica lo típico de la novela, lo cual nos retrotrae a la concepción aristotélica de la poesía: "el poeta es, pues, en cierto sentido, *varón de deseos*. Y es, sea dicho sin intención de injuriar a nadie, el que nos ha creado paraísos más deseables".²⁹ "Evocación creadora" y "composición", he aquí dos elementos imprescindibles en la novela. Pero, el mismo Thibaudet observa, al describir la evolución del género, que ella consta de tres etapas, la primera de las cuales se identifica con la épica, aunque él no lo haga notar. Las tres etapas son: 1º de la *novela bruta*, "que pinta una época"; 2º de la *novela pasiva*, "que desenvuelve una vida", y 3º de la *novela activa*, "que aísla una crisis". Si admitimos tal clasificación, habría que considerar entre la novela bruta a *LA GUERRA Y LA PAZ* de Tolstoy y a *LOS MISERABLES* de Hugo; entre la novela pasiva, al *GIL BLAS* de Lesage y al *DAVID COPPERFIELD* de Dickens; entre la activa, a

²⁶ Ibid. p. 161.

²⁷ Thibaudet, Albert, *Réflexions sur le roman*, N. R. F. 8ème. édition, Paris, 1938, p. 13.

²⁸ Aristóteles, *Poética*, ed. Universidad de México, 1946, p. 41.

²⁹ García Baca, J. O., Introducción a la *Poética* de Aristóteles, México, 1946, p. LXII.

MADAME BOVARY de Flaubert y al DON QUIJOTE de Cervantes. La novela bruta sigue el "ritmo de la vida social" (que sería el caso de cierta novela americana); la pasiva, "lo recibe todo de la realidad" (es predominantemente la nuestra); la activa "crea un orden", o sea que el novelista se vuelve demiurgo de un mundillo posible o fantástico. Si la novela activa coloca al novelista en la posición de un pequeño Dios, que extrae de sí mismo, no la reconstrucción de una época, ni un concepto general sobre la existencia humana, sino una pasión, un estado individual, habrá que convenir en que son la primera y sobre todo la segunda de dichas etapas o formas las que nos comprenden a los americanos.³⁰ La novela resulta, de ahí, como el arte de componer una intriga, un carácter o un estado de alma, dentro de lo que cabe un perfecto equilibrio, a la manera francesa, o un absoluto desequilibrio, a la rusa. Más audaz, debemos recordarlo, aparece Aristóteles cuando dice que la peripecia "es la inversión de las cosas en sentido contrario... por necesidad o según probabilidad".³¹ Por otra parte, la novela no sólo existe en sí; avanza hasta crear una forma de concebir el mundo: *romanesque* (o *romancesco*, o *novelesco*) dice Thibaudet, es un epíteto con tanto valor como lírico, épico o trágico; epíteto posterior a la era de la novela, o sea de una época después de la etapa posterior al Quijote,³² y que caracterizaba un modo de ser femenino, por cuanto eran las mujeres las únicas lectoras de novelas desde el siglo XII.

Si existe un modo de ser "novelesco", quiere decir que no sólo hay un género literario llamado también novelesco, sino una forma de encarar la vida, de acuerdo con la novela, o sea que ésta — la novela — constituye un modo de ver y de ser. No significa que la novela esté impedida de subdividirse en especialidades o preferencias, según los móviles o inclinaciones del autor. Así, la novela de aventuras prescindiría, según Thibaudet, del amor, "como la tragedia clásica evita al personaje el amor engañado"; por ello si bien popular entre los sajones, no goza de difusión

³⁰ Thibaudet, ob. cit. ps. 14-22.

³¹ Aristóteles, *Poética*, ed. cit. p. 16.

³² Thibaudet, ob. cit. p. 109.

puede imaginar; al autor sólo su propia época, pues no atina a pintar otra cosa.

De todo lo dicho, extrae Caillois conclusiones un tanto singulares: "La novela es lo que permite transformar en espectáculo aquello de que cada uno tiene experiencia como compromiso".³⁶ Por su origen y sus efectos, la novela es antisocial — lo que choca con las afirmaciones de Thibaudet. En vista de que la sociedad deja al individuo rodar en el vacío, la novela lo engrandece y hace más consciente y dolorido.³⁷ Por esencia, la novela se rebela contra el medio social; y es "corrosiva" respecto de la ciudad, salvo la novela popular de amor y de aventuras. Caillois afirma más audazmente aún: "El relajamiento de los vínculos colectivos — dice — aconseja al individuo la posesión la más exclusiva posible de sí mismo, y lo coloca en el centro de un universo particular que la novela le enseña a cultivar y amar. Así, el mundo de la vida cotidiana sigue siendo común a todos, pero el del corazón y el del pensamiento se separan cada vez más y la creación literaria sufre inmediatamente las consecuencias".³⁸ Como un dato adicional acerca de la supuesta ruptura del vínculo colectivo, inherente a la novela, asevera Caillois que la novela otorga grande importancia a la parte física del amor, o sea que "trata de los minutos más aislantes".

Los personajes de novela se ciñen a los más sensibles o más conscientes (ayer Des Esseintes o Bergeret, hoy Stephen Dedalus, por ejemplo); de donde resulta que, a fuerza de aislar rasgos individuales, la novela patrocina el endiosamiento del héroe — ser excepcional. Entonces, según dice Caillois (y respeto su defectuosa expresión en castellano) "la fe religiosa o revolucionaria actúa como una palanca poderosa y aun cuando los nuevos héroes no sepan en favor de qué revolución acudirán, ni qué religión adoptar o fundar, dejan por lo menos de actuar como focos de disgregación para formar células de apóstoles o de profetas, mal adaptadas sin duda a una misión que, por

³⁶ Ibid. p. 134.

³⁷ Ibid. p. 135.

³⁸ Ibid. p. 134.

otra parte, no acaban de concebir, pero ardiendo cuando menos en el deseo de cumplir una".³⁹

Como quiera que se mire el pensamiento de Caillois, se evidencia su actitud relativista: 1º porque considera a la novela como un género que no pertenece a ningún género, o sea como una mera actitud expresiva; 2º porque aun cuando juzga que la exacerbación sentimental y física de la novela, la aleja de todo eco social, admite que la puntualización de los caracteres individuales, al exaltar la personalidad, favorece en ella la aparición de héroes y apóstoles, al servicio de ideales colectivos.

Dejo para último lugar algunas opiniones de Jean Epstein. No son tan pertinentes a la novela. Sin embargo, bueno será destacar su juicio acerca del naturalismo: "Se ha repetido con exceso — escribe — que la literatura debía reproducir la vida. . . . Por haber observado tan escrupulosamente el precepto, murió el naturalismo".⁴⁰ Quiere decir que no existe literatura a base de puro realismo, sin imaginación. Epstein denomina "subliteratura" a todo cuanto luce demasiada lógica, tristeza, delimitación, moralidad y subsecuentes desenlaces justos e higiénicos, que nada dicen de la personalidad del autor. Tales son los rasgos del folletín o subliteratura, "fruto de la instrucción obligatoria"; que mira los hechos en sí mismos, en su estricta realidad y con cierto tinte moral; que nada tiene que ver con la verdad estética, tan humana y tan poco aparente.

POSEEMOS hasta aquí un importante caudal de nociones y juicios acerca de la naturaleza de la novela, que conviene resumir y orientar para beneficio del estudio emprendido. Ensayémoslo:

La primera conclusión demuestra que la novela, como rama de la poesía objetiva, no sólo refleja realidad o verosimilitud, sino principalmente la posibilidad e imaginación.

La segunda: lejos de ser la novela un género petrifi-

³⁹ Ibid. p. 160.

⁴⁰ Epstein, Jean, *La poesía de hoy, un nuevo estado de inteligencia*. Carta de Blas Cendrars, trad. de C. M. Onetti, ed. J. Samet S. A. Buenos Aires (¿1926?) p. 34.

cado, como pretende Ortega, es más bien un receptáculo de géneros, una bahía a la cual llegan todos con su velamen desplegado: igual poema que ensayo, didáctica que fantasía.

La tercera revela que el problema del estilo, a pesar de su gran importancia, no constituye el nervio de la novela: ésta, lejos de deshumanizarse, vive ahora a expensas de la muchedumbre de hechos y sensaciones nuevas que el progreso y la guerra han traído consigo.

La cuarta conclusión señala que, en su condición de "epopeya destronada", la novela contemporánea ha abierto paso a nuevos mitos, a nuevos héroes: el de la velocidad, el de la infinitud, el de la altura, en aquello; los inventores, líderes revolucionarios, aventureros y financistas, en esto.

La quinta conclusión anuncia que se ha instalado sobre la tierra un nuevo Olimpo compuesto de fuerzas naturales, a las que el hombre no reconoce bajo símbolo o alegoría alguna, sino por su propio nombre: no ya Hephaistos, sino el hierro; no ya Eolo, sino la radio; no ya Marte, sino el petróleo; no ya las Euménides, sino las minas; no ya Diana, sino el algodón; no ya Venus sino la avaricia; no ya Júpiter, sino el imperialismo.

La sexta conclusión establece que la novela no cumple exactos ciclos en todos los países, ni mucho menos al mismo tiempo: si en la Europa de Flaubert a Joyce, la novela *activa* destaca el papel del creador de tipos o argumentos; en la América de Melville a Eustasio Rivera, la novela *pasiva*, cuando no *bruta*, marca el señorío de la realidad sobre el creador o novelista.

La séptima conclusión indica: que, como la novela, queriéndolo no, refleja la vida social e individual, no existe mejor documento para conocer la vida de los hombres que esta expresión en la que la realidad se diluye en fantasía o posibilidad hasta identificarse con ellas.

En fin: la novela condensa un problema humano. Sobrepujando las fronteras literarias, en ella radica uno de los más tentadores enigmas de nuestros días.

Luis Alberto SÁNCHEZ

Lima, Julio 22 de 1947

Bernanos Contra los Robots

EN uno de los últimos números de la revista mensual "Paru", de Mónaco, se publica un vivo reportaje a Jorge Bernanos que reproducimos traducido como eco impresionante de una voz intelectual y libre frente al doloroso proceso actual del mundo y especialmente de la Francia "liberada". La palabra de Bernanos es típica del intelectual libre pero solidario, además de llevar el dramático acento del hombre desplazado, tan de estos tiempos inciertos; y el reportaje de André Bourin puede pasar como modelo de elevado periodismo.

BERNANOS es un poseso. Poseso de Dios como otros lo son del Diablo. La inspiración lo atrapa, lo eleva, lo transporta y lo libra a sí mismo. Es un ser ígneo, una especie de Vulcano, cojo como él y que, en su Etna, forja los rayos celestes. Llegado al siglo en los momentos del "surréalisme" y de la poesía pura, de Freud y de Pirandello, del "mah-jong" y del "charleston", cuando la exposición de Artes Decorativas cerraba sus puertas bajo las "máquinas habitables" de Le Corbusier, los árboles fundidos y el estilo "Innovación", pronto brota de su boca un aliento abrasador. SOUS LE SOLEIL DE SATAN, publicado en 1926, en la colección del "Roseau d'Or", rompió las barreras de la crítica docta, se impuso por el ardor de sus convicciones, deslumbró a los lectores y los arrojó fuera de sí mismos ulcerándoles la conciencia. Nadie se equivocó al respecto. Bernanos apareció de repente tal como permanece a nuestros ojos: visionario, insurgente — verdadero meteoro a quien el frote del mundo vuelve incandescente, y que va dejando tras sí resplandores apocalípticos.

Escribe para "liberar su alma", desde luego. Sus obras se proyectan fuera de él bajo el impulso de un fuego céntrico, como la lava y la escoria de un volcán. Pero escribe para los demás también. Escribe para hacerles aborrecer esa tibieza de los "bien pensados" que el Señor vomita; para que comprendan que la vida espiritual es un drama, para que conozcan y sientan la apuesta de que su alma es objeto, la violencia y las mañas con que el Demonio trata de cercarla y atraparla. Para él como para León Bloy, su camarada de armas, ser escritor es ejercer "el sacramento de la Literatura". ¿Qué significan pues las consagraciones oficiales: el premio Fémina para LA JOIE, el premio de novela de la Academia Francesa para el JOURNAL D'UN CURÉ DE CAMPAGNE? Bernanos lleva adelante "una empresa sanitaria" (Luc Estang, PRÉSENCE DE BERNANOS, Plon). Los gritos que da, son gritos de alarma, gritos proféticos. Tan pronto sondea corazones de criaturas que nos entrega palpitantes, como se dirige a la multitud, a sus compatriotas o a alguna nación vecina: aporta su testimonio de "hombre libre" y vitupera a los "imbéciles". Pero novelas y brulotes son de la misma tinta; el compromiso es el mismo en uno y en otro lado, el mismo el combate sostenido contra el mismo adversario.

Sin embargo, el novelista parece ir cediendo terreno cada vez más al que, siguiendo los consejos de Luc Estang, llamaré el protestador, el reivindicador. MONSIEUR QUINE, la más reciente novela de Bernanos, publicada el año último, fué escrita antes de la guerra. Al contrario, sus diferentes manifiestos, agrupados bajo el título demasiado inexpressivo de ESSAIS, se sucedieron a ritmo veloz, transparentando la obsesión del autor. En 1938 fueron LES GRANDS CIMITIÈRES SOUS LA LUNE y NOUS AUTRES, FRANÇAIS; al año siguiente, SCANDALE DE LA VÉRITÉ; luego, sucesivamente, ÉCRITS DE COMBAT, LETTRES AUX ANGLAIS, RÉFLEXIONS SUR LE CAS DE CONSCIENCE FRANÇAIS. En fin, hace unas semanas, LA FRANCE CONTRE LES ROBOTS.

Poco después de Munich, Georges Bernanos, acompañado por la esposa y por los seis hijos, se expatrió voluntariamente. Dejó el país por el Brasil, donde, en su soledad, quería "sepultar su vergüenza". Meditó, trabajó,

vuelta siempre la mirada hacia la patria. ~~Solo~~ ⁴⁵ ~~no~~ ^{no} recuperarla en Julio de 1945. Pero hay que ~~dejar~~ ^{dejar} que su gozo fué efímero, puesto que en el invierno siguiente ~~le comisi-~~ ^{le comisi-} ~~onó~~ ^{onó} al "Figaro" publicar estas líneas:

"Después de seis meses, he llegado a comprender que la carga del exilio es a menudo menos pesada en tierra extraña que en el propio país".

Un año después de esta declaración, Bernanos no ve aún apurada su amargura. Al contrario, se siente más agrio, más torturado, más iracundo que nunca. No me parece de ningún modo un hombre fatigado, pronto a rendir las armas. ¡No! A los 59 años, el fogoso luchador se mantiene en pie, capaz todavía de terribles rugidos y de furiosos saltos. Pero conoce mejor la aspereza del combate, el poderío del adversario, y el caos que sucedería a la derrota.

A su regreso de Suiza, donde fué a dar conferencias, lo obligó al reposo una congestión pulmonar. Me recibió convaleciente; y sin embargo, ya estaba reincorporado a la lucha, y dos días más tarde debía partir para el Africa del Norte.

"Voy a dar conferencias, me dijo; pero antes, durante un mes, quiero trabajar en calma... Nada de novelas. ¡Ay! No podría escribir una novela ahora: me siento demasiado angustiado. Y sin embargo, soy novelista, novelista ante todo, y no «polemista», como se dice. ¡Como si fuera ser polemista tratar de restituirle a la gente el reflejo de la buena fe!... Sin duda, me gustaría escribir una novela, pero cada día es más aventurado para mí. Nunca sé cómo puedo salir del trance. Paso por instantes de esperanza y de decepción atroz. En suma, como en todas las aventuras... Lo que quisiera escribir en aquella soledad, es una Vida de Jesús".

Georges Bernanos me habla sentado a una mesa de "bridge" atestada de libros y de papeles. Al alcance de su mano hay dos volúmenes de una historia de los Jesuitas y el ensayo que le ha consagrado Luc Estang. Cuando fui conducido a su presencia, escribía en un cuaderno escolar, con una caligrafía más ordenada que todo lo que hubiese podido imaginar, un artículo para un semanario.

La pieza en que trabaja ha sido "puesta a su disposición" por el hotel que le sirve de puerto. Grande, triste, inhospitalaria, parecería una decoración de Pitoëff o de Barsacq para una obra negra de Anouilh: paredes de color de masilla, una avara provisión de luz, una botella de agua de Vichy sobre un velador tosco, una infinita cantidad de sillas colocadas muy cuidadosamente y todas tapizadas con el mismo terciopelo rojo-sangre de buey, un diván en un rincón, en otro, junto a la ventana, Bernanos a su mesita, y, llegados allí sabe Dios cómo, dos caballos mecánicos nuevecitos, magníficos, tascando el freno y fijos en un eterno galope.

Imposible "interviewar" a Bernanos. Sigue sus propios pensamientos, haciendo a un lado con un ademán, como quien espanta moscas, las preguntas inoportunas. ¿Puedo decir que me habla? Más bien predica, evangeliza. Se abandona, una vez más, a los tormentos que lo acosan; está totalmente absorto en sus propias visiones. Con todo, en seguida de una acogida amable, con voz dulce, la pesada cabeza meciéndosele entre los hombros, me explica:

—Soy un ser instintivo, sensible a la rapidez de los acontecimientos.

Luego, eleva un poco el tono. Bernanos parece arrastrar cadenas que lo traban. Lamenta:

—Quisiera serles útil, ayudarlos, esclarecerlos...

El tono asciende aún. La voz se le vuelve más fuerte y más aguda.

—¿Para qué habré regresado? Yo debí quedarme en el Brasil. Francia no puede oír una palabra verídica. Ni una sola. No hay un francés sincero consigo mismo, que se atreva a vivir su vida según su verdad. Nadie trata de otra cosa que de justificarse: no solamente a los ojos de los demás, sino a los propios también. Mentira todo. ¡Ah, son insoportables vistos de cerca!... Sí, realmente, habría hecho mejor en quedarme allá. Habría sido más útil.

Bernanos gira en su silla, fija la mirada en el cielorraso. La pieza, París, el repórter, todo queda abolido. Prosigue:

—De lejos, se percibe el sentido histórico de Francia. De cerca, uno no lo ve: los franceses han perdido su país. ¿No habría sido mejor perder, al mismo tiempo que el poderío, las apariencias de ese poderío? Vivimos en un equívoco. Esta ciudad es una ciudad abierta; puede insultarse impunemente. Y sin embargo ¡si conociesen el inmenso prestigio de Francia! Sin duda, no siempre es sensible, excepto en la América del Sur, en el Brasil. Allí, Francia es la iniciadora intelectual. Después de la partida de los portugueses, en 1822, fué el testigo de la eclosión de aquel país. Y no crean que nuestra influencia se reduce a la *élite*; al contrario, donde está más viva es en lo más hondo del pueblo brasileño. ¡Si supiesen qué fama tiene allí, por ejemplo, Augusto Comte!... La derrota de Francia causó una decepción enorme, increíble. IN-CRE-Í-BLE. El día en que se anunció la ruptura de nuestro frente, vi con mis propios ojos, a quince kilómetros de Río, en medio de un país de puro ganado, donde los habitantes son mestizos de indios, y los únicos animales zebúes, vi, repito, en aquellas regiones sin un camino, donde se atraviesan los bosques siguiendo huellas, a personas que lloraban y que me decían: “¡Francia, señor, Francia!”...

“En Pipora, que no es más que un caserío blanco agrupado a orillas del San Francisco (uno de los mayores ríos del Brasil), llegué una noche, con mi familia, luego de dos días de viaje, y ¡qué viaje! Pipora es la última estación del Central Brasileño, la vía se corta allí: más adelante, está la selva ponzoñosa. A mi descenso del tren, un mulato a quien se le había anunciado mi llegada, se adelantó hacia mí y me rogó que aceptase la hospitalidad que me ofrecía bajo su techo. Pues bien, en casa de aquel hombre había, sobre un aparador, algunos libros que me mostró orgulloso: eran libros franceses de León Bloy, de Maritain y míos... Y fué aquel hombre el que, el día del armisticio, me escribió la más hermosa carta. Una carta francamente *ad-mi-ra-ble*”.

Georges Bernanos se lleva las manos a la cabeza. A estos recuerdos alentadores, se suceden otros que lo abaten. Habla del “mito de la Resistencia”:

—La gente se ha agrupado según sus ideas políticas.

Por eso la Liberación fracasó.

—...

—Sí, desde luego, pueden citarse casos de excepción y de total desinterés. Pero eso no impide que lo común sea lo que yo digo. Aun entre los católicos ha ocurrido lo mismo. De aquí este marasmo en que pataleamos.

Pero el achaque no es sólo francés.

—Toda Europa, el mundo entero sucumbe ante una espantosa crisis maquiavélica. Y no podremos recuperarnos más que en la verdad, dándole la espalda a esta civilización que no es más que un callejón sin salida. Los primeros responsables son los ricos, los especuladores ingleses del siglo XVIII. Y no obstante, si se les hubiese preguntado qué idea tenían de nuestro mundo, sin duda habrían respondido que lo veían cada día más humano y más próximo a la naturaleza.

“El papel de Francia es rechazar esta contra-civilización, denunciarla con sus mentiras y su totalitarismo siempre creciente. Asistimos a una inverosímil depreciación del hombre en favor del Estado que no deja de hincharse, de aumentar rápidamente como un cáncer que sustituye a los tejidos. Y una sociedad no vive ni se defiende más que por privilegios y una jerarquía. Y el primero de estos privilegios es la libertad. Nos corresponde defenderla ante todo, salvaguardar el sentido de la libertad. Como el sentido religioso, sólo saben qué es el sentido de la libertad los que lo poseen. Cuando el mundo pierda este sentido, no volverá a encontrarlo. Y nos hundiremos en los infiernos.

“Pero ¡a qué precio deberemos pagar esta reconquista! Veo por delante aún muchos muertos y mucha sangre. La salud del mundo ¿no depende quizás de la destrucción de Europa?”

Poco a poco, la fatiga se muestra en el semblante de Georges Bernanos; baja los ojos, la voz se torna desigual. Pero no ha concluido de hablar. Blande un cuchillo para decirme:

—Hoy, el técnico reemplaza al sabio; y de ahí pueden seguirse terribles catástrofes. Porque el sabio, en su laboratorio, aun cuando creyese hacer abstracción de la mo-

ral en sus investigaciones, siempre seguiría siendo un hombre. El técnico, en cambio, es un ser inconsciente. Sin alma. Tal vez algún día pueda fabricar un nuevo hombre. Durante mucho tiempo se creyó que no éramos transformables; pero no es cierto. Me han asegurado que ya es posible modificar los reflejos fundamentales del hombre social: disminuir, por ejemplo, sus reflejos de rebelión. Vamos a parar a los robots.

Bernanos se transporta:

—Hay que sabotear el Estado moderno. Es un monstruo enorme, pero tiene la cabeza muy chica, y es la cabeza lo que hay que cortar si queremos salvar no sólo nuestra civilización sino la civilización misma. La hora ha dado: los pueblos están prontos a comprender estas palabras más que en cualquier otro momento.

Ahora, Bernanos, agotado, vuelve a hacer pie. Sin embargo, añade aún:

—Le hablo así porque no soy un hombre de letras. Vivo en el campo; no tengo relaciones con mis colegas. Vi a Mauriac en 1926; a Montherlant una vez, en el café; una vez también a ese loco, a ese animal de Chateaubriant. Y eso es todo...

Bernanos se levanta. La visita ha concluido. La voz calló; pero yo sentí largo rato rodar dentro de mí sus ecos, como truenos. ¿Es la voz de un profeta que clama en el desierto?

André BOURIN

La Educación Superior en el Perú Durante el Coloniaje

LOS diversos instrumentos de represión y de monopolio que utilizó España en sus colonias de ultramar las aislaron, tanto en lo material como en lo espiritual, del resto del mundo, a tal punto que el movimiento intelectual de Europa se desconocía absolutamente en los virreinos hispanos de América. Dijérase que una invulnerable muralla china se levantaba entre ambos hemisferios, impidiendo que llegaran al nuestro ni siquiera los ecos de la cultura llamada occidental.

Durante los siglos xvi, xvii y xviii —dilatado período que corresponde al Coloniaje en el Perú— surgen, predominan y decaen en Europa tendencias y doctrinas que ignoran el Nuevo Mundo.

La pedagogía desde el Renacimiento

FRUTO de un largo proceso histórico que culmina en los siglos xv y xvi, el Renacimiento trae una nueva visión espiritual de la humanidad, una nueva interpretación de sus problemas y nuevas normas de conducta que constituyen sus nuevos tipos educativos. El *neo-platonismo*, que encierra en el individuo todo conocimiento de la idea de Dios y del Universo, triunfa sobre el espíritu aristotélico que había impuesto su despotismo en la Edad Media. Los árabes en España, y entre ellos Averroes, fueron los mejores panegiristas de las doctrinas de Aristóteles. El ave-

roísmo, "alma e inteligencia de Aristóteles", como lo llamara la escuela de Padua, predomina en España durante el siglo XIV, que coincide por eso con la hegemonía del aristotelismo, pero declina en el siglo XV con su último representante, el filósofo judío llamado "Eliás, el mendigo", para ser posteriormente subrogado por la corriente platónica que inspira los movimientos filosófico y educacional.

La pedagogía renacentista reivindica también los *valores de la cultura clásica*, proscrita en el régimen educativo de la Edad Media. La toma de Constantinopla y de Alejandría por los turcos y la consiguiente expulsión de los sabios y de los maestros de ambas ciudades por la barbarie del genízaro, produjeron la difusión de los manuscritos clásicos concentrados antes en ellas, y en el continente entero hubo un despertar de anhelos y una inquietud por conocer. Las doctrinas de los Santos Padres fueron sometidas al taladro del análisis y de la crítica. Se remozaban las viejas bibliotecas conventuales y se sacudía el polvo a los valiosísimos manuscritos que, olvidados, habían dormido en sus anaqueles un sueño de varios siglos. Y el descubrimiento de la imprenta, facilitando la rápida difusión del pensamiento, consolidó definitivamente las conquistas espirituales alcanzadas por la cultura.

Los individuos se pusieron en *contacto directo con la naturaleza* y tuvieron una *nueva actitud ante la vida*. La pedagogía renacentista del placer contrastó con la pedagogía medievoval del dolor y tuvo su más alta expresión en la alegría o la euforia del vivir y en el perfeccionamiento tanto espiritual como corporal de los seres humanos. Se estimula, de esta suerte, el *desenvolvimiento de la personalidad individual* que había sido anquilosada por los rígidos cartabones educativos del Medievo. El humanismo exalta y difunde los principios y las orientaciones de las culturas clásicas greco-romanas. Y la *libertad de educación* trae un nuevo tipo de vida, más armoniosa y más digna, en oposición al antiguo escolasticismo dogmático, tiránico, restringido y pedante.

El espíritu renacentista, reivindicador de los valores antiguos, se prolonga durante el siglo XVI en la Reforma,

qué es en realidad, la expresión del Renacimiento en materia religiosa porque aspira a retornar el espíritu a la simplicidad magnífica de las fuentes primitivas y cuyos principales ideales pedagógicos son *laicizar* la educación, libertándola de toda influencia religiosa y entregando su dirección al Estado; darle un sentido "actualista" en contraste con el sentido "futurista" de la educación medioeval, ya que, como decía Lutero, "aunque no existiera cielo ni infierno siempre debe existir educación para los múltiples negocios de esta vida"; la universalidad y la diferenciación en la educación, en el sentido en que debe ser el patrimonio común de todos, pero distinta según la función social de cada uno; y la gratuidad de la misma, costeadada por el Estado. Frente a este movimiento, que comprende todos los grados de la enseñanza, el catolicismo enarbola los ideales de la Contrarreforma, definidos por el Concilio de Trento, ejecutados por la Compañía de Jesús y por los Hermanos de las Escuelas Cristianas y traducidos en un doble objetivo práctico: la obediencia y respeto a la autoridad absoluta y el anulamiento de la individualidad contra la tendencia renacentista que la exaltaba.

Percíbese también la influencia educativa del Renacimiento, uno de cuyos ideales fué el contacto directo con la realidad, en la *pedagogía del Realismo*, corriente que se desarrolla a mediados del siglo XVI y a principios del siglo XVII y que, persiguiendo en esencia identificar al individuo con la realidad, adopta tres orientaciones distintas: 1) el realismo *naturalista* cuyo ideal consistió en la educación de los niños y de los jóvenes en armonía con los mandatos de la naturaleza y cuyos representantes principales, pese a la disimilitud metodológica de sus obras, fueron Miguel Eyquem de Montaigne y Francisco Rabelais; 2) el realismo *social*, que propugna una pedagogía propia para la sociedad, realidad distinta de la naturaleza; que critica la educación humanística considerándola como una preparación inadecuada para vivir plenamente la vida en toda su intensidad, fuerza y eficacia; que aspira a preparar a los individuos para la vida práctica y exalta el valor educativo del viaje por medio del cual se adquieren

la cultura y los conocimientos prácticos, derivados del intercambio de ideas con los habitantes de diferentes naciones, en las múltiples situaciones de la vida; y 3) el realismo *sensorial*, que incide sobre una realidad distinta de la naturaleza y de la sociedad, la realidad de los sentidos, nexos entre el universo y el individuo, medios de conocimiento de que el individuo dispone, que requieren por lo mismo una pedagogía propia de tendencia psicológica (ya que el conocimiento previo de la psicología infantil y del adolescente es indispensable para educar sus sentidos y percepciones) y cuyos principales representantes fueron Richard Mulcaster, Luis Vives, Francisco Bacon y Juan Amós Comenio.

Reacción posterior contra la pedagogía del Realismo, que daba prioridad a la cosa aprendida y subestimaba el proceso por aprender, surge la corriente de la *educación disciplinaria*, tomando a la disciplina no en su acepción restringida, relativa al orden y a la obediencia en la escuela, sino en su significación amplia: conjunto de actividades, ya sea físicas, intelectuales y morales del individuo, tendientes a su perfeccionamiento. El estudio en sí es una disciplina. Lo importante en este sistema es el proceso por aprender y no la cosa aprendida, el método o disciplina y no el objeto mismo de la enseñanza. Lo que vale es el estudio en sí, cualquiera que sea la materia sobre la que incida. John Locke, cuya vida eslabona los siglos XVII y XVIII, es el más autorizado representante de la escuela disciplinaria.

En cumplimiento de ineludibles leyes sociales, en el perpetuo devenir de la humanidad, van decayendo las instituciones antiguas y son reemplazadas por otras nuevas. Un nuevo espíritu adviene al mundo en el siglo XVIII. A la obra demoledora de Voltaire en la primera mitad de esta centuria sucede, en el orden pedagógico, la acción constructiva de Rousseau en la segunda mitad de la misma. Voltaire ataca rudamente el dogmatismo en las creencias, el absolutismo en la política y la corrupción en la sociedad. Inspira la corriente doctrinaria denominada del "esclarecimiento" que se propuso independizar la moral individual de las formas eclesiásticas y sociales, librar al

pensamiento del terror a lo sobrenatural, destruir el absolutismo en las ideas y la tiranía en la acción; exaltar la fe profunda en las prerrogativas del individuo, en su libertad de opinión y en la suficiencia de la razón para trazar las normas de conducta en la vida; y formar una nueva aristocracia de la inteligencia que sustituyera a la antigua y desprestigiada aristocracia de la sangre y los títulos nobiliarios. Juan Jacobo Rousseau abre luego para la educación, perspectivas insospechadas hasta entonces.

El predominio de la tendencia psicológica para explicar el curso de la historia y los fenómenos sociales, en la segunda mitad del siglo XVIII y a principios del siglo XIX, que supervive principalmente en la obra de Bastián Ward, Lacombe, Tarde y Wundt, se tradujo también, en el orden pedagógico, en las posibilidades de estudiar científicamente el espíritu para fundamentar la educación y la instrucción. El empeño por conocer la mentalidad del niño, desconocida en periodos anteriores, y el interés de la enseñanza concentrado entonces, a diferencia de otras épocas, en el grado elemental, hicieron del niño el centro de la escuela y marcaron las acertadas orientaciones de esta tendencia psicológica en la educación, cuyos más caracterizados representantes fueron **Juan Enrique Pestalozzi**, preocupado en darle un contenido ameno a la enseñanza y en cultivar la natural espontaneidad y viveza en los alumnos, su entusiasmo en el aprendizaje y su cordialidad con los profesores, principios que tuvieron el más rotundo éxito en el magnífico experimento del Instituto de Iverdon, convertido por él en uno de los centros pedagógicos de más renombre en Europa; **Juan Federico Herbart**, impugnador del concepto de "masa escolar", fundador de los seminarios pedagógicos con sus escuelas anexas y prácticas, crítico severo de la psicología aristotélica y autor de un sistema educativo para desarrollar la inteligencia infantil que contempla la necesidad de un sondeo previo en la mentalidad del niño para que el maestro conozca la esencia de sus "presentaciones" o percepciones sensibles, el "llamamiento" en el espíritu infantil de aquellas ideas o presentaciones antiguas que tienen conexión íntima con las nuevas que han de introducirse, y la "presentación" o sea

la incorporación de nuevas ideas en el espíritu, asociándolas con las antiguas; y **Federico Guillermo Froebel**, el maestro de la edad pre-escolar, cuya acción se encumbra en los Jardines de la Infancia (*kindergarten*) y cuyo sistema pedagógico, basado en la necesidad de desenvolver las energías del individuo desde su temprana edad y de capacitarlo para instruirse a sí mismo, utiliza progresivamente los "dones", representaciones simples de objetos coloreados, los juegos plásticos de construcción que despiertan en el niño el orden, la atención, la paciencia y la exactitud, su actividad espontánea y su interés volitivo.

Todo este panorama educacional, amplio y magnífico, que comprende la evolución del espíritu a través de tres centurias, permaneció ignorado en América. Dijérase que ambos hemisferios constituían dos mundos completamente distintos e incommunicados entre sí. Las colonias españolas de este Continente vivieron entonces con varios siglos de atraso con relación al desarrollo espiritual de Europa. En el Perú, como en los demás dominios hispanos, ni se sospechó el proceso de la pedagogía europea en los siglos XVI, XVII y XVIII. Múltiples causas, entre otras la necesidad de asegurar el predominio político manteniendo en el obscurantismo al pueblo, impidieron que nuestro país recibiera entonces ni siquiera los ecos lejanos de los avances educativos de Europa.

Comienzos de la Instrucción en el Perú

LA Iglesia y el Estado pactan alianza tácita en la aventura homérica de la conquista y colonización del Nuevo Mundo, cuyos más altos símbolos resultan por eso la cruz y la espada. Ambos se ayudan recíprocamente. El poder civil enriquece con ingentes propiedades a las órdenes religiosas y el poder eclesiástico robustece, con su autoridad espiritual, la acción expansiva del Estado. Los monarcas acuden a los pontífices para reafirmar sus dominios en las nuevas tierras descubiertas por Colón. La Bula de 1493 otorgada por el Papa Alejandro VI es el título que la Corona de España exhibe ante el mundo para justificar su expansión en América, dándole un carácter po-

lítico-religioso. Mientras los rudos soldados ganaban nuevas tierras para la Corona, los misioneros conquistaban nuevas almas para Dios. Explicase así la llegada de los religiosos junto con los conquistadores y su extraordinario incremento en los largos años de la colonización.

Los dominicos fueron los primeros en venir al Perú. Fray Vicente Valverde fué uno de los protagonistas de la tragedia de Cajamarca, cómplice de la muerte de Atahualpa y primer obispo del Perú. Fr. Martín de Esquivel fué el primer prior del Convento de Santo Domingo, construído en el solar que hasta hoy ocupa, a los muy pocos años de fundada Lima. Fray Tomás de San Martín, Obispo de Chuquisaca y Provincial de la Orden, fundó la Real y Pontificia Universidad Mayor de San Marcos de Lima.¹ En 1535, autorizados por el emperador Carlos V, llegan a nuestras tierras veinticuatro religiosos mercedarios, a órdenes del Superintendente Fray Francisco de Cuevas, fundándose entonces en esta capital el Convento de la Orden.² Ese mismo año vienen al Perú los primeros franciscanos, entre ellos los frailes Francisco de la Cruz, Marcos de Viza, Pedro Portugués y Francisco de los Angeles, el primero de los cuales solicitó y obtuvo del Conquistador Francisco Pizarro la autorización respectiva para fundar un convento, el que se erigió alejado del centro de la ciudad, expuesto a los ataques de la gente sediciosa, trasladándose posteriormente al lugar que hoy ocupa.³ Los agustinos se unieron luego a las otras órdenes en el empeño de propagar la fe en América. Las crónicas de la Orden recogen los nombres de Fray Andrés Salazar, Fray Antonio Lozano, Fray Pedro de Cepeda, Fray Antonio Ortega y algunos otros que fueron los primeros en llegar al Perú. En 1551 se funda el Convento de San Agustín en Lima y en los años subsiguientes se extienden por las demás regiones del Virreinato.⁴

¹ Datos consignados en la *Crónica Dominicana* redactada por Fray Juan Meléndez.

² Así consta en la *Crónica Mercedaria* de Alonso Ramón.

³ *Crónica Franciscana* redactada por Fr. Diego de Córdoba.

⁴ Fray Antonio de la Calancha, *Crónica Moralizadora de la Orden de San Agustín en el Perú*, Barcelona, 1639.

En 1568 llegan al Callao tres sacerdotes y cuatro coadjutores de la Compañía de Jesús, llamada a tener tanta importancia en el desenvolvimiento de la pedagogía del Perú Colonial.

Las órdenes religiosas contribuyeron a morigerar la violencia de los conquistadores, procuraron catequizar a los indios convirtiéndolos al cristianismo y mantuvieron durante trescientos años la dirección intelectual del Virreinato, en todos los grados de la enseñanza. Un escritor peruano, insospechable de toda influencia dogmática, confesional o conservadora, José Carlos Mariátegui, marxista convicto y confeso, reconoce y proclama la influencia benéfica de las órdenes religiosas, afirmando que ellas "contribuyeron a la organización virreinal no sólo con la evangelización de los infieles y la persecución de las herejías, sino con la enseñanza de artes y oficios y el establecimiento de cultivos y obrajes. Importaron con sus dogmas y sus ritos, semillas, sarmientos, animales domésticos y herramientas. Estudiaron las costumbres de los naturales, recogieron sus tradiciones, allegaron los primeros materiales de su historia. Los indios explotados en las minas, en los obrajes y en las encomiendas encontraron en los curatos sus más eficaces defensores".⁵

El período agitado y turbulento de la Conquista y de las guerras civiles entre los conquistadores no fué propicio al establecimiento y desarrollo de la instrucción, no sólo por la bajísima calidad intelectual de los audaces aventureros hispanos sino por el continuo sobresalto individual y colectivo en las pendencias entre españoles y ante la amenaza de posibles sublevaciones indígenas.

Cronológicamente los *misioneros* resultan los primeros maestros dedicados a la enseñanza de la doctrina católica entre los aborígenes. En la institución de las encomiendas se impuso al encomendero la obligación, incumplida siempre, de educar a los indios encomendados, adoctrinándolos en nuestra fe. Más tarde, cuando se consolida la Conquista con la destrucción definitiva del Incanato, se sedimentan las pasiones entre los conquistadores y se inicia

⁵ José Carlos Mariátegui, *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*.

la fundación de las ciudades coloniales, se comprueba la ausencia de toda preocupación educativa. Los fundadores distribuyen los solares en las nuevas urbes, asignando los correspondientes a la Plaza Mayor, la iglesia, el cabildo, la casa del gobernador y las residencias de los vecinos. En ninguna fundación se separa el solar destinado a la escuela. El espíritu de la escuela, vale decir de la cultura, está ausente en el proceso de fundación de las ciudades peruanas del Virreinato.

Disponían las Leyes de Indias que todo lo que no estuviera previsto en ellas, para el buen gobierno de las colonias, debería regirse por la legislación común de la Metrópoli. No existiendo en ellas ningún dispositivo relacionado con la educación, estaba por tanto en vigencia teórica en las colonias de América el régimen educativo implantado por las Siete Partidas de Alfonso el Sabio cuya absoluta inaplicabilidad en estas tierras, y especialmente entre los indios, es indiscutible si se aprecia el contenido de este Código que establece el régimen escolar desde la enseñanza de las primeras letras hasta los estudios superiores; el "estudio" o sea la reunión de maestros y discípulos para aprender los "saberes", es decir los conocimientos de la instrucción; la ubicación de las escuelas fuera de las ciudades en sitios solitarios y saludables; los métodos de la enseñanza y el número de los maestros; la solución de los conflictos entre profesores y alumnos por tribunales en que ellos eran sus propios jueces, excepto en cuestiones de orden penal; los sueldos a los maestros en caso de enfermedad y los derechos de sus herederos; las exoneraciones del servicio militar y el pago de contribuciones como una supervivencia de las ordenanzas de los emperadores romanos y de los privilegios de las universidades medievales.

La preocupación de los lejanos monarcas españoles, especialmente de Carlos V y Felipe II, sobre la educación en sus colonias queda escrita, solamente escrita, en algunas cédulas reales en las que se ordenaba que "para servir a Dios Nuestro Señor y para el bien público de nuestros reinos, es indispensable que nuestros vasallos y los

súbditos naturales, estudien y se gradúen en las ciencias conocidas, a fin de acabar con la ignorancia".

Los "Estudios" y las "Universidades"

EN el Virreinato del Perú, el proceso de la instrucción pública es originalísimo. No se cumple lógicamente desde abajo hacia arriba, empezando con el establecimiento de las escuelas primarias y culminando con los centros de cultura superior. Primero se fundan en el Perú colonial las Universidades, luego los colegios y seminarios, posteriormente las escuelas.

En julio de 1548 se establece, en el Convento de Santo Domingo en Lima fundado ocho años antes, un "Estudio Particular", a iniciativa de su Provincial Fray Tomás de San Martín y como base para los futuros "Estudios Generales", denominación esta última con la que entonces se designaba a las universidades. La Real Audiencia de Lima, el Cabildo y el Pacificador Don Pedro de La Gasca convinieron el 10 de diciembre de 1549 enviar a España a los procuradores Capitán Jerónimo de Aliaga y Fray Tomás de San Martín, que gestionarían del Emperador Carlos V la autorización correspondiente para fundar una Universidad en esta capital. No pudo el Capitán de Aliaga cumplir tan honroso cometido por haberle sobrevenido una enfermedad, a consecuencia de la cual murió. Viajó, en consecuencia, sólo Fray Tomás de San Martín, llegó a España después de varias semanas de penosa travesía, trasladándose de allí a Alemania, donde se encontraba a la sazón el Emperador. Sus gestiones fueron arduas y se prolongaron durante más de un año. Al fin, el 12 de mayo de 1551 se firma en Valladolid la Cédula Real que ordena la fundación de la Universidad de Lima con "iguales franquicias y excepciones que tiene y goza el estudio de Salamanca". Su funcionamiento se inició el mismo año de 1551⁶ aun antes de que regresase a Lima Fray Tomás de San Martín. Como la permanencia de éste en la Corte —informa Meléndez— "viniese prolongándose más allá de lo que él calculara, para no defraudar en

⁶ Calancha, ob. cit. lib. I, cap. XXXVIII.

sus justos anhelos a la Ciudad de los Reyes, ni privarla con su demora de los frutos que se prometieran sus vecinos de la nueva institución, determinó remitir a su Cabildo, la cédula y reales despachos que para ella había obtenido, y es así como el Estudio pudo fundarse antes de que el Mtro. San Martín tornara a esta ciudad".⁷ El 25 de julio de 1571 el Papa Pío V expidió la correspondiente Bula por la que se erige en Universidad el Estudio General de Santo Domingo.⁸ El nombre de San Marcos fué el resultado de un sorteo realizado entre los nombres de los santos evangelistas.

La Cédula Real de 1551, la Bula Pontificia de 1571 y los estatutos que le dió el Virrey Toledo constituyeron los títulos de la Real y Pontificia Universidad Mayor de San Marcos de Lima, la primera y más antigua de las que se crearon y funcionaron en América. La sigue en antigüedad la Universidad de México, cuya Cédula Real, posterior a la de Lima, se firmó el 21 de setiembre de 1551 y cuya Bula Papal sólo se expide en 1595. Previa aprobación real, el Virrey Toledo le otorga también a la Universidad su escudo de armas que hasta ahora ostenta.⁹

La más antigua Facultad de San Marcos, concorde con las preocupaciones espirituales predominantes en la época, fué la de Teología, cuya fundación se atribuye por unos al propio Fray Tomás de San Martín, por otros al Cabildo de Lima, no faltando quienes aseguren que fué el Arzobispo Loayza o el Pacificador La Gasca, punto este que no está definitivamente dilucidado hasta hoy. Los religiosos dominicos del Convento del Rosario tuvieron a su cargo, desde 1553, la dirección de esta Facultad. La primera cátedra que se instituyó fué la llamada "Prima de

⁷ Meléndez, *Tesoros Verdaderos de las Indias*, t. I, lib. II, cap. X, p. 181, Roma, 1681.

⁸ Fco. Javier Hernández, *Colección de Bulas, Breves y otros documentos relativos a la Iglesia de América y Filipinas*.

⁹ El escudo de armas de la Universidad es elíptico y partido. Ocupa el primer lugar, en campo de oro, el Evangelista San Marcos, con su león al pie y las letras S. M. negras. En el segundo campo, azul, se levantan las columnas de Hércules, de plata, sobre el mar, con su leyenda en rojo "Plus Ultra". Exornan tres coronas de oro y un lucero de plata. Sobre el escudo, una cabeza laureada con una guirnalda y dos cornucopias saliendo de su boca hacia los lados.

Teología" que estuvo desempeñada por eminentes frailes, entre ellos Diego de Ojeda, autor de la *CRISTIADA*. El principio teológico campea y se yergue sobre los demás en la tan propicia atmósfera colonial peruana.¹⁰

A Fray Francisco de San Miguel le corresponde el privilegio histórico de haber sido el primer Rector de San Marcos, en 1557. Durante los primeros años, las actividades universitarias en los claustros de Santo Domingo, cuando estaba exclusivamente reservado a los religiosos el desempeño de los cargos de autoridades y docentes, fueron sumamente restringidas, sobre todo por la muy estrecha capacidad económica, apenas sostenida por sus exiguas rentas consistentes en trescientos pesos que le asignó el convento y cuatrocientos pesos con que la dotó el Virrey Andrés Hurtado de Mendoza el 18 de agosto de 1557. Enseñábase entonces teología, gramática y artes. En sus años primigenios la Universidad, según el acertado aunque triste decir de Don Alonso de Salazar, "sólo fué un embrión de letras que no tenía formación de estudios por falta de espíritus que le debían dar los estipendios de la cátedra y de los oficiales necesarios con que fué preciso que los amantes padres sirviesen las que por entonces se habían fundado y que el gobierno de aquella Universidad corriese a cargo de los Piores del Convento como Rectores de su Escuela".¹¹

Se imponía *laicizar* este centro de cultura para intensificar sus actividades y hacer más proficua su labor. Así lo informó el Virrey don Francisco de Toledo a Felipe II, y por Real Cédula del 31 de diciembre de 1571 se ordenó la *secularización de la Universidad*, iniciándose entonces una nueva etapa para la misma. Con esta medida sufre un positivo quebranto la hegemonía dominicana. La Universidad se emancipa de los claustros donde había nacido y se traslada a un local especial en la calle de San Marcelo. Apúntase un atisbo de reorganización docente con la

¹⁰ Carlos Rodríguez Pastor, *La más antigua Facultad de San Marcos*, "Boletín Bibliográfico de la Biblioteca Central de San Marcos", Nº 8, Lima, 1924.

¹¹ Don Alonso Eduardo de Salazar y Cevallos, *Constituciones y Ordenanzas de la Real Universidad de San Marcos*, recopilación ordenada por el Marqués de Castelfuerte.

fundación de nuevas cátedras de Gramática, Artes, Teología, Cánones y Leyes. Se implantó la alternabilidad entre los religiosos y los laicos, tanto en el Rectorado de la Universidad como en la docencia. No están concordes las opiniones sobre quién fué el primer Rector lego. Afirman unos que ese honor insigne le cupo al médico Gaspar Meneses, elegido en escrutinio secreto el 2 de julio de 1572,¹² en tanto que otros aseguran que fué al Dr. Fernando de Valenzuela, Alcalde del crimen en mayo de 1571, a quien los doctores y alumnos eligieron Rector del Estudio ese mismo mes, según un manuscrito de la época.¹³ Por Cédula del 27 de febrero de 1579 se dispuso que los grados académicos debían otorgarse en la Iglesia Mayor por el Maestre-escuela, nombrado Canciller, en nombre del Rey. Disfrutó la Universidad entonces de una asignación vi-reinal de 13.000 pesos, contribuyendo además a su sostenimiento diversas rentas de la Corona, principalmente el producto de los novenos decimales reservados al Erario en todas las diócesis del Reino.

Importante medida, precursora de las orientaciones contemporáneas de la pedagogía peruana, fué la creación de la Cátedra de Quechua en la Universidad Mayor de San Marcos, el 18 de setiembre de 1580, a fin de que los clérigos aprendieran el idioma nativo y tuvieran así mayor facilidad en el desempeño de su misión doctrinaria entre los indígenas.¹⁴ Se comprendió desde entonces la necesidad de captar el espíritu del indio en su propio idioma. El predominio religioso de esta época sólo consideró la misión evangelizadora entre las grandes masas autóctonas. Era indispensable para ello que los misioneros aprendiesen la lengua nativa y predicasen en ella. Este hecho quedó como un valioso precedente histórico. Siglos más tar-

¹² Mendiburo, *Constituciones y Ordenanzas de la Real Universidad de San Marcos*.

¹³ Eguiguren, L. A., "Revista Universitaria", noviembre, 1911.

¹⁴ Inauguró esta cátedra el presbítero Don Alonso de Herrera y luego la desempeñaron sucesivamente los canónigos Juan de Balboa —el primer peruano que se graduó de doctor— Alonso de Osorio, el seglar José Rosa Mejía, los canónigos Antonio de la Serna, Juan Martínez de Ormachea, Estanislao Vega, Francisco Landero, Diego Arias Maldonado, Pedro Zubietta, Alonso Corvera de Zárate y otros más. La cátedra fué suprimida posteriormente.

de, cuando se piensa no sólo en adoctrinar sino en educar a los indios en materias profanas se incurre, en la etapa inicial de esta campaña alfabetizadora, en el craso error de pretender enseñarles a los indígenas en castellano, idioma extraño al suyo propio, en vez de obligar a los maestros, como luego se hizo, a transmitirles en la lengua quechua los mensajes de la cultura elemental.

Las primeras crisis universitarias en San Marcos fueron provocadas por las rivalidades entre las distintas órdenes religiosas, intransigentes en sus empeños teológicos y en hacer resaltar sus prestigios. Los jesuitas fundaron en 1568 el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, estableciendo en él cátedras que rivalizaron con las dictadas en San Marcos y que pronto fueron ganando las simpatías del alumnado. Con este motivo los claros en las aulas sanmarquinas fueron cada vez más ostensibles, en tanto que engrosaba la clientela de las aulas jesuíticas, prestigiadas por la brillantez de sus maestros. El claustro de San Marcos, en su empeño de evitar el éxodo creciente, ofreció su Rectoría al padre jesuita José Acosta. Éste declinó el honor y la Universidad se quejó de este desaire ante el Virrey Toledo, quien en Carta que le dirige al Rey Felipe II el 27 de noviembre de 1579 le informa de estos hechos, expresándole que los religiosos de la Compañía de Jesús "habían querido tener competencia con la Universidad General, queriendo que a sus estudios acudiesen todos los hijos de vecinos". Propúsole el remedio "admitiendo que ellos tuviesen estudios para sus religiosos y que los legos concurriesen a la Universidad General". Además, Toledo dió nuevo vigor a la Cédula Real de 1571 — la misma que había privado a los dominicos de su prerrogativa de ejercer exclusivamente el Rectorado de San Marcos — y ordenó en octubre de 1578 que "ningún estudiante debería escuchar facultad alguna en los monasterios y conventos de la ciudad". No se resignaron los jesuitas ante esa disposición virreinal y apelaron de ella ante el Monarca, obteniendo de Felipe II la Real Cédula del 22 de febrero de 1578 que los autorizó a reabrir sus cátedras, pudiendo recibir en su colegio alumnos externos, con la limitación de no dictarlas a las mismas horas que en

San Marcos y no conferir grados académicos, prerrogativa esta que se reservaba únicamente a la Universidad. Cobró así nuevo auge la Facultad sanmarquina de Teología, pero ello no fué obstáculo para que el Colegio Máximo continuase siendo el epifoco de la más selecta juventud estudiosa de la Colonia.

El Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, cuyo primer director fué el padre Miguel de Fuentes, estuvo destinado al principio sólo para Seminario de la Compañía, es decir para la preparación de los jóvenes aspirantes al sacerdocio, pero luego abrió sus aulas a los alumnos seculares que quisieran frecuentarlas, recibiendo a 40 niños hijos de nobles. En 1580 estudiaban allí 250 jóvenes de la nobleza limeña y al año siguiente espléndidas donaciones de familias acaudaladas aseguraron definitivamente la existencia de este plantel.

Nuevos conflictos surgieron posteriormente entre la Universidad y los Colegios de las congregaciones religiosas sobre el *monopolio de la enseñanza* que reclamaba para sí la primera y que impugnaban los segundos, avocándose el conocimiento de esta cuestión tanto la Audiencia de Lima como el Virrey Marqués de Cañete, quien dispuso, entre otras medidas, que los estudios de latinidad continuasen en los colegios de los jesuitas a los cuales se consideró como "Escuelas Menores de la Universidad"; que los estudiantes de latín debían, empero, matricularse en la Universidad y jurar obediencia a su Rector; que los jesuitas dictaran en San Marcos, por su propia cuenta, algunos cursos, entre ellos el de Artes; y que era requisito indispensable para optar el grado de bachiller, estudiar y aprobar todas las materias. No se avinieron enteramente los jesuitas con estas medidas del Virrey que los subordinaban a la autoridad del Rector de San Marcos y formularon algunas representaciones sobre el particular. Pero el Marqués de Cañete mantuvo sus disposiciones, en la convicción de que la mejor manera de terminar con estas rivalidades entre la Universidad y los jesuitas era vincular a ambas instituciones en un mismo empeño. Las influencias jesuíticas ante la Corte en España restringieron, en parte, la eficacia de las disposiciones virreinales, ya que,

dispensándolos de lo ordenado por el Marqués de Cañete, se les permitió dictar clases de Teología y Filosofía en su Colegio.

La fundación de nuevos colegios y seminarios volvió a desequilibrar luego la estabilidad universitaria de San Marcos. El 1º de agosto de 1582 el Virrey Martín Henríquez, cumpliendo orden de Felipe II, funda el "Real Colegio de San Martín", con honores y privilegios reales, con el derecho de ostentar en su fachada las armas de la Corona y con doce becas reales sostenidas por Su Majestad. Fué puesto bajo la advocación de San Martín y el patronato de Felipe II. La dirección y el profesorado se encargaron a los padres jesuitas, siendo el P. Joseph de Arriaga su primer Rector. En sus aulas se enseñaban los mismos cursos que en la Universidad. La finalidad del Colegio Mayor de San Martín era "educar a los hijos de los conquistadores y demás descendientes de ellos y que fuese seminario de Ministros y obreros para las iglesias y doctrinas de aquel Reyno".¹⁵

Nueva competencia sufrió la Universidad de San Marcos con la fundación del "Colegio Real de San Felipe", por el Virrey García Hurtado de Mendoza, el 6 de mayo de 1589, con los privilegios de los Colegios Mayores de España, para la instrucción de los hijos de familias nobles, sostenido a expensas de la Real Hacienda;¹⁶ y con la creación del "Seminario" por el Arzobispo de Lima, Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo en 1596, siendo el primero que se estableció en América. Frente a tales contingencias, tan llenas de posibilidades adversas, la Universidad de San Marcos hizo una concesión más: consintió en 1636 que *las Ordenes religiosas fundaran cátedras en ella*, lo que permitió que las citadas congregaciones incrementaran su influencia extendiéndola a la Universidad.

¹⁵ Famoso fué este colegio por los hombres ilustres que dió al Virreinato. "Memorable plantel —afirmaba un escritor de la Colonia—, ornamento de Lima y honor de la América, en cuyo recinto se vieron dos patios coronados con los retratos de sus hijos, con las insignias de sus dignidades, para que sus nombres se perpetuasen y para que el ejemplo de los pasados encendiese a los presentes en el amor y en la preparación a los estudios". Este colegio fué refundido en el Convictorio Carolino en 1787, con la expulsión de los jesuitas.

¹⁶ Este plantel funcionó en la calle llamada hasta hoy, por eso, del Colegio Real, en el local que actualmente ocupa el Estado Mayor.

Altibajos de lucidez y decaimiento atraviesa la Universidad de San Marcos durante el Virreinato. A veces florecen en ella las letras y a veces sufren desmayos por falta de oposición a las cátedras, por el poco interés que ellas despiertan en los alumnos. Quéjase el Virrey Arzobispo Don Melchor de Liñán y Cisneros del atraso en que en su tiempo se encontraban las cátedras de Prima y Vísperas de Teología, Cánones y Leyes, así como las de Medicina, Prima y Vísperas.¹⁷ El Virrey Don Melchor de Navarra y Rocafull, Duque de la Paleta, en su Memoria correspondiente al año 1681, refiérese también a los florecimientos y desmayos de la Universidad. Por cédula virreinal del 5 de marzo de 1684 se sacaron a concurso las cátedras vacantes y se instalaron las cátedras del Código y de Instituta, al estilo de las que se regentaban en las universidades europeas. Dictó además algunas medidas para la regularización de las rentas y opinó por la conveniencia de crear en Lima una Facultad de Medicina que él consideró la más necesaria.¹⁸ "De la Universidad puede decirse — afirma el Virrey Don José de Almendaris — ha sido un orbe de ingenios y un Perú de letras. Tiene 33 cátedras dotadas con la renta de 14.000 pesos. Hoy desgraciadamente ha decaído el número de estudiantes, resultando que hay más maestros que discípulos y más doctores que cursantes. La causa de esto comenzó en la reforma de votos de los estudiantes que por evitar las molestias de los opositores en las cátedras se aminoró el número de oyentes. Otro motivo es la falta de premios para los letrados pues viene a ser instituir certamen sin corona, contentándose los hijos de la patria con los honores y los grados y aumentándose éstos se revoca el claustro. Este exceso de graduandos ha venido a tal desorden que los que antes valían 2.500 pesos hoy valen menos de 800 y se pondrán a 500 pesos, decadencia que en la vileza del precio se hace desprecio del honor. El remedio parece que lo he encontrado en reducir los grados a dos de indulto por 1.500 pesos en los primeros cuatro años, y después a

¹⁷ *Memorias de los Virreyes*, colección A. M. Fuentes, t. I, p. 295, ed. de 1859, Lima, Librería Bailly.

¹⁸ *Memorias*, ob. cit. t. II, p. 55.

2.000 pesos. Esta medida bien aplicada daría dentro de 25 años una renta de 100.000 pesos de fondo para la Universidad. En cuanto alentar a los estudiantes se van a proveer premios, alcanzados con una asistencia regular a sus lecciones. Las demás universidades del Reyno son poco más que estudios privados y por esto no tienen punto aparte. Sin embargo Cuzco y Quito suelen producir sujetos capaces de brillar".¹⁹

La autonomía universitaria fué desconocida en el Virreinato. La Universidad no era autónoma y, antes bien, se gobernaba por Cédulas Reales, Estatutos expedidos por los virreyes y confirmados por el soberano, Capítulos de Visitas, Autos del Real Acuerdo y Decretos del Gobierno. Creada por el Estado, la Universidad era constantemente supervigilada por el poder público, que intervenía en su marcha docente, en la elaboración y aprobación de los planes de estudio y en la provisión de las cátedras.

El Rey Felipe III, en una de las Cédulas expedidas en 1618, ordena que los virreyes le informen minuciosamente sobre el estado de las universidades y colegios. "Para la doctrina y enseñanza de nuestra Santa Fe Católica, y facultades necesarias a la vida natural y política, hemos fundado las Universidades de Lima y México, y está a cargo de los virreyes principalmente velar por su buen gobierno, de forma que resulten los buenos efectos para que se fundaron. Y porque Nos tengamos entera noticia de su conservación y aumento ordenamos a los Virreyes que nos envíen relación muy particular en las ocasiones de Armas, de las rentas de que gozan, de su distribución, calidad, estado y fábrica; si los Catedráticos de propiedad y temporales acuden a su obligación con la puntualidad que conviene, cómo se gobiernan los colegios, y si los cursantes son regidos y gobernados de suerte que aprovechen de las Facultades que profesan, y en todo se guarden las Constituciones".

Tal es el espíritu invariable de la monarquía. Por eso, ya en los últimos años del Virreinato, Fernando VII firma en Madrid, el 4 de mayo de 1815, una Orden Real estableciendo la superintendencia del Príncipe en todas las

¹⁹ Ob. cit.

clases y grados de instrucción pública "considerando que los Colegios, Seminarios, Universidades y Convictorios Reales, no pueden conseguir el debido lustre, ni conseguido ser de mucha permanencia, por buenos que sean sus estatutos, si de tiempo en tiempo no velan las autoridades su puntual rigurosa observancia".

Una estricta censura, ejercida por el Fiscal de la Real Audiencia, sujetaba a la enseñanza universitaria hasta en los menores detalles. La ley imponía en este sentido, al Censor Regio, obligaciones categóricas. "No consentirá se defiendan *pro-universitate ex-cátedra* las cuestiones y materias, que no sean conformes a la asignatura de la cátedra del que la presida; reprobará las que se opongan a las regalías de Su Majestad, leyes del Reino, derechos nacionales, concordatos, y cualesquiera otros principios de nuestra constitución civil y eclesiástica; no consentirá se sostenga disputa, cuestión o doctrina favorable al tiranicidio o regicidio, ni otras semejantes de moral laxa y perniciosa; no admitirá conclusiones opuestas a las Bulas pontificias y decretos reales que traten de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora".²⁰ Ordenóse también a los catedráticos que "cuando llegaren a tratar materias en que suele leerse la cuestión de la limpieza de la Serenísima Virgen María Nuestra Señora en su Concepción, no la pasen en silencio, y expresamente prueben cómo fué concebida sin pecado en el primer instante de su ser natural, so pena de perder la cátedra". Necesitábase igualmente la aprobación real para que entrasen en vigor los planes de estudios.

La provisión de las cátedras se efectuaba en muy diversa forma, ya sea mediante el nombramiento directo hecho por el Gobierno, como ocurría con la de Matemáticas; ya por nombramiento del Virrey recaído en las ternas simples presentadas por el Rector, como sucedía con la Prima de Escritura de los Mínimos de San Francisco de Paula; ya proveyendo las cátedras mediante la elección de una Junta integrada por el Virrey, el Arzobispo, el Oidor más antiguo de la Real Audiencia de Lima y el Prior de Santo Domingo, tal como acontecía con la Prima de

²⁰ *Novísima Recopilación de Leyes*, lib. I, tit. XVIII, ley IV.

Teología, fundada por Felipe III, que hizo de ella "merced" a la orden dominicana; ya en fin, proveyendo las cátedras "en general convocatoria", es decir a mérito de una elección realizada por "todos los doctores de la Facultad de que era la cátedra que se contendía, el Rector, el maestro-escuela, demás catedráticos y treintinueve estudiantes del curso, sorteados entre los que componen los Colegios de San Carlos, Santo Toribio y Gremio de Manteístas". Este último sistema constituye uno de los atisbos del cogobierno en el régimen universitario.

El Virrey era el Vice-Patrono de la Universidad con la facultad privativa de permitir que el Rector fuese reelegido por segunda vez.

No permaneció la Universidad al margen de los acontecimientos notables que interrumpían de vez en vez la monotonía de la vida colonial. La juventud ponía entonces todo su empeño en exteriorizar sus sentimientos de lealtad a la Corona y la llegada de los virreyes les brindaba la oportunidad propicia para ello. Algunas veces se celebraron, en honor del Virrey recién venido, concursos literarios en los que participaban maestros, alumnos y graduados, iniciándose con un desfile callejero que todos ellos, vestidos de gala, realizaban desde el local universitario hasta la Plaza de Armas. En retribución de este homenaje el Virrey concurría días más tarde a la Universidad donde era recibido por el claustro en pleno y en cuyo salón de actos recibía una laudatoria académica pronunciada casi siempre por uno de los alumnos más distinguidos.²¹

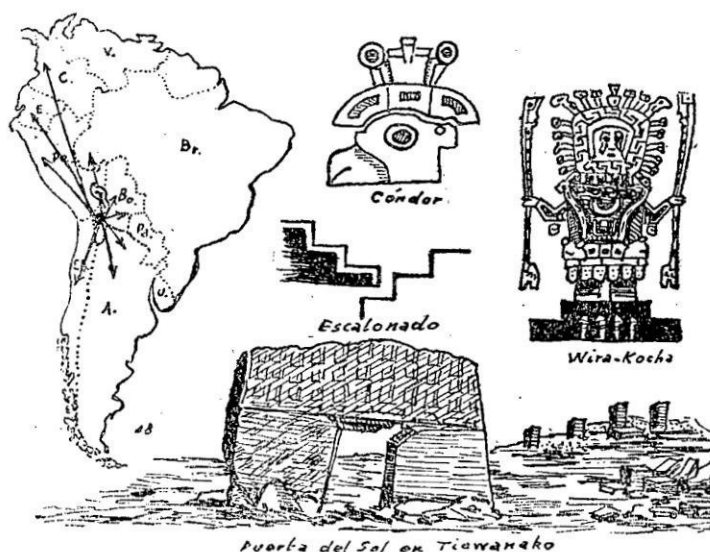
Contó el Virreinato del Perú con otras *Universidades Pontificias* que si no llegaron al rango de la de San Marcos, contribuyeron dentro de la órbita de sus limitadas actividades al proceso de la cultura colonial. Fueron la de San Ildefonso, que tuvo su origen en un colegio establecido por la Orden de San Agustín en 1608 y elevado posteriormente al rango de Universidad por Bula de Paulo v; la de San Pedro Nolasco, creada por la congrega-

²¹ *Documentos Universitarios*, "Boletín Bibliográfico de la Universidad de San Marcos de Lima", 1925, N° 3. Acta levantada para dejar constancia del homenaje que se le tributó a la llegada del Virrey Amat (1660).

ción mercedaria y cuya sede fué el colegio del mismo nombre fundado en 1626. Ambas funcionaron en Lima *intra-claustro*, es decir dedicadas exclusivamente a la preparación del personal destinado a las respectivas órdenes religiosas. Existieron en el Cusco dos Universidades Pontificias: la de San Martín, creada por orden del Virrey Marqués de Mancera el 29 de enero de 1648, encomendada a los jesuitas y en la que se dictaban las cátedras de Filosofía y Teología, Metafísica, Cánones y Leyes, Instituta de Justiniano, Física y Música, y la de San Antonio Abad, fundada por el Obispo don Antonio de la Raya y Dávalos en el Seminario establecido en 1598 y cuya Bula Pontificia se expidió en Roma por Inocencio XII el 1º de marzo de 1692. En Ayacucho existió la Universidad de San Cristóbal de Huamanga, proveniente de un seminario, como la anterior. Su fundador fué Monseñor Cristóbal de Castilla. Tuvo esta Universidad, como la de San Marcos de Lima, el rango de Real y Pontificia, en mérito de la Bula Papal de 1677 y de la Real Cédula del 31 de diciembre de 1680, y gozó, por ende, de los mismos privilegios de las universidades españolas de Salamanca y Valladolid.²²

Roberto MAC LEAN Y ESTENÓS

²² La segunda parte de este estudio estará dedicada a los Colegios, a los Seminarios y a la Educación elemental en el Perú colonial.



Hipótesis en Torno del Arte de Tiawanako

CUANTO más cala la indagación en las diferentes culturas del Perú, más se afirma la convicción de que lo remoto se enlaza a esta cultura madre: Tiawanako.

Hasta ahora, a pesar de las muchas hipótesis y de las muchas teorías, Tiawanako sigue siendo una gran incógnita. "La meseta del Lago Titicaca ampara un enigma no descifrado aún".¹ Ante sus misteriosas ruinas se han detenido arqueólogos de todo el mundo; los cronistas de la Conquista: Polo de Ondegardo, Sarmiento de Gamboa, Cristóbal de Molina, Bernabé Cobo y Cieza de León; los ingleses Squier y Markham; los alemanes Von Tschudi y Middendorf, el sueco Nordenskiöld, el norteamericano Means, luego Bandelier Stubel y Uhle, y, por último, Ponsnansky y Tello han medido, indagado e intuido en las Chullpas de Sillustani, en el recinto de Kalasaya, en

¹ Sir Clement Markham, *Los Incas del Perú*, edic. española, c. III, p. 136.

Hatum Colla, capital del reino de Zapana, en las esculturas monolíticas, en la cerámica, en las joyas, en la irradiación vastísima de la huella tiawanakota. Y siempre queda en pie, sin respuesta, la gigantesca interrogación sobre el origen, la época, la duración, el modo de vivir, la organización social y religiosa de los fundadores de esa misteriosa cultura. Montando guardia, indescifrables, en la desolada región a orillas del Lago Titicaca, están las ruinas azotadas por un ventisquero cósmico que sopla desde hace miles de años sobre las carcomidas piedras hundidas en la parda arcilla. Vigilan, bajo el fantástico tropel de nubes del cielo serrano, las cumbres agudas del Illimani y del Sorata.

UN montón de siglos entierra en la oscuridad de la prehistoria la ruta cronológica que conduce hasta ese paisaje inhóspito a una raza, sin duda fuerte, que llega cargando sus dioses, sus artes y artilugios, sus adelantos y una cultura propia; arrojados, sin duda, por un cataclismo desde una región cuya importancia histórica es cada día más evidente: la Amazonia. Una ignorada catástrofe, o una de las periódicas transformaciones climáticas de la tierra, enterró para siempre el secreto de su expulsión y reaparición en la meseta andina. La región amazónica quizá guarda en sus pantanos y ciénagas el misterioso origen de la raza que vino a poblar este vasto Kolla-Suyo, "la tierra alta". Raza de artífices taciturnos y guerreros indomables, desde entonces silenciosos como sus rebaños.

"Si lo que es hoy la meseta andina, hubiera tenido el clima actual en tiempos remotos, cuando estaba poblada densamente, centenares de veces más que hoy, como demuestran las señales a cada paso cuando viajamos en el altiplano, todas estas razas que lo poblaban, se hubieran buscado lugares de mejor clima, donde las condiciones de la vida fueran menos duras que en el estéril e inhospitalario altiplano; otro clima más favorable y tierras de mayores recursos, se hubieran buscado para edificar la gran metrópoli religiosa y política que era Tihuanacu.

"Estudiando aun superficialmente las construcciones de Tihuanacu, todo en ellas nos dice que el aire era cálido y

las lluvias poco frecuentes. El mismo culto del titi (puma, tigre, gato montés) tan exhibido y dibujado en sus monumentos, en todas sus esculturas, manifiesta sin duda que en los bordes del lago vivía este por ellos muy temido felino que habitaba probablemente en bosques bajos, como los que encontramos descendiendo un par de centenares de metros del altiplano a los valles".²

Como documento fundamental de su existencia, Tiawanako nos ha legado monumentos, obras de arte y los signos de su iconografía. La voz del Kon-Titi Wira-Kocha esculpido en el duro pórfido de la "Portada del Sol". Una ideografía de signos indescifrables y sorprendentes: "Ojos Alados", "Caracol", "Pez", "Puma", "Cóndor", "Astro", "Halcón", "Cara", "Brazo", "Mano", "Pies", "Pierna", "Nariz", "Boca", "Oreja", "Cola", "Alas", "Sexo", "Corona", "Cetro", "Movimiento", a los que se añade una iconografía plectógena-geométrica, que enraíza su construcción geogónica en el signo "Cielo" y "Tierra", "Pacha" en lenguaje aimara.

Arquitectura, bajorrelieves, esculturas y cerámicas nos llevan a un parcial conocimiento de las ideas filosóficas, religiosas y sociales de un pueblo que tuvo indiscutible influencia sobre otros pueblos de América, pero del cual es difícil precisar nada con rigor histórico.

De todas maneras, se trata de un pueblo tan fuerte en su presencia de pasado, que se le atribuye el privilegio de ser la cuna de las civilizaciones americanas. Y ya el hecho de plantear y discutir esta hipótesis es prueba evidente de su valor en América.

Para conocer Tiawanako, tendremos, pues, que penetrar en el mundo de las hipótesis. Hasta encontrar una realidad tangible en sus realizaciones plásticas: la "Puerta del Sol".

Este gigantesco monolito, "la cumbre del arte andino", descubierto por d'Orbigni, guarda la clave del misterio. Las grandes civilizaciones han tenido siempre el símbolo de una puerta para penetrar en la vida eterna. Una puer-

² Arthur Posnansky, *Tiahuanacu en Epocas Prehistóricas*, Argo-te editor, La Paz, ps. 11-12.

ta abierta para la angustia del hombre luchando por encontrar un refugio a su existencia mortal.

El Egipto de la iv dinastía, como símbolo primario del camino a lo eterno, construía puertas estrechas para dejar paso al alma (*ra*) en su peregrinación hacia la profundidad de las tinieblas. En China la estrecha puerta egipcia está reemplazada por la "tapia de los espíritus" (*yin-pi*). El alma tiene que encontrar, a fuerza de sabiduría, la rendija para traspasar esta puerta disimulada bajo múltiples paredes. Por ahí encontrará el *tao* de la senda. El hindú va siguiendo la corriente de los ríos en busca del "eje de la rueda" que lo llevará a la "Puerta apacible" donde duerme Buda sin deseos; y los cristianos siembran de gloria celeste el camino hacia la ideal Puerta del Cielo.

El americano precolombino hacía ancha y concreta la puerta para penetrar en el abigarrado panteón de sus dioses. Copán, la más antigua cultura de Centro América, y Tiawanako, tienen monumentales puertas abiertas, cargadas de siglos y de símbolos.

La leprosa puerta dolménica de Tiawanako nos invita a traspasar su enterrado umbral. Está abierta desde hace miles de años. Como los arcos de triunfo, jamás se cierra; ni ante el espacio ni ante la duda. El viajero puede entrar sin dificultad y recorrer las ruinas de Acapánac y Pumacocha, subir por los escalones megalíticos de Kala-saya. Puede preguntar, medir, indagar, intuir o juzgar. Los pumas, cóndores y peces totémicos le encaminarán por el severo arcaísmo de los bajorrelieves esculpidos en la dura traquita. Su bocaza hemipléjica — ¿por acción de un rayo o persecución de las idolatrías? — permanece muda. Y no sabemos con certeza si los seres alados de la primera y tercera franja, llevando estólicas, bastones de ceremonias, lanza y peinados copetudos, son dioses, héroes o semidioses. ¿Qué función desempeñan los pájaros esculpidos en la franja central? ¿Por qué las figuras subalternas se dirigen hacia la figura central de Wira-Kocha?

En vano preguntaremos a las aves asomadas al "Signo Escalonado" si efectivamente son *totems*, o símbolos receptores de la luz solar; a los "pumas", si son ascen-

dientes de los que hoy se esconden en las grietas andinas o creaciones ideológicas desprendidas en una fauna extinguida por el cataclismo. No podemos adquirir la certeza del significado de los signos coronados. ¿Simbolizan lluvia las lágrimas en la faz de Wira-Kocha? ¿Son "signos alas" o son los rasgos halcónicos de divinidades totémicas? ¿Qué costumbres o leyes representan las estólicas? ¿Qué, la veneración por mallku, "cóndor macho", con su crestón canoso? ¿Es corona de jerarquía terrenal este crestón venerable, o es aureola divina, de vencedor o poderoso? ¿Cuántas hipótesis contradictorias! ¿Cuántas suposiciones! Desde la coronación de los semidioses hasta el significado de las marcas en la mejilla del dios. Cada investigador trata de sostener una opinión personal sobre la escenografía de Tiawanako.

En la figura central de la portada, el dios Wira-Kocha contempla hermético a los descifradores de enigmas. Espera, a su vez, que sea encontrado el significado de los signos de su cara geométrica: discos, cabezas y "lagrimones". Ojos redondos que lloran mirando al occidente. Markham, al hablar del dios, anota: "Ostenta la figura dos hendiduras a guisa de ojos, y tiene nariz, boca y *tres huequecitos en cada mejilla*".³

Preocupado por el significado de los "huequecitos" en la mejilla del dios, el sabio peruano Pablo Patrón cree que "la colosal figura de Collacollo tiene perfectamente marcados debajo de los ojos tres óvalos dobles, los cuales están dibujados dentro de un rectángulo. Los óvalos significan, por su forma, viento, tempestad, y por su número, lágrimas, lluvias...".⁴

Por esta particularidad, Tomás A. Joyse bautizó a la imagen de Wira-Kocha con el nombre de "Dios Llorón". Con este nombre también le designa Means; "su cara humana, dice, convencionalizada, representa las características humanas atribuidas al sol, y sus lágrimas simbolizan la lluvia que cae del cielo".⁵

³ Sir Clement Markham, ob. cit. p. 283.

⁴ Pablo Patrón, *Escritura Americana: La Lluvia*, trabajo presentado para el XIV Congreso de Americanistas en Stuttgart, 1905.

⁵ Philip Ainsworth Means, *A survey of Ancient Peruvian Art*, Yale University Press, New Haven, Conn. p. 352.

Para Max Uhle, las "lágrimas" del dios no tienen otro sentido que el ornamental.

El Dr. Tello toma los "lagrimones" o círculos suboculares como rasgos característicos de la figuración andina.

Por último, Posnansky, el estudioso arqueólogo de Tiawanako, lo llama "ojo alado", "una de las ideografías simbólicas más expresivas que da a conocer precisamente el modo como estas gentes prehistóricas traducían por medio de ideogramas sus ideas". "Este signo es una revelación porque muestra la generación de la escritura ideográfica ornamental".⁶

A este respecto, Jacovleff dice con bastante fundamento: "No hay razones para relacionar la deidad con la lluvia, la fertilidad, la agricultura, porque el ornamento de sus mejillas no significa materialmente lágrimas ni lluvia, simbólicamente; es sólo una pintura decorativa del rostro que reproduce los «mostachos» o «lagrimones» del halcón. . . ." "Las aves de rapiña esculpidas con profusión en la portada, de ninguna manera corresponden al cóndor; como la figura central no es una efigie del sol, ni las aves que la rodean son cóndores, queda destruido el prejuicio científico de considerar al cóndor como símbolo del sol, concepto basado principalmente en la errónea interpretación de las figuras de Tiawanako".⁷

Jacovleff, fundándose en interesantes estudios sobre el sentido totémico de las aves de rapiña, en la veneración que se tenía a las falcónidas, que es general en la figuración ornitológica en el arte de los antiguos peruanos, no admite la suposición de que se trate de una estilización de la figura del cóndor "que hubiese determinado una completa deformación de los rasgos naturales del ave. Tampoco puede ser el resultado de la incapacidad representativa: el artista supo salir perfectamente de la prueba en cuanto a la técnica del labrado de la piedra, en cuanto a la distribución estéticamente satisfactoria de los componentes del cuadro y a la tarea de hacer más complicados

⁶ Arthur Posnansky, *Una metrópoli prehistórica de la América del Sud*, Berlin, 1914, p. 135.

⁷ Eugenio Jacovleff, *Arte Antiguo Peruano: Las Falcónidas en el Arte y en las creencias de los antiguos peruanos*, "Revista del Museo Nacional", p. 83.

y recargados de ornamentación los detalles de la escenografía, cuyo significado era perfectamente familiar para él y para su pueblo". "No es el *buitre*, afirma, el ave reproducida repetidas veces en el monumento, sino alguna de las falcónidas, con probabilidad el águila o el halcón".⁸

El arqueólogo hace una prolija investigación sobre el halcón como *totem* en todas las culturas peruanas. Asegura que los antiguos peruanos nunca confundieron el halcón con el cóndor. En todo el arte peruano las imágenes ornitomorfos representan el halcón o gavilán (*huaman*) y el águila. Son los animales totémicos, legendarios progenitores de mandatarios, guerreros, *ayllus* y tribus. No así el "*buitre*".

En apoyo de su tesis, Jacovleff cita la tradición recogida por Sarmiento de Gamboa.

"Manco Cápac traía consigo un pájaro como halcón, llamado *Indi*, al cual veneraban todos y le tenían, como cosa sagrada, como otros dicen, encantada, y pensaban que aquél hacía a Manco Cápac señor y que las gentes le siguiesen. Y así se lo daba Manco Cápac a entender y los traía en vahidos guardándolo siempre en una petaquilla de paja, a manera de cajón, con mucho cuidado. El cual dejó por mayor rasgo después a su hijo, y lo poseyeron los Incas hasta Inca Yupanqui".⁹

El animal simbólico y protector del primer inca era el halcón (*huaman*), afirma Jacovleff, el ave que por sus cualidades correspondía de un modo insuperable a las dotes del clan que tuvo fuerzas para unificar bajo su poder las diferentes regiones de Tawantinsuyo.

Garcilaso contribuyó a confirmar esta tesis. "Con la borla colorada *traía* el inca en la cabeza otra divisa más particular suya, y era de plumas de los cuchillos de las alas de un ave que llamaban *Coraquenque*. Es nombre propio; en la lengua general no tiene significado de cosa alguna; en la particular de los Incas que se ha perdido, la debía tener. Las plumas son blancas y negras a pedazos, son de tamaño de las de un halcón"...¹⁰

⁸ Eugenio Jacovleff, ob. cit. p. 85.

⁹ Sarmiento de Gamboa, *Historia de los Incas*, p. 35, cit. por Jacovleff, Revista del Museo Nacional, p. 86.

¹⁰ Garcilaso, *Comentarios Reales*, libro VI, c. 28, cit. por Jacovleff, ob. cit. p. 87.

Las pruebas son exhaustivas y concluyentes. A lo dicho por Gamboa y Garcilaso se añaden las aseveraciones de Bertovio y Cobo, Molina, Urteaga, Latchman. Sobre todo, veremos al través de todo el arte del Perú Precolombino, tanto en la sierra como en la costa peruana, aparecer las falcónidas, ya sea halcón, águila, pandión y otras aves de rapiña. Es una representación totemista invariable, con idénticos rasgos somáticos, y con los mismos símbolos básicos para la interpretación de una ideología común. Encarnando cualidades de coraje, decisión, resistencia y valor dignas de los dioses, los soberanos y los guerreros.

Los lagrimones en la portada de Tiawanako se presentan en forma figurativa, no como "tendencia característica de un arte en decadencia", sino, por el contrario, como los rasgos de la cara del halcón en evolución hacia una figuración abstracta, hacia el símbolo ornamental. Parten de la mancha subocular, bifurcada, del halcón, hasta convertirse en símbolo de poder y distintivo de fuerza. Con Jacovleff estamos de acuerdo en que esta teoría "es mucho más aceptable que «el vuelo de la vista», «las lágrimas que fertilizan la tierra», o las «ráfagas de luz que salen de los ojos felínicos»".

Las figuras pequeñas de las franjas o frisos representan a sacerdotes, jefes o guerreros, hombres pájaros, de acuerdo con la identidad ideológica del ave *totem*. Se dirigen al personaje central en actitud dinámica, no de veneración y reposo. Lo estático es la figura central, Wira-Kocha. Sobre el signo escalonado, adornado como una deidad, en las manos las estólicas, signos de poder, en la boca los colmillos, atributo fiero de fuerza y pujanza felínica en rostro humano, denuncian un recurso representativo análogo a los lagrimones. Acentúan las mismas cualidades del personaje-guerrero destacado, semejante al puma, por el valor y la voracidad.

Las cuarenta y ocho figuras en los frisos ("the weeping birds"), las "aves lloronas" como las llaman poéticamente algunos arqueólogos, se alinean, veinticuatro a cada lado de la figura central. Lo más interesante es la pre-ocupación simétrica que demuestra el artista tiawanakota en la composición de esta triple hilera de bajorrelieves.

Sólo al dios le es permitido romper el balance bilateral que rige todo y divide todo en dos partes, en un perfecto equilibrio de formas y de ideas. En un lado las aves con cuerpo humano, y en el otro los cuerpos humanos con caras de aves.

"Todas las figuras están representadas corriendo hacia el «dios llorón», «son mensajeros del dios que con ellos envía lluvia a la tierra» y la velocidad de sus movimientos, indicada por los atavíos en forma de capa que flotan detrás de ellos".¹¹

Uhle, refiriéndose a los seres alados con el cuerpo humano y la cabeza de ave, en el friso medio, a cada lado de la figura central, reconoce que llevan cabezas de "cóndor macho" y "cóndor hembra", y hace notar que la corona de los personajes corresponde a la cresta del cóndor. "El pico se separa de la cabeza por una línea curva que a nivel de la mandíbula inferior avanza hacia atrás. Un círculo grande señala el ojo, el otro más pequeño, señala la oreja. En el cuello, una línea arqueada acorta la superficie de la cara, como representando una especie de collar. El pescuezo, algo más angosto que la cabeza, está separado de ella por un surco"¹²

Podemos comprobar que todo en el arte Tiawanakota reposa en estrictos principios técnicos y espirituales. De la "Puerta del Sol" se desprende, sobre todo, el *signo fundamental* de toda la concepción teogónica de América. Como pedestal a Wira-Kocha aparece el omnipotente "Signo Escalonado", suma de ángulos ortogonales, expresión de la perfección basada en el ángulo recto: la demostración del conocimiento de una geometría precisa. Esta figura geométrica en manos de los artistas del Tiawanako nos revela a un pueblo de constructores, de acabada organización social, capaz no sólo de resolver el problema de movilidad y laboreo de semejantes bloques de piedra, sino de un tan maduro desarrollo espiritual como para llegar a la expresión del pensamiento por medio de signos animados, de valor ideológico, cual es el *ortogonal*.

¹¹ Ph. Ainsworth Means, ob. cit. p. 327.

¹² Max Uhle, *La Antigua Civilización Peruana*, BSGI, X, p. 93.

En efecto, el ángulo recto significa el equilibrio y la armonía, símbolo de quietud y estabilidad, en oposición al ángulo oblicuo, símbolo de inestabilidad y dinamismo. Con el ángulo ortogonal el estilo clásico de Tiawanako se ve dotado de un poder emocional constante y universal. Con el "Signo Escalonado" los artistas tiawanakotas coinciden con los principios egipcios para representar la esencia y presencia de una ley espiritual.

El ortogonal es el ángulo arquetipo de la sabiduría. La conjunción de la vertical, encarnación de las fuerzas desconocidas del cielo, el alma, con la horizontal, símbolo de la tierra, el cuerpo, con la inflexible pesantez de sus leyes naturales. El ortogonal es la figura representativa de tranquilidad y reposo a que aspiran los pueblos que han trabajado mucho o que han sufrido mucho.

Más que la apoteosis de la segunda época del Tiawanako, la Puerta del Sol, con su extraña iconografía de ritmo geométrico, con el convencionalismo de las cuarenta y ocho figuras alineadas en sus frisos, dinámicas, en posición de acatamiento hacia el estatismo arcaico de Wira-Kocha, el Ser Supremo, es la afirmación omnipotente del ortogonal, la representación del orden cósmico, síntesis del hieratismo ideológico de una cultura labrada en metal, en piedra, en madera, en barro policromado y en tejidos ornamentados.

Algunos arqueólogos creen ver en la estilizada geometría del Tiawanako una sabia calendografía, otros una representación de las modalidades topográficas, orográficas y geográficas: mesetas, cordilleras, montañas, colinas, andenes; la tierra cubierta de agua, las islas, el interior de la tierra (sototierra), la tierra alumbrada por la luna o por el sol, la tierra sumida en la oscuridad.

Posnansky dice que la causa engendradora del "Signo Escalonado" es la idea de que la bóveda celeste tiene una configuración escalonada; también puede ser la contemplación del rayo en su forma de zig-zag, "al brillar en el firmamento en las noches oscuras de tormenta. En esta manifestación cósmica creían ver la forma del cielo". "Además, en esta creencia habrá sin duda contribuido la forma peculiar que presenta la vía láctea en el hemisferio

meridional, como también el característico aspecto de las nubes (cúmulos)".¹³

Esta explicación ingenua, más que ingeniosa, no puede ser tomada en serio. Tampoco la explicación para buscar la génesis del "Signo Escalonado" en la visión del paisaje.

"Aun es más comprensible, agrega Posnansky, el intento de buscar la génesis de esta idea en que los habitantes de estas regiones, cuando viajaban, subían de planicies bajas a planicies altas trasmontando sierras, para bajar del mismo modo por la otra vertiente de la montaña, cual sobre el peldaño gigantesco".

"Por ello se imaginan aquellos hombres la corteza de la tierra como una greca (véase la cornisa de la puerta del sol) por donde se ve que la forma de terraza de la cordillera andina y el altiplano, fué el motivo principal para admitir que la tierra tiene una forma escalonada, de cuya creencia es expresión el signo que se estudia".¹⁴

Hay que seguir la irradiación del ortogonal a través del continente americano. Perseguir sus huellas por las cumbres andinas. Tocar a las puertas del laberinto de Chavín de Huantar, bajar por cumbres y andenes hasta las tierras yungas, hasta los valles calchaquies, cuyas culturas, sin esta clave, serían incomprensibles; recorrer los arenales de Nazca y las necrópolis de Paracas, de Pachacámac y volver a remontarse por el Kolla-Suyo para comprobar la elocuencia iconográfica de este signo universal, unido a la prehistoria del lejano Miltla, Uxmal y Chichén Itzá. Veremos que por este signo el arquitecto-artista del Tiawanako, desde el primero hasta el último de los períodos clasificados por los arqueólogos, logra unificar con una ornamentación geométrica *sui generis*, la iconografía y los aspectos universales de América Precolombina, demostrando el enlace, la relación de todas las culturas, bajo la expresión del signo inmutable: el Ortogonal. Signo clave que sirve a Uhle para calificar a las obras de arte de otras regiones del Perú Precolombino, con los caracteres estilísticos de la portada: "Epigonales de Tiawanako".

¹³ Arthur Posnansky, *El Signo Escalonado*, Berlín, 1913, p. 142.

¹⁴ Arthur Posnansky, ob. cit. p. 143.

LA arquitectura tiawanakota, realizada por el pensamiento inciso en los monolitos y en la escenografía enmarcada en el ortogonal, resume todas las conquistas técnicas y espirituales alcanzadas por esta cultura. Demuestra que nos encontramos ante un pueblo de arquitectos; pues, más que artistas, son arquitectos, poseedores de una filosofía y un sentido estético fundido en una ciencia geométrica.

John Ruskin declara que toda la arquitectura europea, la buena y la mala, tiene sus orígenes en Grecia, que "todas las modas y los estilos derivan de los descubrimientos de los antiguos griegos que dan la columna, como da Roma el arco y los árabes la ojiva".

Los artistas de Tiawanako conocen muchos de los elementos constructivos del arte griego; la aplicación de la columna y la bóveda. Desconocen el arco, la cúpula y la ojiva. Tampoco poseen el sentido gozoso de los griegos. Pero se ingenian en la forma trapezoidal para construir el dintel; conocen, como pocos pueblos, el secreto de las leyes de simetría, y poseen el sentido impasible para laborar en la realidad física dominante, equilibrando el peso de las leyes naturales con el contrapeso del ensueño creador de lo monumental, como Punchu-Punchu, el inmenso edificio de las diez puertas, donde hay que admirar el esfuerzo de ingeniería para trazar las cuatro enormes plataformas sostenidas por largas piedras de una sola pieza.

En la simplicidad de su llamado "Período Clásico", se reconoce el uso de pilares de lava, columna cilíndrica y bloques de piedra tallada, asegurados por ganchos de bronce. La dignidad que se desprende de la arquitectura en este período es la dignidad conferida por el conocimiento de las leyes naturales. Los arquitectos tiawanakotas demuestran poseer el conocimiento y, al mismo tiempo, comprender la imposibilidad de realizarlo, ya sea por la novedad de materiales a los que están poco familiarizados, o por la resistencia que les opone la naturaleza, a la cual terminan por someterse.

"El segundo período de la escultura tiawanakota es tan completamente distinto del anterior, sobre todo en lo que a la Técnica se refiere, tan saltante es la diferencia, que hace pensar en la posibilidad de la llegada o adop-

ción de la técnica de un pueblo emigrante. Se da un paso importante en el descubrimiento del bronce, lo que permite labrar piedras mucho más duras; los sillares son pulidos y lucen formas perfectas de rectángulos y paralelepípedos. El concepto funcional se da con precisión matemática; con idéntica exactitud se verifica la orientación sobre el meridiano de los equinoccios. Conocen una nueva planimetría, pues se llega a angular a 70° los bastiones y a levantar muros (retirándolos, espaciándolos) en forma de terrazas escalonadas, dando a las edificaciones un mayor sentido estratégico militar". (*Hugo Acosta Najarro*, estudiante de 4º año de Letras).

EL arte de Tiawanako está estrictamente regido por el formalismo de la cultura religiosa. El estilo revela un arte dirigido por una casta sacerdotal, encargada de vigilar el hieratismo de las fórmulas sagradas, de crear el simbolismo por medio de una sucesión de figuras geométricas que resumen la ideología, el orden y la armonía a que aspira un pueblo en proceso de afirmación histórica.

Es la expresión plástica de formas intocables. La invariable encarnación de un predominio religioso y un sentido estético, sobre una filosofía geonóstica. Como los sacerdotes egipcios, en Tiawanako arcaico vigilan la inviolabilidad de la figuración de los dioses las hermandades, "Amaotanaka" y "Yatirinaka". Vigilan, inflexibles, la inviolabilidad del ortogonal y su aplicación en la expresión del pensamiento, en obras de arte que viven en un espacio-tiempo estético propio, por lo tanto comparten la situación general del hombre que las produce de acuerdo con las circunstancias de este espacio-tiempo y *no de otro*. Tratándose de un arte hierático, cuanto más meritoria es la obra de arte, mayor categoría de calidad le corresponde al artista que la trabaja y a la sociedad o clase que la inspira. Por eso no podemos regatear admiración a Tiawanako. Va más allá del tacaño elogio de un arqueólogo francés: "Tiawanako es el más alto exponente de cultura primitiva". No. Tiawanako es un alto exponente de cultura americana.

F. COSSIO DEL POMAR

Una Inglaterra Que Perdura y se Transforma

I

UNA breve visita a Inglaterra, la primera después de hecha la paz, no me permite, sin duda, un juicio a fondo, pero al menos me deja algunas impresiones fuertes. sobre todo por comparación con el pasado. Estas impresiones, por lo demás, son contradictorias, lo que corresponde, hay que reconocerlo, a ese país que se ufana de ser ilógico y no reconoce el principio de contradicción. Inglaterra (es evidente para todos los que vuelven a verla hoy) ha sufrido el equivalente de una revolución social, transformación mucho más acentuada, más sensacional que la nuestra, y para aquellos que mejor la conocían, aparece ahora irreconocible. Pero, cuidado, que a pesar de esta revolución, permanece al mismo tiempo en la línea recta de su tradición secular, con una armadura heredada del pasado y gracias a la cual puede uno pensar que superará la terrible, la impresionante crisis por que atraviesa en estos momentos.

La revolución inglesa consiste esencialmente en que la Inglaterra aristocrática de ayer se ha hecho integralmente democrática y sobre todo — ahí reside la novedad — igualitaria. Está en camino de liquidar rápidamente su clase adinerada, ayer todavía privilegiada como en una suerte de antiguo régimen. La primera guerra mundial había cambiado poco las cosas en este respecto; el *gentleman* nacía oficial, y los propios hombres comunes — lo sé muy

bien, por haber pertenecido tres años a su ejército — no apreciaban a los oficiales salidos del escalafón; e Inglaterra no había tenido la guerra en casa. Esta vez, la Isla ha sido bombardeada, amenazada de invasión, ha sentido muy próxima la presencia del enemigo: en estas condiciones, el pueblo ha tenido clara conciencia de la diferencia que hay entre una guerra de invasión y una guerra de expedición; ha tomado parte, magníficamente, en la defensa, ha combatido, ha trabajado en las fábricas, en las oficinas, y es él quien, con Churchill, espléndido *war leader*, tiene ahora la sensación de haber contribuido más que nadie a la victoria.

ESTE hecho ha convertido la igualdad en una realidad, mucho más que en Francia, porque los reglamentos y las leyes se aplicaron sin excepciones: nadie, ni el más altamente situado, escapó a ellos. Es hoy frecuente ver de capitán a un obrero o un empleado, y, al contrario, en la *Home Guard*, el lord ha tenido que prestar su servicio como todos, sin el menor grado. Hay en todo esto una novedad que hubiese parecido inverosímil hace treinta años. Añadamos que toda la organización interior de la guerra, desde 1940, ha estado en manos de ministros laboristas, los Bevin, los Morrison, que en este sector de la defensa han desempeñado un papel tan importante como el de Churchill en otros campos. La revolución estaba hecha cuando, en 1945, las elecciones llevaron al poder un equipo exclusivamente laborista. Churchill seguía siendo sin duda el hombre más popular, el más nacional (en el profundo sentido del término); pero lo que en él había de imperialista, de *tory*, de estilo siglo diez y nueve en el fondo, es decir, de Inglaterra antigua, no representaba ya, al menos en la política interna, a un país que se había hecho nuevo en un nuevo siglo.

LA impresión que dejaron los años de guerra y las largas semanas de bombardeo durante las cuales el peligro era igual para todos, ha sido pues enorme. El Norte escapó en cierta medida a los efectos, porque el peligro fué menor en él, sobre todo menos inminente; pero en Londres y

en el Sur se estuvo realmente en el frente, con toda la camaradería elemental que puede dar el peligro soportado en común. Se experimenta hoy cierta melancolía hacia aquellos días extraordinarios, durante los cuales el país tuvo en verdad el sentido, casi físico, de su unidad. El pueblo concibió en ellos la idea de que el país le pertenece: posee desde hace tiempo el sufragio universal y todos los órganos de la democracia, y sin embargo sólo después de la segunda guerra mundial se nos aparece Inglaterra como una auténtica democracia.

AQUÍ tengo una segunda impresión que, en cierta medida, contradice la primera. Esta Inglaterra, aun en plena revolución, conserva intacta o casi intacta una armadura cívica y moral heredada del pasado, que la mantiene en una línea tradicional de veras conservadora. Como en la famosa maniobra de los Horacios y los Curiáceos, no todos los elementos — eventualmente en una misma persona — se transforman al mismo compás: este país, de hoy en adelante tan siglo veinte, es aún siglo diecinueve, casi victoriano, por muchos de sus rasgos. El Inglés, a cualquier clase que pertenezca, obedece a las leyes (*we are a law abiding people*, le gusta decir), aplica concienzudamente los reglamentos; no trampea, ni piensa siquiera hacerlo. *I think the Frenchmen are tricky* (falso, pícaro, granuja) me decía uno: es cierto, pero el Francés se jactaría de ello o poco menos. El rico paga los impuestos, aun siendo draconianos, entregando al cuchillo del Calcas fiscal la inocente garganta; el agitador social, el huelguista se mantienen respetuosos de las ordenanzas que regulan la vida normal de la nación. Durante la huelga general de 1926, los reglamentos sobre el cierre de los bares eran regularmente obedecidos; en 1931, cuando la flota se amotinó, los marinos, que desobedecían a las órdenes de su almirante, habían empezado por saludar la bandera real y cantar *God save the King*. Durante uno de los bombardeos de Londres, un chofer de taxi, según me contaron, creyó de su deber detenerse en un cruce, aunque estaba solo en la noche y las bombas bramaban en torno: no quería infringir los reglamentos del tránsito. Hoy mis-

mo, el mercado negro surge muy despacio, sin duda porque no se carece realmente de lo necesario, pero también porque "eso no se hace".

SERÍA muy difícil definir esta armadura, pero se percibe fácilmente la solidez social que implica: está uno encerrado en una estructura colectiva que hace de uno, no un individuo aislado, sino el miembro solidario de un conjunto. Esta armadura, en el caso de Inglaterra, está hecha de una moral religiosa en el fondo, de una convicción cívica resultante de una amplia educación política, está hecha también de falta de imaginación, de hábito, de conformismo: hay "lo que se hace" y "lo que no se hace". Pero cualquiera que sea la fuente de esta tradición, constituye para Inglaterra una fuerza enorme, de la que continúa beneficiándose hoy y a la que no se le halla equivalente ni en las democracias continentales ni en los países de inspiración fascista, respetuosos de la autoridad.

¿Es posible una síntesis de la tendencia revolucionaria y de la tradición de orden? Este es sin duda el fondo del problema inglés.

II

CUANDO se contempla al pueblo británico en los momentos actuales, no puede dejarse de admitir que es extraordinariamente audaz en sus reformas. No se conforma con estas órdenes del día a los que, según el ingenioso Robert de Jouvenel, los Franceses están dispuestos a dar más importancia que a las leyes. Necesita realizaciones, y es porque se trata de un país que siempre supo evolucionar para adaptarse a las circunstancias: la práctica le interesa más que los principios. Pero al mismo tiempo, por una suerte de superstición, siempre trató de conservar sus viejos cuadros: siempre posee un rey, una corte, una nobleza, una Cámara de los lores rígidamente hereditaria, un protocolo a nuestros ojos vacío pero a los suyos lleno, no me atrevo a decir de significación, pero sí de virtud adquirida y acumulada. Es cuestión de tradición más bien que de sistema, y por eso este pueblo conservador de tempera-

mento no es nunca reaccionario. Su cerebro político no funciona nunca como tal, y no cabría imaginar atmósfera política más diferente de la nuestra, que por principio supone la existencia de revolucionarios y de reaccionarios pero no, por así decirlo, de conservadores, sino bajo la forma de la rutina.

EL Inglés introduce en su marco antiguo ideas nuevas, y es tan timorato cuando se trata de modificar el marco como audaz cuando se trata de cambiar el fondo. Es cabalmente la fórmula clásica del Nuevo Testamento: vino nuevo en los viejos odres. Para comprender a Inglaterra hay que admitir que esto es posible, y no estimar raro que el jefe de las Trade Unions sea un lord, que tal cual rancia casa de Oxford, de estilo Tudor, albergue al más extremista de los innovadores. A la lógica francesa, en esto demasiado simplista, le cuesta mucho comprender estas combinaciones. ¿Se recuerda a aquellos políticos de la Tercera República a los que se comparaba con quesos de Holanda porque eran rojos por fuera y blancos por dentro? En la mayoría de los casos, lo contrario es más verídico en Inglaterra: aquel personaje en traje de etiqueta (al menos en los tiempos en que aun se usaba), que comienza por rezar e invoca al rey, es quizá el más auténtico revolucionario, si revolución quiere decir ante todo transformación.

Desde este ángulo se plantea actualmente el problema del porvenir inglés. Tradicionalmente, y aun muy recientemente, Inglaterra ha estado gobernada por sus clases superiores, que se llamaban a sí mismas, con orgullo, pero con naturalidad, *ruling classes*. En el siglo dieciocho se trataba de la aristocracia, dueña absoluta del sistema en un Parlamento que dominaba. En el siglo diecinueve hubo una infusión de sangre nueva, la de una clase media nacida de la industria y del comercio. Estos recién venidos, que cierto esnobismo desdeñaba (Cobden, José Chamberlain fueron dejados de lado mucho tiempo) tenían en su favor el dinero, la fuerza económica, y por esta puerta entraron en los privilegios de hecho de la aristocracia: algunos matrimonios los introdujeron en la sociedad y, de

la Cámara de los Comunes, pasaron a su vez a la de los Lores. En Inglaterra se constituyó así una nueva nobleza que se unió a la primera sin eliminarla, renovándola más bien que reemplazándola.

Hasta 1914 y aun hasta 1939, esta clase dirigente es la que proporcionó los más grandes estadistas. Lo que distinguía a estos dirigentes no era tanto el nacimiento como la educación recibida en toda su primera adolescencia: el semillero, por común acuerdo, eran las famosas *public schools*, del tipo de Eton y Harrow, en las cuales se formaba la *élite* política de mañana; *élite* menos intelectual que moral, forjada por la educación más que por la instrucción, y que luego constituía una especie de francmasonería de jóvenes que se habían conocido en un medio cerrado y selecto. No eran Oxford ni Cambridge, universidades invadidas por elementos auténticamente populares, las que fijaban esta suerte de aristocracia política, sino aquellos célebres colegios, en los que se podía entrar sin dinero en los bolsillos, pero en los que se pagaba muy caro el privilegio de poner a un hijo (generalmente, se le reservaba el puesto el mismo día del nacimiento).

La selección era social, particularmente plutocrática, a causa del alto precio de la pensión. Los jóvenes que salían de aquellos colegios habían adquirido en ellos cierta concepción de la vida, maneras que les eran comunes, un tono de hombres de mundo (los Ingleses le dan una gran importancia al tono, que separa entre sí las clases más que todo otro signo). Las demás universidades provinciales, fuera de Oxford y Cambridge, y la de Londres, formaban jóvenes no menos equipados técnica o intelectualmente, mejor instruidos quizá, pero que permanecían desprovistos del prestigio social adquirido en las escuelas más aristocráticas. Resultaban de ahí indudables celos, a menudo un complejo de inferioridad; pero más a menudo aún, los que no habían sido educados en Eton o en Harrow deseaban luego poner allí a los hijos.

EL problema está en saber si va a ocurrir ahora con el Labour Party y con el mundo obrero lo equivalente de lo ocurrido hace cien años con la clase entonces nueva de

los industriales. El Labour Party ¿reclutará sus dirigentes, o al menos una importante parte de ellos, en las viejas *public schools*? Paralelamente, el *civil service*, esta espléndida clase de funcionarios cuyo número y poderío han aumentado enormemente las dos guerras ¿va a formarse, al menos parcialmente, en los colegios de tipo antiguo, continuando una tradición secular? Es la opinión de los conservadores, que siguen inscribiendo, a costa de grandes sacrificios, a sus hijos recién nacidos. Hacen notar que Citrine, especie de Jouhaux inglés, es lord, que Morrison acaba de entrar en la Cámara de los pares. Habría así una penetración pacífica del nuevo personal en el personal antiguo, conservando de tal modo este último su marco, su educación, sus tradiciones, y transmitiéndolas en esa forma a generaciones realmente surgidas del pueblo mismo.

La antigua clase dirigente espera pues mantenerse distinta asimilándose elementos que vienen de alguna manera a aglutinarse con ella. Pero la gran dificultad para ella está en conservar esa posición privilegiada sin sus viejos medios de fortuna. Ya no es posible mantener a la vez un castillo y un departamento en la ciudad; por otro lado, el servicio doméstico es como si hubiese desaparecido totalmente, lo que vuelve muy difícil la vida social, al menos en las condiciones de antes.

UNA democracia a la francesa poblaría de becados, sin duda, los colegios; pero no parece que sea ese, al menos por ahora, el programa del Labour Party, y los conservadores esperan aún que los *college men* seguirán ampliamente representados en el *front bench* (banco ministerial) de la Cámara de los Comunes, tanto en los ministerios laboristas como en los de ellos. La contradicción que planteábamos al comienzo subsiste pues en el centro del problema. Inglaterra, aun siendo dirigida, aun siendo laborista, permanece esencialmente liberal por temperamento, integralmente parlamentaria, respetuosa de la discusión y de la oposición, sin odio de clases, aunque de hoy en adelante el pueblo proclame la igualdad. La acción directa, la violencia, no tienen efecto en ella: ni el fascismo ni el

comunismo la han alcanzado hasta el momento. Cree en sus instituciones y uno advierte que aspira a formarse nuevas *élites* con el mismo espíritu que presidió la formación de las anteriores. La impresión que perdura es la de una cosa seria, esforzada: hay indudables méritos, pero el esfuerzo le debe mucho a esa armadura heredada del pasado, de que hablábamos. Ha resistido hasta hoy mismo el choque de la guerra. Falta saber si un largo período de restricciones, de dificultades, en una Inglaterra manifiestamente y muy naturalmente fatigada, no respetará mucho esa fuerza tradicional que nos asombra y que no ocultamos admirar.¹

André SIEGFRIED

¹ Reproducimos traducidos de "Le Figaro" de París los dos artículos que se han leído, informativos de uno de los hechos que más preocupan al mundo en la postguerra.

Fabla Elemental
al Nacimiento de Pedro Palana,
Hombre de Abajo y del Perú

Piedra

HASTA mi pecho de piedra
está llegando la pena.

Flor

Quisiera, ah cómo quisiera
echarle gruesa cadena.

Tierra

Es una pena que hiere,
filosa piedra dijera.
Bosques, aguas de infortunio
susurran en mis praderas.

Pena

¡Pobre niño! Quién te dijo
que vinieras a la tierra:
el amor, el sino, el aire,
el incendio de la leña
del pecado. Quién te dijo
que vinieras a la tierra.
Calla y duerme. De la mano
iremos sobre la tierra.

Nada

Quisiera que tú te vuelvas
a la quietud de mi aldea.

Muerte

Ven a mí. Te llevaré
a mi oscura ciudadela.
Dolor de masas y pies
no conoce sus almenas.

Tierra

Quédate. No hay más remedio.
Quédate, niño de greda
peruana. Desde ahora novio
de la lágrima y la pena.

Pena

Novio mío: de la mano
iremos sobre la tierra.

Aire

Por qué llora. Qué su llanto.

Tierra

Llanto de antigua condena.

Destino

¡Quédate sobre la tierra!

Tierra

¡Quédate, niño de greda!

Mario FLORIAN

Historia e Historiadores Peruanos

EL relato de cómo ha evolucionado la Historia entre nosotros es un tema íntimamente ligado a la vida de sus Historiadores y al análisis exhaustivo de sus obras, lo que permite desembocar en una jerarquía objetivamente válida de nuestros productos culturales. Ellos son los innegables exponentes de un esfuerzo por hurgar en la vida peruana y sus alteraciones, para elevar al plano de lo consciente la vida cotidiana, que por su cercanía es comúnmente ignorada, y donde para explicar es preciso comprender, y no a la inversa, como los iconoclastas de la historia lo efectúan a menudo.

Esta tendencia y realización del conocimiento de nuestra vida histórica, se hace más urgente frente a la comparación con lo acaecido en pueblos más avanzados. Por ejemplo, el hombre europeo está fuertemente enraizado en sus primitivas culturas, cualquiera que sea el grado de adelanto alcanzado, y por estarlo no teme sino que imperiosamente necesita un contacto universal con los otros pueblos, que ya no podrán absorberlo sino enriquecerlo. Sin embargo, en sus empresas coloniales han procurado siempre, solapadamente, desarraigar aquel señorío culto a lo indígena, so pretexto de "alta cultura", para sojuzgar con más fuerza. Esta pueril tendencia de ser universales, sin robustecer la propia personalidad colectiva, destruye toda posibilidad de una auténtica realización universal. No se puede ser auténticamente universal ignorándose a sí mismo. Por esto se hace necesario incrementar el estudio de la Historia para dicho autoconocimiento, y hacer que

los otros nos conozcan tal como somos, no tal como nos quieren ver, o tal como les conviene.

Un esquema provisional acerca de las etapas del desenvolvimiento de la Historia en el Perú, comprendería: a) Cronistas (siglo xvi y principios del xvii), b) Cronistas de convento (siglo xvii), c) Ensayistas (siglo xviii), d) Historiógrafos (siglos xix y xx), limitándome a los desaparecidos.

I

CRONOLÓGICAMENTE, el primer Cronista peruano no fué mestizo ni criollo sino indio y de nobilísima prosapia: se llamaba Titu Cusi Yupanqui (bautizado en 1568 con el nombre de Diego de Castro Titu Cusi Yupanqui) y fué penúltimo Inca de los que prefirieron el retiro de Vilcabamba y sus penurias, en oposición a los que buscaron prebendas, como lo hizo el oportunista Paullu. Y la primera Crónica peruana, narrada para ser escrita, es la INSTRUCCIÓN DEL INGA DON DIEGO DE CASTRO TITU CUSI YUPANQUI PARA EL ILUSTRE SEÑOR EL LICENCIADO LOPE GARCÍA DE CASTRO, GOVERNADOR QUE FUÉ DE ESTOS REYNOS, TOCANTE A LOS NEGOCIOS QUE CON SU Magestad en su nombre por su poder ha de tratar. El relato fué ordenado por el agustino fray Marcos García, y lo puso por escrito el escribano Martín de Pando, en el pueblo de San Salvador de Vilcabamba, el 6 de Febrero de 1570.

La Crónica es fuente para estudiar los sucesos referentes al levantamiento de Manco II, al famoso sitio del Cusco y a la etapa de los Incas de Vilcabamba. Como dirigida al Monarca español, la Instrucción trata de eliminar toda duda de que Titu Cusi no fuese legítimo Inca. Y aunque se nota en el estilo las huellas del fraile ordenador, existen pasajes de auténtico sabor indígena, dignos de una consideración más detenida para una captación adecuada de los elementos culturales autóctonos.

Siguen al Cronista indio, el binomio formado por el chachapoyano jesuita Blas Valera y el mestizo cusqueño Garcilaso Chimpujojlo. La acusación de plagiar al chachapoyano, lanzada contra el Cronista cusqueño, está des-

echada por la crítica. Más bien se lo la honradez ejemplar de Garcilaso al citar, con escrupulosidad, los pasajes tomados del jesuita Valera, en una época en que era raro citar las fuentes.

El cronista Blas Valera, quechuista eximio, inicia entre mestizos y criollos el amor al estudio de la vida, instituciones y costumbres del Perú autóctono, punto de referencia y raíz de todo historiar sincero. Y aunque Valera escribió su obra en latín,¹ la engendró espiritualmente en quechua. Como la voz de Valera emerge desde Garcilaso, hablar de uno remite al otro.

Garcilaso Chimpujojlo es el más distinguido peruano de la época. Bastardo orgulloso de sus sangres, al quedar huérfano pasa a España e infructuosamente reclama mercedes a la Corte. Como fracasa, intenta, sin conseguirlo, volver al Perú y termina por radicarse en la Metrópoli. Y entonces, pausadamente, se convierte en un verdadero humanista, lazo viviente entre lo autóctono y lo europeo. Si hubiera vivido en los tiempos del Imperio Incaico, habría sido un Amauta.

El camino de su formación es largo y sacrificado. Lucha primero como soldado bajo las banderas de Felipe II, pero no es su camino y lo abandona e inicia la marcha por su auténtica ruta. Como hombre en trance de mediación, participa del cautivante filosofar de la escuela neoplatónica, y para ejercitarse espiritualmente traduce los *DIÁLOGOS DE AMOR* de León Hebreo. De esta manera se presenta como el primer representante mestizo que cultiva una filosofía del viejo mundo, y se nos muestra asimismo como traductor galano y enterado. Como genealogista, compone la llamada *GENEALOGÍA DE GARCI PÉREZ DE VARGAS*. Como escritor ameno y elegante, da su *FLORIDA DEL INCA*, en la que lo histórico se engalana con la belleza que otorga el dominio literario. Como ensayista y portavoz del viejo pasado, escribe su muy famosa Primera parte de los *COMENTARIOS REALES*, intento de lo que hoy llamaríamos una historia de la cultura incaica. Como historiógrafo,

¹ La *Historia Occidentalis*. Véase la *Historia General de la Compañía de Jesús en la Provincia del Perú*, pub. por el P. F. Mateos, S. J. Madrid, 1944, Introducción, p. 53.

atento a los menesteres de la erudición, deja una obra póstuma, que constituye la Segunda parte de los **COMENTARIOS REALES**. Y como católico novísimo, con misticismo de la más rancia prosapia, se hace clérigo en sus años viejos. Quienes lo han analizado con amor, siguen sacando direcciones inéditas, y las seguirán encontrando si trabajan, como el inolvidable cronista, manteniendo el cerebro y el corazón unidos. Así, el docto cusqueño don Fortunato Herrera considera a Garcilaso Chimpujojlo como el "primer botanista cusqueño". Con justicia la Ciudad del Cusco señala a Garcilaso como hijo predilecto; y la cultura peruana, como egregio representante.

Paralelamente al cronista mestizo, vive trágicamente las cosas de su tierra un cronista muy nuestro. Es un indio de Lucanas, a quien nos hemos acostumbrado a llamar con respeto don Felipe Huaman Poma de Ayala. Su actitud espiritual es sabia que nutre la rebeldía positiva de muchos peruanos futuros: es un indio que se rebela contra los malos funcionarios (Corregidor, Cura y Cacique) y cree en la insobornable justicia del Rey, porque en los tiempos antiguos del Perú ser Monarca significó no sólo garantía de estabilidad sino ser un manadero de lo que hoy llamamos "justicia social".

En su **PRIMER NUEVA CORÓNICA Y BUEN GOBIERNO** hay dos partes: La Nueva Corónica, que versa sobre los tiempos antiguos, y el Buen Gobierno, sobre la vida colonial, particularmente en las provincias. Es un documento donde existe inseguridad histórica para el erudito, pero donde se encuentra material riquísimo para el sociólogo y para el hurgador de temas conexos. La rebeldía de Huaman Poma es una sana rebeldía, que el español no podrá comprender, y no querrá comprender en otros, porque pretende acapararla solamente para sí. Además, es una rebeldía *sui generis*, pues Huaman arremete contra el presente Colonial y contra el pasado incaico, ya que los Incas sojuzgaron — según afirma — a sus antepasados los Yarovilcas de Huánuco, en otros tiempos señores de la región del Chinchaysuyo. Su lista sobre la generación de hombres que se suceden en el Perú (Pacarimoc, Huarí Runa, Pu-

run Runa y Auca Runa) y su extenso rol de gobernantes, emparentarlo con el discutido Montesinos.

Por la misma época vive el indio Juan Santa Cruz Pachacuti, oriundo de la provincia de Tinta. En su *RELACIÓN DE ANTIGÜEDADES DEL REYNO DEL PIRU*, con jerga que recuerda la de Huaman Poma, trata de historiar la vida del Tahuantinsuyo llegando hasta la ocupación del Cusco por los invasores peninsulares. El afamado estudioso Lehmann Nitsche ha reconstruido el zodiaco autóctono, a base del dibujo del altar mayor de Coricancha, toscamente trazado por Santa Cruz Pachacuti.

En general, este grupo de cronistas muestra un predominante interés por el estudio de la historia autóctona. Pero al lado de esta veneración, que muchas veces disimulan con declaraciones de exagerada fidelidad al monarca y a la iglesia, existe asimismo una gran admiración por lo español; y para los que no conocieron España, dicha admiración es por la panacea que adivinan allende los mares, donde suponen que la justicia y la piedad campean, siendo una larga travesía seguramente lo que las hace disminuir en América.

II

EL segundo grupo de cronistas, o sea el de los cronistas conventuales, es hechura del siglo más beato con que el Perú cuenta, el piadosísimo siglo xvii. En este lapso histórico domina el ideal "de la vida conventual". El clero tiene un papel dominante, y los frailes al escribir la historia de sus respectivas órdenes, subordinan la historia del Perú a las de sus congregaciones. Según el exacto juicio de Riva Agüero, por entonces la Historia del Perú "abandona la forma de crónica guerrera para tomar la de crónica de órdenes religiosas". De los muchos cronistas de convento, señálase al agustino de la Calancha, al franciscano Córdoba y Salinas y al dominico Meléndez. El hagiógrafo está en todos ellos.

El principal y típico representante de este grupo es el chuquisaqueño fray Antonio de la Calancha, que nace a fines del siglo xvi y muere a mediados del xvii.

Su *CORÓNICA MORALIZADA* tiene un primer tomo, bastante conocido, y un segundo tomo, más raro y que por fortuna existe en nuestra Biblioteca Central. El último tomo presenta la particularidad de pasar bruscamente de las primeras páginas del libro II al libro V, habiendo sido publicado por fray Bernardo de Torres, sucesor de Calancha en el cargo de Cronista de la Orden. La Crónica es abigarrada muestra de los más diversos materiales. Su aporte consiste en pintar el estado religioso y social de su tiempo, al lado de digresiones farragosas, dichas con estilo de rendido culterano, donde la paciencia del lector es puesta en una difícil prueba. Las virtudes y vicios de la obra del padre de la Calancha, pueden servir de patrón para los otros cronistas conventuales.

Al lado de los agustinos, está la orden franciscana, popular en todo tiempo por su tonificante pobreza y ejemplar austeridad. Como principales representantes pueden ser recordados los hermanos fray Buenaventura de Salinas y Córdoba y fray Diego de Córdoba y Salinas. El más importante es fray Diego, autor de la *CRÓNICA FRANCISCANA*, dedicada primitivamente sólo a las provincias de los Doce Apóstoles, y extendida luego a otras. Su descripción de la historia autóctona, así como la de los diversos territorios coloniales, es breve. Tiene en cambio poca importancia para la historia de Lima y de las "entradas" en la montaña. Más tarde, la orden tendrá un discreto representante en el limeño fray Fernando Rodríguez de Tena, autor de una *INTRODUCCIÓN AL APARATO DE LA CRÓNICA DE SAN FRANCISCO DEL PERÚ*, siendo predominantemente una descripción de los vegetales, animales y minerales y de la manera de beneficiarlos, con raros pasajes sobre la historia de su orden.

Finalmente viene el dominico limeño fray Juan Meléndez, nacido a mediados del siglo XVII, autor de la obra *TESOROS VERDADEROS DE LAS INDIAS*, importante sobre todo por el conocimiento de la Ciudad de los Reyes. Aunque es necesario decir que esta parte la tomó de la obra de Montalvo *EL SOL DEL NUEVO MUNDO*. El interés del cronista está dirigido principalmente a refutar la afirmación del padre de la Calancha, según la cual habían precedido los

agustinos a los dominicos en la evangelización de nuestros indios.

III

EL grupo de los llamados "ensayistas" está representado principalmente por los limeños Peralta y Llano Zapata, a los que pueden agregarse el egregio tacneño, y en todo tiempo peruano ejemplar, don Ignacio de Castro, en cuyos escritos se encuentran meditaciones sobre la historia y disciplina conexas, y por el eclesiástico Juan Domingo de Zamácola y Jáuregui.

La vida de don Pedro Peralta Barnuevo Rocha y Benavides transcurre entre la segunda mitad del siglo xvii y la primera mitad del xviii. Su abigarrado saber y su existencia cotidiana, son el paradigma para un limeño culto de la época. Su *LIMA FUNDADA* es un poema histórico de escaso mérito literario — al decir de los conocedores — y de ambicioso aliento histórico. También intentó en su *ESPAÑA VINDICADA* exponer lo que hasta entonces conociase de la historia de España, desde los tiempos más remotos, en un libro único y por ende asequible. A pesar de que debía llegar hasta el reinado de Carlos II, último de los Habsburgo, sólo alcanza a la época de Leovigildo.

El segundo tomo estaba redactado y en prensa en 1732, pero no llegó a publicarse.

Parcial continuador de Peralta es don Eusebio de Llano Zapata. Nacido a principios del siglo xviii, ensayó en los más variados temas. En 1750 salió de Lima y recorrió casi toda la América Meridional. Luego, se trasladó a España, estableciéndose allí en forma definitiva. Su correspondencia epistolar es nutrida y muy importante para entender su actitud espiritual. Su obra principal, proyectada en 5 tomos, de los que conocemos solamente uno, se denomina *MEMORIAS HISTÓRICO-FÍSICO-APOLOGÉTICAS DE LA AMÉRICA MERIDIONAL*, tardíamente publicadas a comienzo del presente siglo. En realidad es una obra de ciencias naturales, con digresiones históricas y sobre temas conexos.

En cuanto al presbítero Ignacio de Castro, es un pensador múltiple, de estilo sencillo y dueño de un razona-

miento de enorme fuerza lógica, de un corazón tan fuerte como su cerebro, y con una personalidad que no tiene nada que envidiar a la del famoso chachapoyano don Toribio Rodríguez de Mendoza. Su obra como historiador local es la más conocida, siendo poco menos que desconocidos sus pensamientos sobre la historia y la política colonial comparada, y sus disertaciones como teólogo doctísimo e insigne poligloto. Un ensayo, en trance de perfeccionamiento, me permitirá hablar de él en ocasión distinta, como lo exige su rango.

Finalmente, tenemos a un cura de la jurisdicción del obispado de Arequipa, don Juan Domingo de Zamácola y Jáuregui. Entre sus obras — la mayor parte inéditas — existe una HISTORIA DE LA CIUDAD DE AREQUIPA, y otra, inédita, sobre la rebelión del cacique José Gabriel Túpac Amaru.

La etapa última aparece con la independencia y la instauración de la república. Es una trabajosísima senda la de aquellos heroicos historiógrafos a lo largo del siglo XIX, y su calvario llega hasta nuestros días. Los principales representantes de esta corriente son el limeño don Manuel de Mendiburu, el arequipeño don Mariano Felipe Paz Soldán, don Nemesio Vargas, don Carlos Wiesse, el padre Domingo Angulo y el limeño don José de la Riva Agüero.

El general Mendiburu nace un año antes de la llegada de Abascal (1805) y muere poco después de terminada la guerra con Chile. Su vida está unida a los azares de la política peruana de siglo XIX. Sin embargo, su vocación le permitió realizar una obra meritoria, consultada con provecho por los estudiosos actuales. La más conocida es su DICCIONARIO HISTÓRICO-BIOGRÁFICO. También dejó papeles para la segunda parte de éste, que debería tratar acerca de la época independiente. Su producción impresa está compuesta por Memorias, Informes, Refutaciones, Proyectos, Reglamentos y Artículos polémicos. Sus trabajos inéditos son predominantemente históricos, entre los que se cuentan LAS MEMORIAS HISTÓRICAS DE SU CARRERA PÚBLICA Y SERVICIOS.

Don Mariano Felipe Paz Soldán es ya un historiógrafo de aliento. Desde muy joven se interesó por la historia y por la geografía del Perú. Como fruto de ello publica en 1868 el primer tomo de su HISTORIA DEL PERÚ INDEPENDIENTE, donde se estudian los sucesos acaecidos entre los años 1819 y 1822. Los tomos II y III llegan hasta 1827. Su actitud de erudito hábil y muy escrupuloso, lo lleva muchas veces a exagerar la inserción de documentos. El libro referente a la Confederación Perú-Boliviana fué publicado en Buenos Aires poco después de su muerte. El libro sobre el período de La Mar, Gamarra y Orbegoso permaneció inédito hasta 1929, en que lo publicó su nieto Luis Felipe Paz Soldán. Su NARRACION HISTÓRICA DE LA GUERRA DEL PACÍFICO no tiene la perspectiva necesaria, la distancia en el tiempo, que ayuda a la objetividad del enjuiciamiento. Además, publicó un DICCIONARIO GEOGRÁFICO-ESTADÍSTICO DEL PERÚ, un ensayo sobre el asesinato de Monteagudo, dejó terminado el DICCIONARIO GEOGRÁFICO ARGENTINO, y fué Director de la "Revista Peruana".

La historiografía de nuestra patria tiene ya en Paz Soldán a su primer representante de calidad y constante ejemplo para los estudiosos venideros.

Otro de los representantes de la historia peruana es don Nemesio Vargas. Su actitud de humanista lo lleva a interesarse no solamente por la descripción de los acontecimientos, sino que tiene vigorosos enjuiciamientos, donde alienta el culto a la verdad y la independencia de criterio. No es un autor que se contente con la mera historia política, sino que trata de recoger las huellas de la vida cotidiana, que tipifican los diversos lapsos históricos y permiten comprender el mundo en que dichos acontecimientos se desarrollaron. En su HISTORIA DEL PERÚ INDEPENDIENTE, que consta de 9 tomos, estudia nuestra historia desde los tiempos de la emancipación hasta los de la naciente república.

Otra destacada personalidad es la de don Carlos Wiesse, que aparece como el lógico, el ordenador de elementos, muchas veces inconexos, que invalidaron por esto tesoneros esfuerzos, zigzagueantemente conducidos. Su tendencia arquitectónica puede verse sobre todo en sus olvidados

y valiosos APUNTES sobre la historia colonial, verdadero esfuerzo por sistematizar los diferentes aspectos de la época del Virreinato. También podemos citarlo como el afortunado maestro de un joven de vigorosa mentalidad y verbo enérgico, que se iniciaba promisoramente allá por los comienzos de siglo, y respondía al nombre de José de la Riva Agüero.

Paralelamente a Wiesse está la figura callada e incansable del padre Domingo Angulo. Historiador eclesiástico, bibliógrafo, paleógrafo distinguido, autor de trabajos monográficos sobre personajes coloniales, barrios de la Ciudad de los Reyes y sobre nuestra vieja Universidad, director y colaborador en revistas especializadas. Su actitud historiográfica se hace ostensible en sus escritos mayores y menores y espera al estudioso que haga patente su esfuerzo, nacido al conjuro de la más pura vocación histórica.

Finalmente viene el maestro Riva Agüero, marcando una etapa en el desenvolvimiento de la historia en el Perú. Desde 1905, cuando publica su CARÁCTER DE LA LITERATURA DEL PERÚ INDEPENDIENTE, su figura adquiere importancia. Pocos años después, se consagra con su obra por excelencia, LA HISTORIA EN EL PERÚ, donde Riva Agüero se impuso la tarea de estudiar la historia de nuestra historia. En él se dan unidas las más excelsas cualidades que un historiador peruano haya poseído, y de su obra parten direcciones que fecundan el panorama actual de nuestra historia.

Sin caer en pueriles exageraciones sobre si vale más describir o interpretar, Riva Agüero se da cuenta de que la Historia es una disciplina bifronte, y entonces reivindica el valor de la tarea eurística-historiográfica, frente a los que hablan de efectuar precipitadas interpretaciones; pero asimismo considera muy altamente la interpretación de los hechos, siempre que hayan pasado por la necesaria etapa mostrativa. Además, considera que la formación del historiador es cosa ruda y larga, en contra de aquella huchafisima moda imperante, que consistía en creerse historiador por haber escrito un artículo de circunstancias. Por esto, dió capital importancia al ejercicio filosófico, que

prepara la capacidad de crítica y de síntesis, y que permite entrar en una problemática y ceñirse adecuadamente a una metodología, e interesarse por una historia de la historia en su sentido nacional y universal. Debo añadir que no es este un enjuiciamiento integral de Riva Agüero, porque para efectuarlo debemos esperar la publicación de sus obras completas. Por lo pronto, la Sociedad Peruana de Historia se prepara a publicar la más completa bibliografía de Impresos y Manuscritos del Maestro en su revista "Documenta".

Daniel VALCARCEL

Lírica Quechua

ES en el campo de la poesía subjetiva, de la poesía que específicamente responde al sentimiento del individuo, donde es posible encontrar las características literarias del hombre peruano precolombino, en forma generalizadora, a ras con el pensamiento del tipo medio de la población. La poesía lírica es la resultante de las faenas campesinas, es la manifestación del amor y es el grito de júbilo ante la victoria en las acciones de la guerra o en las actividades de la paz. Y la lírica quechua se hizo, de conformidad con el espíritu de la organización en que se producía, anónima y campesina. El poeta era expresión de la colectividad en redondo, sin distinguos. Fuerza particular y emoción puestas al servicio de la comunidad.

Luis E. Valcárcel, en su HISTORIA DE LA CULTURA ANTIGUA DEL PERÚ dice: "La Comunidad — un entretejido, una urdimbre de hilos irrompibles, en cuanto a lo social — es, respecto de la tierra, como un elemento natural que nace y crece como los árboles, que está allí fijo como la montaña. La aldea y los campos que la circundan son cual inserciones vivas del paisaje, en conjugación y enlace hombre y tierra. Porque en este trozo del mundo, no sólo están los alimentos diarios, la casa, el templo, el agua, el cerro, las aves, la flor, la lumbre, el reposo, sino que también caben en aquel terruño, los signos de lo divino y de lo eterno: la tumba y el adoratorio, los penates y la fuente o la cueva sagradas de las que emergieron los fundadores y a las cuales vuelven todos para recobrar el flúido, el Mana, que los hará vivir fuertes y felices. Allí,

en el pequeño valle, en la hoyada, en el repliegue del monte, está todo junto, y el hombre sufre y se desgarrá si sale como el niño del claustro materno”.

De ahí el sentimiento de adoración a la tierra que se manifiesta en toda la poesía popular indígena, de acuerdo con el carácter rural de nuestra cultura. Ese sentimiento está presente tanto en el canto triunfal, en los epinicios — si así puede llamárseles — con que se manifiesta el gozo ante la victoria militar, ante la fuerza de los dioses o ante la magnificencia del campo, como en las églogas o en el tono erótico-sentimental del *harawi*, donde se mezclan los afectos por la tierra y por la amada en un canto de separación angustiosa del hombre y su medio.

La lírica, entre nosotros, como en todas las culturas, nace y se desarrolla con la música. No es en un principio más que acompañamiento. Cuando el camino literario está avanzado, se bifurcan la parte propiamente musical y la letra de la canción que recoge en sí misma un arte ya independiente, donde se concilia el ritmo con la libertad. Las más antiguas expresiones líricas en el Perú, estarían acompañadas de las sonajas de barro, del *cilcil*, mientras repercutía de rato en rato el sordo sonar de los *huancares* o el repiqueteo de la *tinya*; pero aun encontrarían mayor conjunción con el sentimiento de la lírica nuestra, tan llena de requiebros, tan menuda y grácil, la flauta de hueso, nuestra *quena*; o la *antara*, que parece tener voces de la propia Naturaleza en la multiplicidad de sus tubos de caña.

Con estos instrumentos los comunitarios cantaban alrededor de las huacas en la forma dialogada que señala acertadamente Vidal Martínez. Los coros platican sus sentimientos. Hay un sí y un no en las voces que se suceden dentro de las composiciones cortas y de metro también pequeño, propio para ser fácilmente aprendido y repetido. Para encontrar el ambiente de la recitación poética en el antiguo Perú basta releer las páginas de Garcilaso, de Guamán Poma, en particular, y también las de Cieza, Morúa o Calancha.

Garcilaso ha de pintar la canción amorosa que mantiene a la amada hasta la noche lejos de la ciudad. “Sá-

bete que aquella flauta que oyes, en aquel otero, me llama con mucha pasión y ternura, de manera que me fuerza a ir allá; déjame, por tu vida, que no puedo dejar de ir allá, que el amor me lleva arrastrando para que yo sea su mujer y él mi marido". Y Guamán recogerá en su NUEVA CRÓNICA Y BUEN GOBIERNO muchas de las expresiones líricas y pintará cantando a los labradores y recitando la *wiricza*, el *haylli* y el *harawi*. Los hombres vestidos de mujeres tocan los *huancares* y las *tinyas* y el coro danza alrededor de la cosecha contando sus amores. Morúa dirá su entusiasmo por el canto de las siembras cuando la gente iba danzando "con las propias *tacllas*" y entonando sus *harawis*. Calancha hablará de los *aymoray*, los cantos del campo, cuando se celebraban las fiestas de mayo en que recitaban y danzaban mientras iban de las sementeras hasta sus casas, en una procesión lírica. En el Padre Cobo encontramos un párrafo con respecto a los cantos del arado que no podemos menos de reproducir:

"Los cuales cantan todos a una, entonando uno y siguiéndole los demás; y llevan su compás tan puntual, que el golpe que dan en la tierra con las *tacllas* no discrepa un punto del compás del canto".

El Imperio de los Incas fué excepcionalmente musical y la lírica nació entre nosotros como pudo nacer en las zonas dóricas, como manifestación del coro; y sólo llegó más tarde a la intimidad lésbica de aquellas pequeñas estrofas que Garcilaso dice haber recogido de Blas Valera: Al cántico / dormirás. / Media noche / yo vendré.

Si le damos un carácter primordialmente popular a la lírica, no quiere decir que no alimentara el Imperio las fuentes de este arte. La acción gubernamental se extendía a las más variadas manifestaciones literarias. Sería imposible no encontrar en las variedades del *haylli*, o sea la oda quechua, la influencia del espíritu imperial. El *haylli* era el canto del triunfo. Expresión alegre, entusiasta, que presidía el festejo de algún gran acontecimiento: ya de la guerra, ya de la exaltación religiosa, ya de la cosecha obtenida. Se encuentran así variedades de *hayllis* que pue-

den agruparse en tres órdenes: militar, religioso y campesino.

Garcilaso, en una cita que recoge Luis Alberto Sánchez en LA LITERATURA PERUANA, dice: "Los cantares que decían en loor del sol y de sus reyes, todos eran compuestos sobre la significación desta palabra *haylli*, que en lenguaje general del Perú quiere decir *triunfo*, como que triunfaban de la tierra barbechándola y desentrañándola para que diese fruto".

De lo que deducimos que los cantares de "triunfo" eran dedicados al "sol", o sea la "divinidad"; a sus reyes como conductores de la guerra; y a la tierra cuando daba frutos, repitiendo muchas veces la voz *haylli*, para "cumplir el compás que los indios traen en un cierto contrapaso que hacen barbechando la tierra, con entradas y salidas que hacen para tomar vuelo y romperla mejor", como explica muy objetivamente el propio Garcilaso.

Anchorena en su GRAMÁTICA QUECHUA nos ofrece en el canto "A la Planta", el "Mallkipaq", la expresión del *haylli* campesino, o sea de la oda al campo:

Bella planta, árbol frondoso,
a cuya sombra me acojo,
¡Triunfo!
Extendiendo tus ramas
diste sombra a nuestros hijos,
¡Triunfo!
¡Triunfo, querida planta, triunfo!

Confiado en tus raíces
debe descansar el gran señor,
¡Triunfo!
Se abrigará el tierno pastel
y la galana flor, bajo tu verde follaje
¡Triunfo!
¡Triunfo, querida planta, triunfo!

Se redondea así el carácter de este tipo de canciones, que cumplían, por otra parte, con la función de animar, de alegrar el trabajo dentro de cierto ritmo.

Para precisar los tres tipos de *hayllis*, vamos a presentar los correspondientes ejemplos. Tendríamos entre los militares, aquel que Guamán Poma recoge, atribuyéndolo a Túpac Yupanqui y que tiene extraño sabor dentro de la dulzona expresión literaria quechua:

Beberemos en el cráneo del traidor,
de sus huesos haremos flautas,
de su piel haremos un tambor;
usaremos sus dientes como un collar,
después bailaremos.

Vidal Martínez inserta un cantar de la crónica de Pachacuti que servirá para mostrarnos el *haylli* religioso:

Yo soy rico en plata,
yo soy rico en oro,
de Viracocha, el creador,
yo soy adorador,
yo soy adorador.

Pero los más expresivos son los *hayllis* u odas entonadas en loor del campo. En el repertorio del arpista Carlos Flores Pino, en San Jerónimo del Cusco, figura este hermoso *haylli*, que tradujo Farfán en su colección de POESÍA FOLKLÓRICA QUECHUA:

Puquchichay, maduradora de la mies,
vagabunda, perezosa,
amarillee ya nuestro maizal
y la vega se dore ya.
Derrame ya su flor el zarzal
y las plantas afilen su espinar,
mientras todas las tanyas musicales
se alegren gozosas.

Y también corresponde al campo este *haylli* perteneciente asimismo, a la rica colección de Guamán Poma:

Ayau haylli, ayau haylli...
¿Tiene acaso ají tu sementera
para que vengas en su nombre?
¿Tiene acaso flores tu sembrío
para que vengas en su nombre?
¡Esa es la reina!
Ahaylli ¡esa es la bailarina!
Ahaylli ¡sólo por el borde!
Ahaylli ¡esa es la princesa!
Ahaylli ¡esa es la muchacha!
¡Ahaylli!...

Y así, del *haylli* se pasa con el mestizaje a la *cashua*, que es el baile alegre, triunfador, correspondiente ya al período colonial:

Chanka, voy alcanzando.
Chanka, voy ganando.
Aya, voy triunfando.
Yo no sé cómo voy alcanzando
la de la manta de costal...

Faja-rot, ¡vécela, gánala!
 ¡Bótala, bótala! ¡Llévala, llévala!
 Cascabel de perlas grandes.
 Cascabel de perlas de wayruro.

Cuando tu fruta madure,
 aun una vieja vendrá;
 cuando tu fruta madure,
 aún una preñada vendrá...

Después del *haylli*, que es la gran manifestación coral de la lírica peruana precolombina, el tono confidencial de la intimidad poética lo dan los llamados *harawis* en forma general, o sea la expresión de los poetas, de los *haravicus*, que nos hablan de la naturaleza de la tierra, en los *aymoray*, del amor en los *urpi* y del dolor ante la muerte en cantos necrológicos que se titulaban *ayataquis*.

Morúa, Calancha, se refieren en forma especial al canto de las siembras y de las cosechas. El ambiente campesino domina en ellos y tienen el signo principalísimo de la tierra, que es característico de la cultura nuestra.

Ya se enciende, mi sol,
 tu cabellera de flor dorada
 envolviendo nuestro maizal.
 El tierno tallo ya amarillea,
 bajo la caricia de tu respiro
 mientras el sudor te exprime.
 ¡Tus rayos extiende
 y tus ojos despeja!
 ¡Hermoso sol ardiente!

Panti roja, flor hermosa,
 la verde planicie reverdece.
 Voltea, hila...
 Tu plumaje es dorada red.
 Planicie verde de rojo adorno,
 de todas las flores el jardín;
 de amarillo engalanada
 tú, vega hermosa y florida.

En estas canciones, que inserta en su colección folklórica J. M. B. Farfán, se puede apreciar marcadamente el tono rural que gravita, como ha manifestado Valcárcel en su citada *HISTORIA DE LA CULTURA ANTIGUA DEL PERÚ*, sobre la total actitud del hombre peruano precolombino. Si imágenes, epítetos, símbolos son agrarios en la épica, en la didáctica, cobran aun mayor relieve en la lírica popular y forman, además, un sector de ella que es el *aymoray*, a

que nos venimos refiriendo. En él se ve, a primera vista, que "la simplicidad de la técnica artística" responde "a la simplicidad de la vida campesina".

Variante de la poesía campesina es el *huacataqui*, o sea la composición pastoril en que se relievan las figuras de los animales domésticos. Ya muchos autores han destacado esa fraternidad del indio con los animales que formaban parte de su tierra; nacidos de común origen, integran además, el hombre y los animales domésticos, el hogar indígena.

Vicuñita, vicuñita
dame tu pelo de nieve...

De la puna soy un llamero
con mi llamita;
con mi honda
engaño a las gentes...

El tercer aspecto de la lírica lo han de dar las canciones erótico-sentimentales que se conocen con el nombre específico de *harawis*, aunque ya lo hemos expresado: esta denominación es más amplia y corresponde a toda la poesía popular lírica. De aquí que Vidal Martínez aplique a los cantares de este grupo la denominación de *urpis*, o sea las canciones de las "palomitas". Mientras que la literatura oficial es generalmente alegre y descriptiva, esta poesía se resiente de tristeza, es lamentosa y tiende a presentarnos al poeta arrancado de los lares nativos y que extraña conjuntamente a la amada y a la tierra, a la paloma y al nido. Poesía de tiernos y dulces giros refleja muchas veces la nostalgia del *mitimae*, acentuada después a través de la poesía quechua colonial por la Conquista, con la pérdida gradual de la tierra por la guerra y el despojo.

Ya Garcilaso recogía del Padre Blas Valera algunos de los más hermosos *harawis*, dentro del metro corto característico de nuestra poesía lírica indígena.

Bella Princesa,
tu mismo hermano,
tu cantarcillo
lo hace pedazos.

O el ya mencionado de "Al cántico dormirás". También es de los clásicos el "Purun Pampapi", anotado por Garcilaso:

En la llanura desierta
a las avecillas
las conocíamos,
cuando yendo a sus nidos
por la ausente amada
lloraban inconsolables;
asimismo yo,
cuando te vas
¡cuánto te quiero!

El propio sentido íntimo y las formalidades que caracterizan a la poesía lírica quechua precolombina se manifiestan a través de las expresiones que superviven dentro del folklore de las diversas regiones del país. Así en CANTARES QUECHUAS, recopilación de R. y M. D'Harcourt, encontramos, por ejemplo, el "Tapucito L'Ata" de Conchucos:

¿En dónde mi tesoro
se esconde?
A la media noche
lo lloro,
a toda hora
me falta.

Asimismo, podemos citar, entre otros, el cantar de Jauja "Sobre terso lago":

Sobre terso lago
vi una gaviota.
Memoria, le dije,
de grato recuerdo.

O este final de una de las "palomitas" del venero quechua arequipeño:

Si entre las nubes
hubiera jueces
yo me quejara
que a mi paloma
la más querida,
me la han quitado.

El sabor campesino no se pierde en la lírica quechua colonial y republicana. Esa nota agreste está vinculada al enraizado afecto por la tierra que ya hemos señalado anteriormente:

¿Paño tierno,
mi madre, comiste?
¿Sin dolor
a luz me diste?
¿Para ahora
estar abandonado,
en ajeno campo?
¿Para acongojarme
donde está la paja bravía?....

Comiendo humilde pilli,
llorando lágrima viva.

Así como de los *hayllis* nació el repiqueteo alegre de la *cashua*, con tono y expresión de triunfo, del *harawi* devino en la colonia el *huayno*, que tiene voz de súplica y requiebro de amante.

Agüitay cristalina,
agüita de la puna,
¿Por qué sin motivo
piensas olvidarme?
Si tú te separas,
aguay cristalina,
la verde totora
se marchitaría.
Yerbas del olvido
habrías comido.
¿Por qué sin motivo
piensas alejarte?

El *yaraví* es la descomposición castellana del primitivo *harawi*, como manifestación mestiza dentro de la literatura peruana en castellano, recogiendo los elementos vernaculares y haciéndolos motivos poéticos en el momento pre-romántico que representa Melgar con su revalorización de la literatura primitiva y la exaltación del sentimiento patriótico dentro de los ideales libertarios. Pero una vez que el *yaraví* tuvo su carta de nacimiento dentro de la lengua castellana, pasó con este nombre y con su carácter mestizo al idioma quechua y surgieron los *yaravíes* en las obras musicales de Caparón Muñiz y de Olivera y corrió también entre las masas indígenas que aun hablan quechua en el territorio nacional.

Al estudiar el interesante aspecto de la lírica quechua, nuestros autores han encontrado preferentes temas que señalan a nuestra especial atención. Estos temas servirían para considerar los caracteres de nuestra poesía popular.

Vidal Martínez se ha referido así al "diálogo dentro de la lírica" que hace semejar a la quechua con el "Zegel" andaluz, mostrando cómo este último tenía el "estribillo", la "mudanza" y la "vuelta" y cómo aquélla da constantemente la sensación de que la colectividad contestaba con un "estribillo" a las partes del solo que correspondería a la "mudanza" de la poesía mozárabe. El propio Vidal Martínez se refiere a otra de las características de nuestra poesía lírica en el tema EL IMPRESIONISMO EN LA LÍRICA QUECHUA, que efectivamente es de apreciarse muy particularmente en la literatura peruana.

Una llama quisiera
que de oro tuviera el pelo,
brillante como el sol;
como el amor fuerte,
suave como la nube
que la aurora deshace.
Para hacer un quipus
en el que marcaría
las lunas que pasan,
las flores que mueren.

Ya Luis Alberto Sánchez en LA LITERATURA PERUANA, tomo I, hizo un estudio de la "palomita" como tema fundamental en el *harawi*, cuya significación e importancia hemos subrayado ya y para cuyo ejemplo podríamos citar innumerable cantidad de composiciones que muestran el sentimiento de la ausencia a través de la paloma presente que el *haravicu* recuerda con persistente nostalgia. En la propia obra del autor citado está también considerada la sátira como otro elemento por estudiar dentro de la poesía quechua. Los estudiosos del folklore han señalado cómo interviene la sátira anti-hispana en muchos de los cantos y bailes de la época colonial. Venganza y escape artístico ante la represión.

En la selección de Jorge Basadre para la Biblioteca de Cultura Peruana encontraríamos aquel cantar colonial contra el usurpador de tierras que lleva el nombre de "El Gamonal":

¡Qué pobre la llama!
Con ser tan humilde
ni de comer le dan
y siempre la cargan.

Al puma le tiemblan,
siendo orgulloso y ladrón
donde quiere come
y nadie lo molesta...
Cuando el amo vino
nada, nada trajo
y en nuestras tierras
para siempre se acomodó.

Contra el propio gamonal, hay ese otro cantar que Castro
Pozo recogió:

Zorrino, zorrino,
¿por qué agujereas la pampa?
¿crees que eres chacarero?

Y picaresca y alegre, como dice el propio Sánchez, es
aquella expresión que se inserta en los CANTARES QUE-
CHUAS de los D'Harcourt:

Quien te dió la cinta verde,
que te dé la colorada,
quien te dió la mala noche,
que te dé la madrugada,
quien te dió la barriguita,
que te mantenga en la cama.

Augusto TAMAYO VARGAS

Introducción a un Estudio de la Cultura Uruguaya

CONTENIDO

1. Descubrimiento del Río de la Plata y fundación de Buenos Aires y de Montevideo.
2. Disputa de España y Portugal (luego de la Argentina y el Brasil) por la posesión de la Banda Oriental del Uruguay.
3. España se asienta en Montevideo, pero Portugal retiene la Colonia y permanece con un pie en el interior del país.
4. Algunas huellas de la influencia brasileña en el Uruguay.
5. La cultura uruguaya durante su dependencia de Buenos Aires.
6. Encabezamiento adecuado para la historia de la literatura uruguaya independiente.
7. El repliegue del Uruguay hacia sí mismo y su ambición de una épica nacional.
8. El españolismo montevidеоano es distinto del bonaerense.
9. Alternativas del forcejeo rioplatense hasta la emancipación uruguaya.
10. Al vislumbrar la paz (que no llega) la literatura uruguaya deja la épica por la lírica.
11. Montevideo, Nueva Troya, en su resistencia al tirano Rozas.
12. La Atenas del Plata forjada en la colaboración de la libertad argentina y uruguaya.

13. El Uruguay soberano conserva y acrecienta la jerarquía adquirida con la colaboración argentina.
14. Un sentido rioplatense en la cultura uruguaya y una nueva emulación ante Buenos Aires.
15. Consolidación de la paz interior uruguaya y culminación de la cultura nacional.
16. Evolución demográfica del Uruguay.
17. Posibilidad del "Edén charrúa".

LA República Oriental del Uruguay, aunque cuatro o cinco veces mayor que Suiza, Bélgica, Holanda o Dinamarca, es la más reducida de las naciones sudamericanas pero toda aprovechable por el hombre, una de las más pobladas relativamente a su extensión, y de las más civilizadas y prósperas.

Está situada a la margen oriental del Río Uruguay en la mayor parte de su curso, y de la desembocadura del Río de la Plata en el Atlántico, sobre un escudo arcaico de formación cristalina ondulada, entre los inmensos territorios de la República Argentina y de los Estados Unidos del Brasil.

Tiene amplia costa marina y fluvial, suelo rocoso, flora y fauna no muy variadas, y clima benigno, aunque la ribera soporta los fuertes vientos del Sur.

Su extensión sin grandes montañas, selvas ni desiertos, es de casi 187.000 kilómetros cuadrados, y la población se calcula en 2.225.000 habitantes, blancos en su mayoría, con algunos mestizos de indígenas y europeos, y cierta cantidad de negros y de morochos que persisten por la vecindad brasileña.

Decir que el Uruguay es cuarenta y cinco veces menor que el Brasil, no significa nada, porque habría que descontarle al poderoso vecino la vasta selva amazónica infranqueable y la zona tórrida de ardua habitación. Pero tampoco tiene sentido decir que la densidad de la población uruguaya es dos o tres veces mayor que la argentina, porque muy cerca de la mitad de los habitantes del Uruguay están agrupados en Montevideo, ciudad capital, y el solo distrito federal argentino de Buenos Aires cuenta prácti-

camente con no menos de cuatro millones de almas, que corresponden a su área y alrededores provinciales unidos a ella.

Como siempre, las cifras por sí mismas son mudas o engañosas. En términos intuitivos y relativos, puede decirse que el Uruguay es una pequeña gran república sudamericana, con una capital desproporcionada como les ocurre a casi todas, con el menor promedio de analfabetos después de la Argentina, con buenos establecimientos de enseñanza media y superior, con un intenso cultivo de las letras y de las bellas artes, con una sanidad natural aceptable que sólo se resiente por algunos descuidos higiénicos, por la desnutrición infantil, el alcoholismo y la tuberculosis, y con una historia más estatal que nacional, lo que le ha impulsado las instituciones políticas y tiende a academizarle la cultura; y llegará a ser un pueblo rico, emancipado de la economía argentina de que hoy depende, si fecunda y trabaja el suelo en mayor escala que ahora y somete a sus terratenientes y ganaderos feudales, sin estorbar la iniciativa privada, aun necesaria donde hay tanto por hacer y tanto sitio, en consecuencia, para la aventura.

1. Descubrimiento del Río de la Plata y fundación de Buenos Aires y de Montevideo.

COMO estado independiente, data el Uruguay del 18 de Julio de 1830, fecha en que juró su constitución soberana, después de haber dependido sucesivamente de la Gobernación de Buenos Aires y del imperio del Brasil. Pero su historia se remonta por lo menos a 1624, año de la fundación de Santo Domingo de Soriano sobre el Río Negro, la primera de sus poblaciones persistentes, y sin duda puede retroceder al mismo descubrimiento del Río de la Plata, en 1516; si no fué antes. Eso, sin internarse en su misterioso tramo indígena, que la aleja en los tiempos.

De los naturales que habitaban la tierra a comienzos del siglo xvi, los charrúas eran al parecer los más numerosos y los más prepotentes, y tan poco dados al trabajo como el resto, "gente muy crecida y animosa, / empero sin

labranza y sementera", dice un testigo. De los charrúas principalmente se consideran herederos los uruguayos, sobre todo a causa de su famosa belicosidad, que no es precisamente independencia, pues se mantienen muy afectos a las tradiciones partidarias y al caudillismo.

Aquellos charrúas mataron a flechazos a Juan Díaz de Solís, descubridor del Río de la Plata, y a unos pocos compañeros que desembarcaron con él en la cercanía de la actual Ciudad de Carmelo. Ocurría eso en 1516. Once años más tarde, el explorador Sebastián Gaboto fundaba algo más adentro el Fuerte de San Salvador, que los charrúas destruirían en seguida.

Es lo que refiere la historia. Pudiera ser que anduviesen mezclados con los naturales los portugueses, que desde el primer momento le discutieron a España el derecho de posesión de la banda oriental del Plata y que siempre tuvieron más adictos que los españoles a los indígenas. También habla la historia de la antropofagia de los charrúas, pero la afirmación, dudosa en general, debe cargarse en este caso a cuenta de las patrañas del cronista italiano Pedro Mártir de Anglería sobre el descubrimiento de América.

En 1536 irrumpió en el Plata una nueva expedición española dispuesta a crear en la región un asiento estable; y aunque entró, como es natural (por la mayor profundidad de las aguas) navegando sobre la costa oriental y la reconoció hasta la Isla de San Gabriel, frente a la futura Colonia, y aunque los célebres charrúas, en número de dos mil, según testimonio del expedicionario Schmidel, hubieron al ver a los forasteros, la expedición optó por cruzar el estuario y fondear en la otra ribera, donde plantó a Buenos Aires. ¿No estaban entonces tan airados los indios, o los habían descuidado un momento los portugueses?

Casi dos siglos transcurrieron antes de que España, después de otra tentativa frustrada de asiento en la costa oriental, y de la fundación de Soriano, y mientras las ciudades surgían del otro lado del Plata, se decidiese formalmente a poblar el futuro Uruguay, creando la ciudad y fortaleza de Montevideo. Pero hacía cincuenta y seis

años que los portugueses habían construido río arriba, frente a Buenos Aires, la Colonia del Sacramento, y vivían tranquilamente en ella, sin roces con los charrúas; y aun de la ensenada sobre la que se fijó Montevideo, los españoles tuvieron que ahuyentar a una fuerza portuguesa establecida.

2. Disputa de España y Portugal (luego de la Argentina y el Brasil) por la posesión de la Banda Oriental del Uruguay.

¿QUÉ derecho tenía Portugal para pretender la posesión del territorio uruguayo? Según España, ninguno: no habría más que una tramoya interesada de la corte portuguesa y de sus diplomáticos, navegantes y cartógrafos, en la interpretación del tratado de Tordesillas, por el que Portugal y España se repartieron el dominio del Nuevo mundo. Pero Portugal, aparte de ese convenio bien o mal interpretado, adujo siempre un descubrimiento propio del Río de la Plata anterior al español. La geografía, por otro lado, parecía abonar sus pretensiones, pues basta dar un vistazo al mapa para reconocer que el territorio en litigio forma parte del Brasil, lo que se confirma geológicamente. Y si todo eso no configuraba derecho alguno, es posible que a Portugal le asistiese la razón humana de una expansión hacia las tierras tibias del Sur, en fuga de la zona tórrida, entonces inhabitable.

De todas maneras, pasados por alto derechos y razones, lo cierto es que los portugueses se internaron en el Uruguay mucho más profunda y regularmente de lo que consignan las historias uruguayas y argentinas, y que, excepto al aliarse a España para combatir a los indios de las misiones jesuíticas, casi siempre anduvieron por tierra uruguaya con el consentimiento de los naturales, tan hostiles en cambio a los españoles. Los lusobrasileños luego, y por último los brasileños, continuaron la conducta de los peninsulares, repudiados finalmente por los uruguayos en la aspiración a un dominio permanente, pero más consentidos en una convivencia pacífica de lo que sospechan los historiadores argentinos.

Aparentemente, España descuidaba la banda oriental, y lo mismo se le imputaría después a Buenos Aires capital del virreinato rioplatense, durante la "colonía", y cabeza de las Provincias Unidas en la emancipación. El territorio uruguayo no fué más que "la vaquería de Buenos Aires" dicen algunos historiadores orientales. Puede ser que la apreciación no sea exacta. España, además de tener de pronto la corte emparentada con la portuguesa, parece no haber experimentado frente a las pretensiones de Portugal sobre la banda de Oriente, otra convicción que la de la necesidad; y como esa era también, en el fondo, la única convicción del rival, chocaban irrazonablemente o se avenían por conveniencias, aunque arguyesen derechos.

En efecto: ¿qué pretendía Portugal? Ocupar el territorio uruguayo, pero sobre todo establecerse en el Plata, a la entrada del Continente, camino de Chile y de los Reinos de Arriba. La Colonia, dice Larrañaga, fué "depósito del gran comercio clandestino que por muchos años hicieron los portugueses con Buenos Aires, y de consiguiente, depósito de mucha parte de las riquezas del Perú". En cuanto a España, sobrándole por allí tierras más benignas y más feraces, lo que pretendía era la posesión absoluta de la puerta valiosa. Por eso la cuestión real no estaba en poder pasearse o afincarse en la tierra en disputa, sino en apostar cañones a la boca del estratégico estuario. Y por eso España no reaccionó con energía hasta que vió a los émulos anclados en la bahía del Cerro, dispuestos a dominar la entrada apetecida.

La situación se repetiría al quedar Río de Janeiro y Buenos Aires como herederos de las posesiones y de los problemas sudamericanos de Lisboa y de Madrid; y la zanjaría con la creación del estado oriental independiente, un tercero más poderoso y más interesado en impedir que otro se adueñase totalmente del Plata, entrada de los ríos Uruguay y Paraná y de los emporios Argentina, Paraguay, Bolivia, Chile, Perú...

Son hechos que deben tenerse muy presentes si se quiere entender al Uruguay.

3. España se asienta en Montevideo, pero Portugal retiene la Colonia y permanece con un pie en el interior del país.

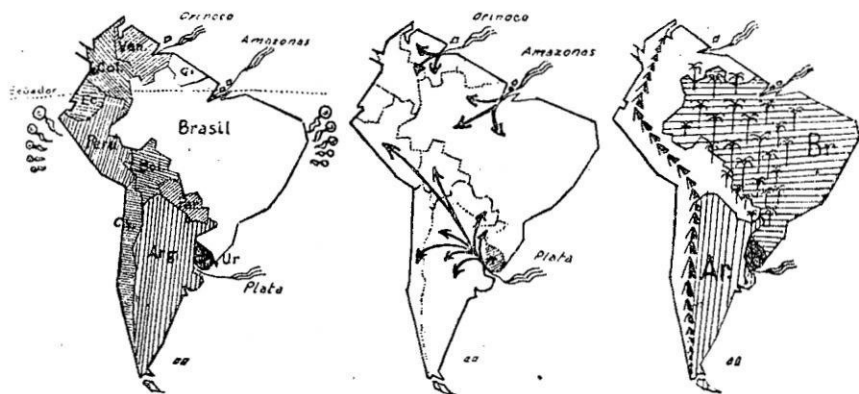
QUEDÓ pues fundada Montevideo en 1726. La fundó el gobernador de Buenos Aires, por orden de la metrópoli. Fué una plaza de armas; pero había que poblarla y cultivar o pastorear el ejido; y como la empresa era arriesgada, por ser tierra en pleito, con los portugueses y la indiada en contra, se benefició especialmente con tierras, prebendas y honores a las primeras familias bonaerenses, en seguida canarias y gallegas, que fueron a aposentarse.

Buenos Aires, en tanto, crecía rápidamente, y aceleró el ritmo al emanciparse del Virreinato del Perú y al constituirse a su vez en cabecera del Virreinato del Río de la Plata, creado por Madrid para darle a la capital rioplatense mayor autonomía en la lucha contra las ambiciones portuguesas.

Montevideo era la ciudadela avanzada en esa lucha, pero no podía ser más: el poderío efectivo de España en el Plata estaba del otro lado, por la protección natural de los ríos Uruguay y Paraná (que para Montevideo eran una incomunicación y un estorbo a la espalda), por la extensión territorial, por la comunicación marítima y terrestre de ese territorio, por su variedad y fecundidad, y por las poblaciones europeas, criollas e indígenas o mestizas que ya lo jalonaban en relativa paz y en trabajo productivo. Por si acaso, Buenos Aires había rendido prueba de suficiencia al arrebatarles de propia iniciativa a los portugueses la Colonia, aunque tuvo que devolvérsela de orden de la metrópoli.

España atendía pues en Montevideo al mantenimiento de una guarnición militar más que a otra cosa; y conforme Buenos Aires empezó a mostrarse discol, con veleidades criollistas, Madrid reforzó políticamente a la ciudad oriental, dándole gobierno civil propio. Las familias pudientes tenían en la campaña oriental las tierras y los ganados y en la ciudad amurallada la barraca acopiadora, pero la casa señorial, en la otra banda, donde residían también las superiores instituciones burocráticas, religiosas, sociales y de cultura.

Lo que no debe perderse de vista es que el portugués o el lusobrasileño seguía incursionando por la tierra oriental, si no siempre en tren bélico, en misión de contrabando o de tráfico más o menos legítimo; de suerte que, aunque Montevideo irradiase españolidad y argentinismo o, más bien, porteñismo, el resto del país experimentaba la influencia portuguesa y brasileña, y bajo esa influencia, tanto como bajo la montevideana, iba poblándose y acostumbrándose.



Los mamelucos paulistas parecen haber descollado en las incursiones brasileñas; y de aquellos elementos incontrolados, constituidos por indios, europeos y negros, en contacto con los indígenas orientales, pudo haber descendido el "gauderio" o el "matrero", según otros el "gaucho", que el Uruguay estima propio.

En las postrimerías del siglo XVIII, el Virrey Melo debió aventurarse hasta la proximidad del Río Yaguarón hoy fronterizo y fundar *in pártibus infidelius*, o sea en pleno dominio de hecho de los brasileños, la ciudad que lleva su nombre. Y poco después, el gobierno montevideano le encomendó al oficial de blandengues José Gervasio Artigas, hijo de una rica familia acopiadora de frutos del país, la ardua tarea de perseguir a todo aquel matreraje contrabandista, en el que por ahí individualizó a un tal Martín Fierro.

4. Algunas huellas de la influencia brasileña en el Uruguay.

LA huella cultural que aquella convivencia con portugueses y brasileños pudo dejar en el Uruguay, está por rastrear todavía. Un indicio de ella (después de la iniciativa de la Casa de Comedias, debida a un lusitano) lo es, sin duda, la versificación portuguesa en que por vía humorística y a veces seria suele incurrir Francisco Acuña de Figueroa, poeta típicamente uruguayo del final de la "colonía" y de comienzos de la emancipación, al extremo de perdonársele el realismo inicial y el brasileñismo posterior, y consagrarse en la historia del país como autor de la canción patria. Otro indicio lo es, posiblemente, el gauchismo poético, que madura en el Uruguay, con Bartolomé Hidalgo, antes que en Buenos Aires. La primera novela uruguaya — CARAMURÚ de Alejandro Magariños Cervantes — si bien enderezada contra la invasión brasileña, tiene por protagonista y liberador oriental a un pariente del enemigo, que además lleva un apodo brasileño, y podría ser un indicio más. El CELIAR del mismo Magariños Cervantes, primer poema de la tierra oriental y antecedente del TABARÉ de Zorrilla de San Martín (omitido ahora el drama de Bermúdez EL CHARRÚA), le fué sugerido al autor en Río de Janeiro por un relato nativo. Más tarde, el historiador de la literatura uruguaya Carlos Roxlo, le hallará modelos brasileños al primer gran novelista compatriota, Eduardo Acevedo Díaz, por más que personalmente este autor sea más bien argentinista.

Seguramente el *folklore* uruguayo registra también la huella nortera, como se insinúa en el hermoso libro de memorias infantiles de José María Delgado DOCE AÑOS, que se ubica en el Salto, cerca de las Misiones. Y pensando en las Misiones, no se puede olvidar que Horacio Quiroga, natural del Salto, emigró a la Argentina, pero allí pareció querer recuperar con su extrañamiento en la selva un Uruguay teñido por el Brasil, al menos por el Brasil surero y selvático. Los principales intelectuales uruguayos de fines del siglo último y comienzos del actual — exceptuados quizás en absoluto Juan Carlos Gómez y José Enrique Rodó, francamente argentinistas — muestran ma-

yor conocimiento y afición por la cultura brasileña que los de cualquier otro pueblo americano; y acaso tengan mucho que ver con el Brasil, por ejemplo, las ternuras castas de Zorrilla de San Martín, las ternuras carnales de Delmira Agustini o de Juana de Ibarbouro, y el gauchismo jactancioso y bandeirante de Sánchez, de Herrera, de Viana, de Muniz.

El progresismo doctrinario y frío de la política colorada, y batllista en particular, pareciera tener concomitancias con el famoso movimiento positivista brasileño del Ochocientos, que a través del Uruguay llegó a la provincia argentina de Entre Ríos, deteniéndose a orillas del Paraná, pues el positivismo bonaerense del 80 proviene directamente de Francia. En fin, cierto incuestionable matiz moreno de la cultura y aun de la sociedad orientales — peringundín con el nombre de color, candombe persistente, carnaval orgiástico, tanguismo más ennegrecido que compadre, algún desgarro en las costumbres sexuales — podría ser resabio lusobrasileño, aunque, por buscar ejemplos en la actualidad, nos hemos distanciado del primitivo contacto uruguayo-brasileño en que estábamos y al que volvemos.

5. La cultura uruguaya durante su dependencia de Buenos Aires.

LAS instituciones de cultura que Montevideo poseía a fines del "colonaje" eran la escuela de primeras letras de los franciscanos y el teatro. Pero en Buenos Aires, Córdoba y Charcas, dentro del virreinato común, había colegios y universidades en que se educaban los hijos de algunas familias pudientes montevidéanas, y la ciudad recibía directamente, con los soldados, los funcionarios, los contrabandistas y las mercancías de Europa, auras culturales y de pronto algún espécimen de poeta español más o menos a la deriva. La breve ocupación inglesa en 1807 inició la prensa periódica uruguaya con la edición bilingüe de "The Southern Star".

Un poeta finisecular, José Prego de Oliver, y los criollos Juan Francisco Martínez, Manuel Pérez Castellano y Dámaso Antonio Larrañaga, fueron los primeros escrito-

res considerables del Uruguay. Los cuatro son del corte clasicista de la época. Pero Prego de Oliver, buen versificador, que canta con fervor hispano la reconquista de Buenos Aires, mecha en una obra humorística términos y giros criollos, acaso los primeros de la literatura rioplatense; el Presbítero Martínez, autor de *LA LEALTAD MÁS ACENDRADA* Y *BUENOS AIRES VENGADA*, en verso, aun cuando habla en el lenguaje de la mitología grecorromana y celebra exclusivamente a los soldados españoles vencedores, pone notable acento vernáculo en la invocación a la patria e inaugura con su aparatosa fábula escénica el teatro rioplatense, puesto que el *SIRIPO* problemático de Labardén no se representó; y los prosistas Pérez Castellano y Larrañaga son doctrinarios políticos locales que influyen decisivamente en la formación de la nacionalidad.

Larrañaga, presbítero asimismo, educado en Buenos Aires, en Córdoba y en el Janeiro, incorporado a la afición naturalista que Azara había sembrado por aquellas comarcas, adicto a Linneo pero admirador de Lamarck, corresponsal de Bonpland, Humboldt, Cuvier, que lo cita en sus escritos, compone entre otras obras útiles un cuantioso *DIARIO DE HISTORIA NATURAL*, aun inexplorado debidamente.

Y surge como un milagro Francisco Acuña de Figueroa, poeta que en una estimación abstracta no contaría entre muchos, pero que en su época y en su medio es un prodigio casi inexplicable de erudición, de aplicación literaria, de gama poética, de versación atrayente. Fué clasicista con involuntarios despuntes románticos, didáctico y lírico, elegíaco y humorista, traductor del latín y satírico procaz, amenizador de saraos y cronista puntual de la ciudad sitiada, y finalmente épico autor de dos himnos nacionales, uno de ellos el que los uruguayos cantan desde niños con el arrobo y la incitación de los arrorrós y de las dianas: "¡Orientales, la Patria o la tumba!"...

¿Pudo brotar de la nada Acuña de Figueroa? Los latines se los transmitió en Buenos Aires la Iglesia católica, vehículo pagano menos fiel que el arabismo ibérico, pero de mayor eficiencia; el clasicismo y el humorismo grosolano los traían a América con la decadencia española

los funcionarios borbónicos; y la versación amena era propia del enciclopedismo francés que sahumaba la atmósfera de la cultura occidental. Pero aun le quedan a Acuña de Figueroa cierta moralidad rebelde, cierta santidad insobornable y cierta popularidad naturalista y chispeante que sin duda heredó de una España popular, ética, exaltada, persistente a través de la declinación, sobre todo en América, "refugio de tristes", según Cervantes, es decir, reserva de la tierra. De otro modo no se explican algunas personalidades de primer orden, vigorosas y alquitarradas a la vez, fruto de naturaleza y de cultura, de la emancipación, como Miranda, Espejo, Rodríguez, Bolívar, Bello, Moreno, Belgrano, Paz, Montenegro, Rivadavia, Larrañaga, por no hablar de San Martín supremo, más hecho en España, aunque con el mismo sentido naturalista y primoroso.

6. Encabezamiento adecuado para la historia de la literatura uruguaya independiente.

PERO una reseña de la literatura uruguaya debe acoger de una vez, determinada obra literaria hasta ahora eludida sistemáticamente por los tratadistas y sin embargo tan significativa como cualquier otra. Me refiero a las constancias conservadas de escritos, de discursos, de simples frases de hombres representativos en la gesta nacional, por más que no tuvieran nada de literatos ni pretensión literaria.

Por haberle atribuido la historia la más pura encarnación nacional, podemos elegir para el caso a José Gervasio Artigas, que además ofrece la conveniencia de escribir o hablar por propia inspiración, en el contenido y en la forma, tanto como por inspiración de los mejores uruguayos del momento, que lo secundaron, y podría decirse de todo su pueblo. Mensajes, decretos, cartas, consignas, ordinarias conversaciones del Jefe de los Orientales son en tal sentido aprovechables, y es de esperar que se estudien algún día. Nos hemos habituado a todo eso como a un trámite político o militar y nos deja indiferentes en una apatía literaria. Es un error, seguramente una petu-

lancia profesional. Se trata, por supuesto, de actos políticos o militares ante todo; pero, así como había una estrategia en la guerra y una diplomacia en la política, se guardaba un estilo de secretaria, a veces calculado, a veces espontáneo, siempre discernible.

Cuando Larrañaga, por orden de Artigas, inaugura la Biblioteca Pública de Montevideo, el mismo jefe da el santo y seña del día para el cuartel general: "Sean los orientales tan ilustrados como valientes", consigna que por la lección superior y por la forma popular y austera, debería encabezar toda historia literaria uruguaya.

7. El repliegue del Uruguay hacia sí mismo y su ambición de una épica nacional.

EN seguida del contagio brasileño que venimos notando, debe subrayarse en el Uruguay un sentido localista precoz, ampliamente motivado.

Ante todo, ese mismo contacto permanente con el Norte les daba a los orientales la noción de una variante frente a los argentinos de Occidente: no eran lusobrasileños, pero tampoco exactamente argentinos, mucho menos paraguayos, retraídos del Plata desde temprano. Luego, la notoria condición de intermediarios entre dos conjuntos nacionales diversos y hasta en choque y cada vez más poderosos, los replegaba hacia sí mismos. Y la forzosa absorción bonaerense (tan forzosa como la de Lima sobre Buenos Aires, cuando la ciudad rioplatense le estuvo subordinada) provocaba lógicos celos locales.

Vendrá la lucha por la liberación, sobrevendrá la independencia, y la necesidad del repliegue íntimo uruguayo no hará más que acentuarse, porque cada día será más pujante la conciencia de la regionalidad, y cada día mayor la presión periférica de los vecinos en ascenso, aunque un armisticio conveniente suspenda el choque de las ambiciones opuestas.

El natural imperio de Buenos Aires, ciudad de la llanura, civilización expansiva, seguirá ejerciéndose sobre el Uruguay por conducto económico, que conllevará un imperio social y cultural, particularmente a lo largo de la

costa, en compensación del influjo brasileño de la misma índole producido por el Norte. Pero el Uruguay defenderá con celo las prerrogativas de su soberanía política, primero con sus instituciones liberales, luego con apoyos exteriores. Y ese celo soberano no dejará de reflejarse en su cultura, aun en la más argentinizada, como el teatro, por tener en Buenos Aires el medio más propicio de cultivo.

Es resultado del localismo oriental la temprana ambición de un poema épico-lírico consagratorio de la nacionalidad estética, que, después del drama *EL CHARRÚA* de Pedro P. Bermúdez, esbozaría el *CELIAR* de Magariños Cervantes, y el *TABARÉ* de Zorrilla de San Martín habría de cumplir.

8. El españolismo montevidеоano es distinto del bonaerense.

TAMBIÉN debe notarse en el carácter uruguayo un españolismo distinto del bonaerense y del argentino en general.

El necesario repliegue del Uruguay hacia sí mismo, se defendía con la ajena rivalidad que lo motivaba; pero no siempre era una defensa segura: así que los orientales, además de tener una formación reciente y por ende borbónica y burocrática, se acogían a la España oficial con mayor afición que Buenos Aires, muy anterior, labriego y acriollado.

Los respectivos edificios de los cabildos de Buenos Aires y de Montevideo espejan modalidades respectivas: el porteño, una vieja casa rústica española de ladrillo, argamasa y jalbegue, con recova, solana y mirador hecho torre; el montevidеоano, un palacio madrileño carolino, de piedra sin blanqueo, portal desalerado y balcones en parte individuales. Tira el porteño a casa de campo, y el montevidеоano a casa señorial. La palabra *palacio* se usa todavía hoy en Montevideo más que en Buenos Aires, donde prevalecen *casa* o *edificio*.

Pronto prendieron en Buenos Aires las inquietudes criollas de Miranda, exageradas hasta solicitar la ayuda inglesa para la emancipación. En Montevideo y en todo

el Uruguay no hubo una sola persona, criolla ni europea, que se complicase en tales gestiones ni manifestase rebel-días antiespañolas. Todavía medio siglo más tarde, el his-toriador Bauzá será muy severo al juzgar al precursor Mi-randa.

Invadieron y conquistaron a Buenos Aires en 1806 los ingleses. Tenía la capital virreinal unos 40.000 habitan-tes, algunas armas y sobre todo un historial bélico que le acreditaba mayor valía: había sometido a los indígenas numerosos, había repelido agresiones corsarias, había re-conquistado las Malvinas, les había arrebatado a los por-tugueses la Colonia del Sacramento, en la costa oriental; las acciones guerreras más considerables del Nuevo mun-do se habían desarrollado en el Plata y habían estado a cargo de Buenos Aires, ciudad de "pastores enriquecidos" decía el señorío salteño y del Alto Perú. ¿Cómo era que ni resistencia en serio había opuesto al invasor inglés?

Al contrario: recibió con palmas a los forasteros, que entraron por la calle principal ovacionados desde los bal-cones por damas y caballeros, y se instalaron en el Fuer-te entre cortesías del vecindario conspicuo. Y era que los propios criollos habían gestionado la empresa, no como Inglaterra la acometió solapadamente, pero sí con la ilu-sión de que aportaría a las "colonias" el ansiado comercio libre y acaso cierta independencia política no bien defini-da aún. Ya el historiador español Torrente acoge el ru-mor de la inteligencia anglo-criolla, y no lo niega el uru-guayo Magariños Cervantes.

Montevideo, española "empecinada" (el mote cundió para los peninsulares en la ciudad oriental) no estaba en la trama. Se conmovió pues con el fracaso porteño y em-ppezó a alistar por su cuenta, sin esperar órdenes superio-res, procediendo a estilo de capital y en sustitución del vi-rrey fugitivo, una fuerza militar reconquistadora. Coinci-dieron estos preparativos con la pronta decepción de los criollos porteños que se habían prometido otra suerte de los ingleses, y con la de los otros criollos, los españoles y algún europeo de Buenos Aires que tampoco habían an-dado en los audaces trámites de la invasión. Entre todos, expulsaron de la capital a los invasores, luego de una jor-

nada sangrienta en que el pueblo porteño enfurecido atacó cuchillo en mano a los cañones británicos.

Montevideo, cuyos soldados habían nucleado la reconquista, se atribuyó los méritos de la acción. Por su parte, la metrópoli le concedió más honores que a la ciudad reconquistada. Eran evidentes la pugna hispano-criolla y el españolismo neto de la recuperación, aunque los criollos porteños, inadvertidos o decepcionados, hubiesen peleado finalmente como cualquiera.

Al año siguiente se reiteró más potente la invasión, y Montevideo no pudo repetir la proeza, porque fué ella la copada, mientras Buenos Aires, ya desilusionada del inglés, se defendió victoriosa y liberó con su triunfo a la ciudad subordinada. Pero en 1808, boyantes a pesar del primer fiasco los criollos porteños, que persistían en la línea de las inquietudes americanas, sufrieron la repulsión del españolismo montevidiano, desobediente a la cápital americanista en favor de España; y en 1810, rebelada Buenos Aires contra la metrópoli, Montevideo volvió a oponérsele, y se convirtió en el baluarte rioplatense de la reacción española, hasta que un brasileño y varios orientales levantaron por la campaña a los patriotas que acaudillaría Artigas, "rico propietario de la Banda Oriental", anota Magariños.

En realidad, no es que Montevideo fuese más española que Buenos Aires: lo era de otro modo. En Buenos Aires, con virreyes y oidores y alféreces reales, residía una España anterior al siglo xvii, popular y paisana; en Montevideo prevalecía la España borbónica y burocrática reciente, con el contagio portugués que le daba otro tono, aunque la empujase hacia la metrópoli, y con la inmigración canaria, que sólo era formalmente española. Podría decirse: en Montevideo había más oficialismo español, en Buenos Aires más sustancia hispana. La Revolución de Mayo tuvo el énfasis de la francesa, que José Ingenieros señaló, pero también la vieja doctrina política española que Ricardo Levene despuntó en el estudio sobre Mariano Moreno, el revolucionario americano más español y más redondo.

9. Alternativas del forcejeo rioplatense
hasta la emancipación uruguaya.

AL levantamiento de los patriotas de Artigas, en 1811, el Uruguay y Buenos Aires coincidieron plenamente un tiempo. Entonces apareció en la banda oriental, con Bartolomé Hidalgo, un nuevo género de poesía criolla, el que había de denominarse gauchesco, fruto de la comunión del hombre de cultura con el hombre de la tierra, como lo era la misma Revolución de Mayo, sobre todo en la versión uruguaya y artiguista. Los diálogos y cielitos de Hidalgo son una aparente concesión dialectal de la urbanidad a la campechanía; pero en verdad constituyen un producto genuino y maduro, una literatura española con color local, o criolla con dejos españoles, capaz de las mayores hazañas idiomáticas, como lo demostraría después la insigne creación de MARTÍN FIERRO.

Pero no duró la coincidencia porteño-uruguaya: Buenos Aires, obediente a su sino imperial (que ella desnaturaliza con afanes de absorción) y con la enorme responsabilidad rioplatense y americana de la revolución liberadora, tendía al predominio en torno, y el Uruguay, diferenciado e intermediario con el Brasil, y más atenido a lo suyo que a lo ajeno, debía rehuir la férula. Artigas lo había plegado a la causa argentina antihispánica, y Artigas lo zafaría de la sumisión porteña.

Se declaró entre Buenos Aires y Montevideo la pugna latente desde los albores de la ciudad oriental. Lo mismo ocurrió entre Buenos Aires y el Paraguay, también en colisión desde el nacimiento de la capital guaraní, con la diversidad que la selva le imponía a la jurisdicción asuncense.

El Paraguay, luego de haber arrasado en vano a Buenos Aires y de haber sido desplazado por ella rediviva, se aisló tierra adentro y fué de hecho una nación independiente en la medida en que el aislamiento se lo permitía y se lo permite. El Uruguay no podía correr igual suerte: conforme Buenos Aires, repelida en él y exigida por la resistencia española en Chile y en el Alto Perú, lo abandonó a su arbitrio, cayó en poder del lusobrasileño en acecho, eliminándose de la lucha Artigas.

La independencia brasileña de Portugal, en 1822, y la derrota final de España en Ayacucho, en 1824, permitieron a unos cuantos patriotas orientales refugiados en Buenos Aires emprender la recuperación del terruño. Es lo que se llama la Cruzada de los 33. Su acción arrojada la completó con los orientales, en 1827, la Argentina emancipada y emancipadora, de retorno en el pago, y tuvo que reconocerla en 1828 el Brasil.

La Cruzada de los 33, logrados los primeros éxitos, proclamó al Uruguay, en la asamblea de 1825 en la Florida, reincorporado a las Provincias Unidas que quedaban del grandioso virreinato rioplatense como premio a sus trajes emancipadores, es decir, sin el Paraguay, escindido, y sin la zona del Alto Perú retaceada por Bolívar para la creación de Bolivia en otro aislamiento sin posibilidades de soberanía plena. Pero a pesar de la inmediata y decisiva intervención argentina en la guerra, los viejos factores de separación entre ambas bandas del Plata habían seguido actuando y habían surgido otros no menos influyentes, el primero la independencia brasileña, que sin consentir la ocupación total de la zona rioplatense por la Argentina, no pretendía de momento compartirla, y el segundo la intervención inglesa, interesada en liberar esa puerta continental.

La Argentina y el Brasil pues, con el aval británico, debieron aceptar la soberanía nacional uruguaya, aunque con la retención brasileña, ratificada más adelante, de Río Grande del Sur y de las Misiones orientales; y esa soberanía fué la consagrada por los uruguayos el 18 de Julio de 1830, en la jura de la constitución de la República Oriental del Uruguay, que no resultó del Plata también por íntimo influjo del Brasil, nunca renunciante a las arenas del estuario: se apellidaba Gádea el constituyente que propuso el nombre.

Dijo el General Juan Antonio Lavalleja, jefe de los 33: "Si la guerra no ha podido terminarse sino retirando a la Banda Oriental de la República Argentina, constituyéndola en Estado independiente, ella sabrá dirigirse al destino que se le prepara, sin olvidar los sagrados lazos con que la Naturaleza la ha identificado a las provincias her-

manas, ni podrá desconocer jamás los nobles y grandes sacrificios que han prodigado para libertarla de la dominación extranjera hasta constituirla en un Estado independiente".

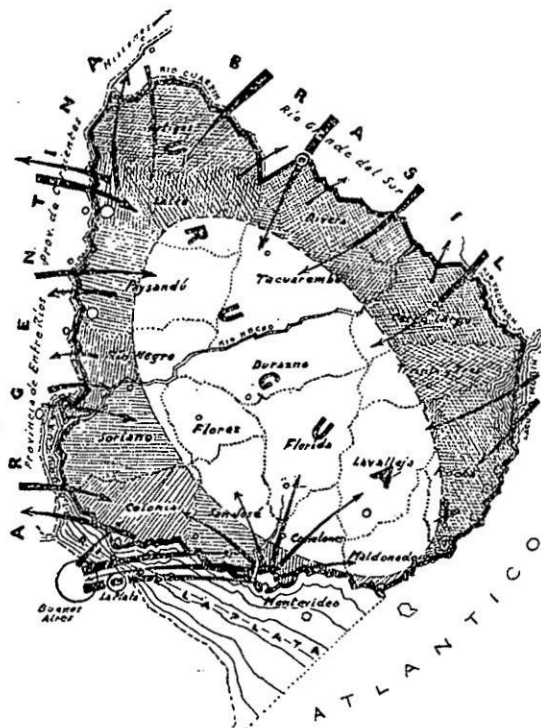
De muy distinto modo juzga aquel acontecimiento otro gran patriota uruguayo, Juan Carlos Gómez, cuyo nombre lleva una de las calles centrales de Montevideo: "Después del acta de soberanía popular de la Constituyente de la Florida, último acto de soberanía de los Orientales, por la cual el pueblo Oriental se declaró parte integrante de la República de las Provincias Unidas, vino el tratado preliminar de paz entre Don Pedro I de Braganza y el Gobernador Dorrego de Buenos Aires, quienes sin consultarnos, sin importarse de nuestra soberanía, reduciéndonos al rol de ilotas, sin derechos y sin voluntades, nos expulsaron de la República, y nos dictaron una constitución, tratándonos como a pupilos inhábiles, incapaces, sin criterio ni juicio para consentir su gobierno propio".

10. Al vislumbrar la paz (que no llega) la literatura uruguaya deja la épica por la lírica.

DOCE años había durado la ocupación lusobrasileña. Los invasores, especialmente los brasileños, se esforzaron por conquistar la voluntad de la población, ante todo la de los ciudadanos distinguidos; con esas miras, fueron blandos en su dominio, discernieron honores a los jefes civiles y militares, emparentaron localmente en algunos casos, y deslumbraron con el boato y la cortesía de su ceremonial. Aunque el Uruguay es hoy una de las pòquísimas naciones del mundo que no otorgan condecoraciones, la propensión que muestra al uso de los títulos académicos, mayor que la argentina, talvez es un rezago imperial brasileño tanto como hispanoborbónico. Ante la profusión de apellidos portugueses en el país, la abundancia del ateizado, la pertinacia del negro y la amplitud de la faja fronteriza bilingüe, no puede dudarse de los efectos duraderos de la ocupación. El general olvido en que la nación dejó caer la ruda gesta artiguista, aun con la presencia actuante de los principales lugartenientes de Artigas y con

el propio Artigas vivo en el Paraguay, parece haber sido otro efecto de una afición cortesana imbuída por los imperiales.

Lo que no revela haberse dejado impregnar de igual manera es la cultura superior. Río de Janeiro era más académico y clasicista que Buenos Aires, y cuanto podía hacer e hizo en el Uruguay era afirmar el clasicismo y el academismo "coloniales" en la agonía, es decir, remachar por poco tiempo una cultura decadente, y relegar o decorar la corriente americana o criollista que en Buenos Aires, al contrario, cobraba ímpetu, instigada además por el romanticismo europeo, menos favorecido en el Brasil.



El Acuña de Figueroa antirromántico a pesar de sus delicuescencias y realismos, es de esa época, y en esa época se incubaba la transición románticoclasicista (dieciochesca en el fondo) con atisbos emancipadores, del segundo y

último literato profesional característico del Uruguay hasta la aparición de los creadores, Alejandro Magariños Cervantes, autor de CARAMURÚ y de CELIAR.

Hidalgo está entonces tan olvidado como Artigas. Lo reemplazan Francisco y Manuel Araújo, de los tiempos artiguistas, pero de la cuerda neoclásica española en declinación, como Carlos G. Villademoros y algún otro anónimo cuyos rastros adocenados permanecen en archivados manuscritos.

En general, aquellos poetas cantan la Cruzada liberadora, hasta la independencia, en pomposos endecasílabos que preludian, lo mismo que por el tema, LA LEYENDA PATRIA de Zorrilla de San Martín. Uno, Villademoros, lo hace en forma teatral, con la comedia LOS TREINTA Y TRES, tan ingenua como la alegoría escénica del Presbítero Martínez en honor de la reconquista de Buenos Aires, pero con fuerte sentido dramático y con un recio diálogo entre Lavalleja y el Coronel oriental Laguna (es decir Rivera, aunque Laguna sea real también), modelo de patriota oportunista.

Cabría decir que los poetas, tanto los europeístas como el criollo Hidalgo, se habían sentido hasta el momento funcionarios públicos ante todo, fuese para celebrar las glorias nacionales uruguayas y argentinas (estas últimas generalmente como propias también), para combatir o escarnecer al enemigo, o para aleccionar a la población. Sin embargo, la ilusión de la paz en la soberanía nacional induce ahora a algunos a ensayar otros temas poéticos, de preferencia los amorosos, aunque siempre en los moldes clasicistas. Villademoros ya pide la lira para

Nada de guerra,
De sabios menos;
De Amor tan sólo,
De Amor cantemos.

Es curioso que aparezca entonces una poetisa, Doña Petrona Rosende, desafortunada en las poesías serias, pero chispeante en la sátira social, a veces con la misma gracia y siempre con mayor decoro que Acuña de Figueroa, cuyo clasicismo comparte, por lo demás.

11. **Montevideo, Nueva Troya en su resistencia al tirano Rozas.**

COMO era de presumir, las luchas internas por el predominio personal se sucedieron a la proclamación de la independencia.

Según el historiador oriental Francisco Bauzá, el personalismo es un natural achaque uruguayo. Ya de Artigas, no obstante su admiración por él, dice que "no estaba educado en esa escuela de la abnegación personal que desdén el brillo de los primeros puestos para servir a una causa"; y hablando en general afirma: "El Río de la Plata tuvo dos capitales: Buenos Aires era la capital política; Montevideo la capital militar. Con esto se fomentó el orgullo del valor personal, que tan ciegamente debía conducir por largos años a los uruguayos a locas empresas, creyendo que la valentía era el único y más agradable título de un pueblo. La importancia que antes había tenido el soldado por la naturaleza de su condición, fué envidiada de todos y llegó a sobrepujarse por algunos. En los primeros valientes se entreveía ya el tipo de los primeros caudillos que tan horriblemente debían destrozar al país, seguidos por una turba de admiradores que moría sin saber a quién era útil su sacrificio".

Bastantes años más tarde, Zorrilla de San Martín vendría a afirmar lo mismo, pero con sentido diametralmente opuesto, al empeñarse en la exaltación del individualismo de Artigas, deprimiendo por contraste la Revolución de Mayo porteña que no tuvo su "héroe".

La lucha contra los imperiales agravó el caudillismo. Tres eran los cabecillas preponderantes al lograr la emancipación: Lavalleja, Rivera y Oribe. El primero, de antecedentes patrióticos tan limpios, si no eliminado quedó desplazado pronto, para sobrevivirse en un puesto de segundón sin éxito al servicio del tirano bonaerense Rozas. Los otros dos se esforzaron por colaborar en paz, pero no podían tolerarse mutuamente y concluyeron por ser los más enconados enemigos: Oribe también al servicio de Rozas, si bien más destacado que el jefe de los 33; Rivera, dueño de Montevideo y rodeado por la inmigración polí-

tica argentina, en contra del déspota porteño, al que declaró la guerra que duraría de 1838 a 1851.

He aquí pues que el estado que surgía a la vida independiente después de veinte años de guerra o de ocupación, debía emprender luchas más arduas aún, con la población y el territorio partidos en dos, y con amenazas de sometimiento más atroces que nunca, porque lo menos que se proponía Rozas astuto, tenaz, pudiente era restablecer el antiguo virreinato, del Atlántico y el Plata a Puno. Pero en aquel riesgo máximo tuvo el Uruguay la máxima ventura, como si la dicha sólo pudiese llegarle enlutada.

En efecto: detenido súbitamente el progreso de Buenos Aires bajo la tiranía, lesionada su economía, lo mismo que la del resto del país argentino, a espaldas del mundo, desbaratada la organización social, demorada la cultura, emigrada a Chile y al Uruguay la población joven, instruida y liberal, dejó de ser el irresistible amo rioplatense, mientras Montevideo, en apariencia detenido también y hasta maltrecho, se beneficiaba con la inmigración porteña y europea de talentos, brazos y capitales, acrecentaba la industria y el comercio, aumentaba los vínculos con el mundo, y se afamaba lejanamente, con ecos legendarios, pagados en sangre y en una momentánea crisis.

En "pocos años — escribe Magariños Cervantes — se engrandeció tanto Montevideo, que superó a Buenos Aires en población, en cultura, en comercio, en industria, en riqueza, en inspiración política y literaria".

El calificativo de La Nueva Troya le fué aplicado por un notable escritor europeo y tuvo fortuna mundial; pero, una Troya sostenedora de una causa más justa que la frigia, y que en vez de sucumbir a topadas o a tretas, si no enriquecería en la patriada, se potenciaría y se instruiría para emprender definitivamente la vida soberana y próspera que venía siéndole tan esquiva. Por primera vez fué legítima rival de Buenos Aires, y no para sostener la reacción como en 1808 y en 1810, sino con la enseña de la libertad y del progreso que Buenos Aires había izado en aquellas otras ocasiones. Y si Buenos Aires había sido invicta fortaleza de la emancipación hispanoamericana, Mon-

tevideo lo fué de la organización republicana y civil del Nuevo mundo español.

12. *La Atenas del Plata forjada en la colaboración de la libertad argentina y uruguaya.*

POR lo que interesa a la cultura en general y a la literatura en particular, José Enrique Rodó definió con exactitud en el estudio sobre "Juan María Gutiérrez y su época" aquel culminante momento uruguayo:

"En los últimos tiempos del ensayo de organización republicana que empieza en Buenos Aires con el sosiego de 1821, la juvenil generación de que forma parte Juan María Gutiérrez henchía los claustros de la Universidad que acababa de erigir el genio civilizador de Rivadavia, sustituyendo en ella los moldes de la vieja enseñanza colonial. . . .

"Pero cuando llegó para ella la edad de la autonomía y de la acción, la escena había cambiado. La discordia civil había dado en tierra con los someros fundamentos de tanta construcción benéfica. Una emigración de estadistas y escritores mantenía consigo, fuera de la patria, el alma de la época de organización y de cultura. El aliento bárbaro de la Pampa soplaba vencedor sobre el desmayo de la ciudad que había sido vibrante taller de Rivadavia. . . .

"Una segunda emigración fué a unirse con la que mantenía fuera de la patria, hacía dos lustros, la gloria viva y la intelectualidad de generaciones anteriores.

"Montevideo fué el centro preferido de la nueva emigración, como lo había sido de aquella que la precedió en el camino del destierro. De 1838 a 1840 llegaron a este lado del Plata, Alberdi, Mármol, Tejedor, Mitre, Cantilo, Frías, Domínguez, Rivera Indarte. Poco después, en 1841, llegó también Echeverría que aquí permaneció hasta su muerte prematura, sin alcanzar a ver lucir para su patria los albores de la libertad. Juan María Gutiérrez, como uno de los más activos movedores del grupo juvenil, fué de los primeros en quienes se encarnizó la persecución. Luego de sufrir tres meses de cárcel, pena de que

participaron otros de los reos de igual delito, buscó el refugio de Montevideo, al promediar el año 1839. Nuestra pequeña y graciosa ciudad de aquellos tiempos convirtiéndose así en único escenario de la cultura argentina. . . .

"A la llegada de los primeros proscriptos, nuestra cultura propia daba escasas muestras de sí. Constituida la nacionalidad, el signo de su autonomía literaria se personificaba en Francisco Acuña de Figueroa, a quien se hubiera podido llamar, aun más que el poeta de la nueva República, el poeta de Montevideo. . . . Carlos Villademoros, Manuel y Francisco Araújo, entre otros que aun les son inferiores, buscaban inspirarse en los acontecimientos de la época. Eran sus cantos como un remedo aldeano o infantil de la genialidad de aquel solemne y arrogante lirismo que había sonado en América, durante la Revolución, para propagar sus entusiasmos y saludar sus triunfos. En tan endeble poesía de circunstancias, se asociaban, de contradictoria manera, la ingenuidad, el abandono, el candor, todas aquellas condiciones del gusto y el estilo que manifiestan la inexperiencia literaria, con el amaneramiento y el artificio propio de una retórica que señalaba el último grado de afectación y decadencia de una escuela moribunda.

"La organización incipiente y precaria concedía muy poco espacio a las tareas del espíritu que no se relacionasen directamente con las porfías y las pasiones de la acción. La imprenta apenas existía más que para el periódico político. Ciudad nueva y atribulada, sin tradición intelectual ni reposo para haber constituido las formas fundamentales de una cultura, Montevideo recibió de aquella doble inmigración de escritores el impulso que, perseverando con ellos y despertando a la vez la emulación de los nativos, la levantó en diez años más a la condición de uno de los centros literarios más interesantes y animados de la América española".

Sustancialmente, coinciden estas referencias de Rodó con las de Andrés Bello al mismo período montevidiano, citadas por Carlos Roxlo. Subraya Bello, además, el influjo americanista del romanticismo argentino:

"Muy temprano apareció en las orillas del Plata el espíritu innovador; cuando recién acababa Víctor Hugo de dar a la escena su primer drama — HERNANI — ya publicaba don Esteban Echeverría sus CONSUELOS. El momento era oportuno. La guerra de la independencia había terminado; y despojadas nuestras liras de la pasión guerrera que las ennoblece y nacionalizaba, necesitaban armonizar su entonación con el estado de nuestro pueblo; que apuraba el cáliz de la desgracia y estaba menesteroso de doctrina y de verdad.

"El libro del señor Echeverría abrió una nueva época; es el punto en que se separa de nosotros el arte antiguo, para dar plaza al arte de nuestro día: se esconde de nuestra vista la poesía pueril, mero objeto de pasatiempo y solaz, abdican su imperio las sensuales deidades del paganismo, y raya en el horizonte un brillante crepúsculo de esa poesía, instrumento de mejora social, poesía de verdad, de sentimiento, que se alza a la contemplación de elevadísimos objetos. Pero era un crepúsculo, nada más: no tienen los CONSUELOS todas las condiciones que debe reunir el arte nuevo. Bien lo conoció el clarísimo ingenio de su autor, según se ve en una de las notas de su libro, y lo expresó, mejor que pudiéramos hacerlo, un literato argentino de merecida y envidiable reputación.

"A los CONSUELOS siguieron las RIMAS del mismo autor, vistiendo las galas, que con mano tan liberal, brinda al artista nuestra naturaleza física. Este es el mérito sobresaliente de esta obra. El señor Echeverría parece que se había inspirado con esas misteriosas armonías que producen los árboles del desierto, sacudidos por el viento de la Pampa; y sus RIMAS tienen el colorido local que es una de las condiciones que ha de asumir la poesía americana. El género descriptivo debe adquirir en América una existencia llena de energía y novedad, si lo realza y anima el pensamiento social, la idea civilizadora, que debemos pedir a todas las obras del talento.

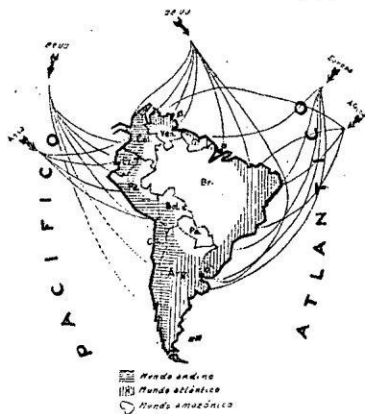
"Nuestras necesidades de pueblo joven nos alejan no sólo del fatalismo clásico, sino también de la desesperación romántica. La misión social de la poesía debe armonizarse con el modo de ser de cada nacionalidad, como ca-

da zona de la tierra produce sus aves, sus flores y sus frutos".

Fué, sin duda, el instante en que más se introdujo la Argentina en el Uruguay, más aún que en la época "colonial". Juan Cruz Varela continuó en Montevideo la celebración clásica de los fastos republicanos; Florencio Varela, que sería asesinado en la ciudad por instigación rozista y por averiguado instrumento del campo oribista, también celebró a la patria al modo clásico, pero fué sobre todo el gran periodista combatiente; Rivera Indarte, más exaltado que poeta, marcó a fuego a la tiranía desde la ciudad sitiada; Mármol, brioso asimismo pero más inspirado, anatematizó para siempre a Rozas y concluyó la romántica AMALIA, primera novela de Hispanoamérica; Echeverría completó sus rimas y dió nombre e historia definitivos a la Asociación de Mayo; Ascasubi compuso las trovas satíricas de PAULINO LUCERO y la narración poética SANTOS VEGA; Gutiérrez organizó la crítica literaria rioplatense y obtuvo su mayor galardón poético; Domínguez se afamó con una poesía ingenua y limpia, de tono vernáculo y forma europea; Mitre ofició su lirismo juvenil; Alberdi dió el cuño de la crítica social; Cané triunfó en el ensayo literario; Paz y Lamadrid llevaron sus MEMORIAS personales repletas de gloria americana, etc. etc. Se editaron periódicos — como símbolo de todos el memorable INICIADOR de Andrés Lamas, perfecta encarnación a su vez de un Montevideo acogedor y abnegado — aparecieron libros, se constituyeron sociedades literarias, se abrieron estudios de derecho, se celebraron certámenes poéticos, hubo constantes reuniones, representaciones, polémicas, comuniones y luchas santas por la belleza y por el bien, con apasionamiento, con nobleza, con generosidad, con sabiduría... Todavía América (exceptuado Santiago de Chile, también con el aporte de la emigración argentina) no ha vuelto a ofrecer espectáculo igual. Y tuvo a Buenos Aires por proveedor, y por escenario a Montevideo, la Atenas del Plata se le dijo, para compensar con las gratas aficiones de Minerva las austeras obligaciones troyanas.

Debe consignarse lealmente que en el campo sitiador, con sede gubernativa en la Villa de la Unión, a pesar de que la vida de la población era mucho más elemental e irregular, hubo escuela primaria y superior y prensa, lo que facilitó el empalme con Montevideo cuando se acordaron las paces.

Seguramente la geografía y el Brasil no lo consentían; de lo contrario, Montevideo, sufrido y dispuesto, pudo sustituir en aquella coyuntura a Buenos Aires como capital del vasto sistema rioplatense. Quedó en el Uruguay hasta fines del siglo un fuerte sentimiento argentinista que hizo considerar como cosa propia el pasado y el presente de la otra banda y poblar de glorias argentinas la literatura nacional, paralelamente a una caudalosa emigración uruguayaya hacia Buenos Aires.



13. El Uruguay soberano conserva y acrecienta la jerarquía adquirida con la colaboración argentina.

EL tirano porteño Rozas cae en 1851, por los esfuerzos conjuntos de argentinos opositores, orientales antirrosistas y brasileños, bajo el mando del General Justo José de Urquiza, gobernador de Entre Ríos, provincia que actuó en aquella oportunidad como estado soberano. ¿Qué tenían que hacer en el pleito los brasileños? No olvidemos el *status quo* platense de 1830, que Rozas amenazó durante tres lustros.

La caída de Rozas no significó la paz para la Argentina ni para el Uruguay; pero ya prosiguió en ambos pueblos una lucha de otra índole, lucha realmente interna,

circunscripto cada combatiente a las respectivas fronteras nacionales que el tiempo y los acontecimientos habían fijado, para no trasponerlas sino en trance de exilio.

Al Brasil independiente, nacido sin trauma, le tocaría más tarde agitarse para el tránsito del imperio a la república, pero también con más aspecto de debate que de pelea, movido, no por intrigas ni por sables, sino por una sociedad filosófica que estampó en el simbolismo y en el lema de la bandera nacional republicana su inconfundible verónica.

Con esto no estaba logrado aún el *modus vivendi* rioplatense que se venía persiguiendo. El Paraguay aislacionista vivía sometido desde la emancipación a un despotismo ya siniestro ya patriarcal, que significaba para el sistema interamericano de la zona el mismo peligro que el de Rozas, y debieron aliarse una vez más la Argentina, el Uruguay y el Brasil para combatirlo. En los tres pueblos aliados, sobre todo en los del Plata, tuvo enérgica oposición aquella guerra, que parecía más interesada que altruista; pero los gobiernos de los tres la cifraron en la necesidad de democratizar a las naciones vecinas para convivir pacíficamente, según la doctrina internacional que hoy tiende a imponerse en el mundo.

Tanto esa guerra costosísima como los choques internos que recién a fines del siglo fueron espaciándose, estorbaron en el Río de la Plata el progreso general; pero las perspectivas que de todas maneras ofrecían aquellas tierras libres y abundantes a una Europa castigada por guerras más crueles y por la miseria, atraieron con creciente fuerza al capital y al trabajo europeos, y con ellos entró la cultura universal, unas veces en sustitución de la propia, otras como instigadora.

La Argentina, sin duda la más progresista de las naciones hispanoamericanas a fines del siglo XIX y comienzos del actual, emprendió una carrera, hasta desahogada, por los adelantos materiales, por la instrucción pública, por la cultura superior, todo lo cual se refleja en su literatura, la más profusa y creadora, por el momento, de la lengua española de ambos mundos.

El Uruguay, más moderado, a veces más impedido por las guerras civiles, supo sostener la posición de avanzada que había conquistado en la triunfal resistencia a Rozas, y conservar a Montevideo, después del impulso de la inmigración argentina, como uno de los principales centros de cultura americana, con una Universidad técnica, con un Ateneo liberal, con la escuela pública laica de José Pedro Varela, con el arte documental de Juan Manuel Blanes, con un teatro alerta a las novedades dramáticas y líricas mundiales, con la progresista empresa editorial de Antonio Barreiro y Ramos, con el periodismo combativo y doctrinario de Juan Carlos Gómez, Carlos María Ramírez, José Batlle y Ordóñez o Eduardo Acevedo Díaz, con el derecho de Tristán Narvaja o de Justino Jiménez de Aréchaga, con la historiografía de Andrés Lamas, de Francisco Bauzá y de Eduardo Acevedo, con la crítica de Víctor Pérez Petit, Samuel Blixen, José Enrique Rodó o Carlos Roxlo, con la sátira social de Sansón Carrasco, con la poesía romántica de Ramón de Santiago o de Juan Zorrilla de San Martín y la modernista de Julio Herrera y Reissig, Roberto de las Carreras, Armando Vasseur, Víctor Arreguine, Delmira Agustini o Eugenia Vaz Ferreira, con la dramaturgia de Florencio Sánchez y de Ernesto Herrera, con el cuento o la novela realista de Eduardo Acevedo Díaz, Manuel Bernárdez, Javier de Viana, Carlos Reyles, Horacio Quiroga, con la lírica y la didáctica criollista o gauchesca de Alcides de María, Elías Regules, Antonio Lussich o El Viejo Pancho.

La inmigración política argentina había introducido en el Uruguay el romanticismo, al que puede adscribirse lo mismo la lírica becqueriana de Zorrilla de San Martín que la novela histórica de Acevedo Díaz, la crítica americanista de Rodó o el teatro de Sánchez; de Buenos Aires llegó también, con las *PROSAS PROFANAS* de Darío y los sonetos de Lugones, el modernismo de la prosa de Rodó y de la poesía de Herrera y Reissig y de Quiroga, aunque este último, verdadero introductor modernista en el Uruguay, tuvo noticias del decadentismo francés por conducto de un inmigrante del Salto. Los escritores uruguayos supieron honrar aquellos legados argentinos igualando o

superando el modelo en la novela de Acevedo Díaz y en la crítica de Rodó, y logrando con los dramas de Sánchez una creación dramática americana. La poesía gauchesca, definida por Hidalgo en la banda oriental, dió en la otra la nota suprema con MARTÍN FIERRO, no extraño, empero, a la inspiración oriental directa.

**14. Un sentido rioplatense en la cultura
uruguaya y una nueva emulación ante
Buenos Aires.**

EL siglo xx, si bien comprende la plenitud de algunos de los autores mencionados, se desarrolla en el Uruguay con igual vinculación argentina, pero con más independencia. La cultura francesa influye sin intermediarios en la cultura uruguaya como en la argentina y en otras de América. Por momentos, llega a ser tan absorbente en el Uruguay la sugestión gálica, que no deja resuello para pensar en la Argentina ni en el resto del Continente.

Hay quien traduce a Walt Whitman, hay quien lee a Lord Byron, a Gabriel d'Annunzio, a Enrique Ibsen o a León Tolstoy; hay quien curiosear a los alemanes; alguno se atiende a España todavía; pero son actitudes individuales o de círculo: en común, impera Francia, y aun se le pide prestado el idioma para introducirse en otros pueblos. Los llamados "clásicos" aburren. De la España contemporánea se hace caso cuando queda definida en ella la renovación modernista y afrancesada. De América, se atiende a los modernistas y a los epígonos, insertos finalmente en la literatura francesa. No se modera el empeño por nacionalizar a poetas franceses nacidos casualmente en el Uruguay, como Isidoro Ducasse, Jules Laforgue o Jules Supervielle; en cambio, toda la cultura uruguaya permanece ignorante o insensible al hecho mucho más significativo de que uno de los más grandes escritores de todos los tiempos, Guillermo Enrique Hudson, nacido y formado en Buenos Aires, redactor inglés a la fuerza, localizase en el Uruguay su mejor obra, LA TIERRA PURPÚREA, que es también el mejor libro que hayan inspirado este país y sus gentes.

Casi todos los autores uruguayos siguen teniendo que ver prácticamente con la Argentina, sea que residan allá, como Gómez, Fregeiro, Fragueiro, Behety, Montes, Lambertí, Arreguine, Maciel, Bernárdez (M.), Forteza, Roxlo, Acevedo Díaz, Quiroga, Nin Frías, Romero, Soiza Reilly, Burghi, Amorim, Erro, Mazzoni, Castelnuovo, Smith, Giuria, Delfino, sea que en el periodismo y en las editoriales de allá publiquen sus poesías, sus cuentos, sus artículos, sus libros, como esos mismos o Fernández Saldaña, Rodó, Viana, la Ibarbourou, Silva Valdés, Manacorda, Giselda Zani, Zum Felde, Clara Silva, Torres García, sea que representen sus obras teatrales como Sánchez, Herrera, Granada, Pérez Petit, Weisbach, Cione (paraguayo ciudadanizado en el Uruguay), Bellán, Bianchi, Martínez Cuitiño, Tálce etc.

El teatro argentino y el uruguayo del presente siglo (nacional se le decía en ambas bandas y se le sigue diciendo en Montevideo) es rioplatense, con autores, actores y empresarios de uno y otro lado trabajando en común en una o en otra ribera; el periodismo argentino ha tenido o tiene propulsores uruguayos de la capacidad de Piquet, Méndez, García Pintos, Botana, Duhau, García Hamilton, Stunz o Vigil, y circula en Montevideo como propio, lo mismo que el cine porteño; las editoriales argentinas abastecen a las librerías uruguayas, y ya se imprimen para ellas en Montevideo algunos libros; la radio argentina se escucha como la local en las poblaciones costeras orientales, y la montevidéana y la salteña propalan avisos comerciales argentinos; el tango, el *turf* y el fútbol son rioplatenses; hay firmas comerciales o industriales con establecimientos en Buenos Aires y en Montevideo; veranean anualmente en la costa uruguaya cien mil argentinos, muchos de los cuales son propietarios de palacetes y *chalets* en todas las playas; anualmente, por Semana Santa, viajan a la Argentina de ocho a diez mil uruguayos; hay entre ambas ciudades del Plata un constante intercambio de profesionales, comerciantes y turistas; en fin, residen y trabajan en la Argentina más de cincuenta mil uruguayos, muchísimos empleados en la administración pública, la mayoría con familia en el Uruguay, que

en algunos casos es de las más apellidadas, como si se tratase de familias de las provincias argentinas que envían a Buenos Aires los hijos a estudiar o a trabajar.

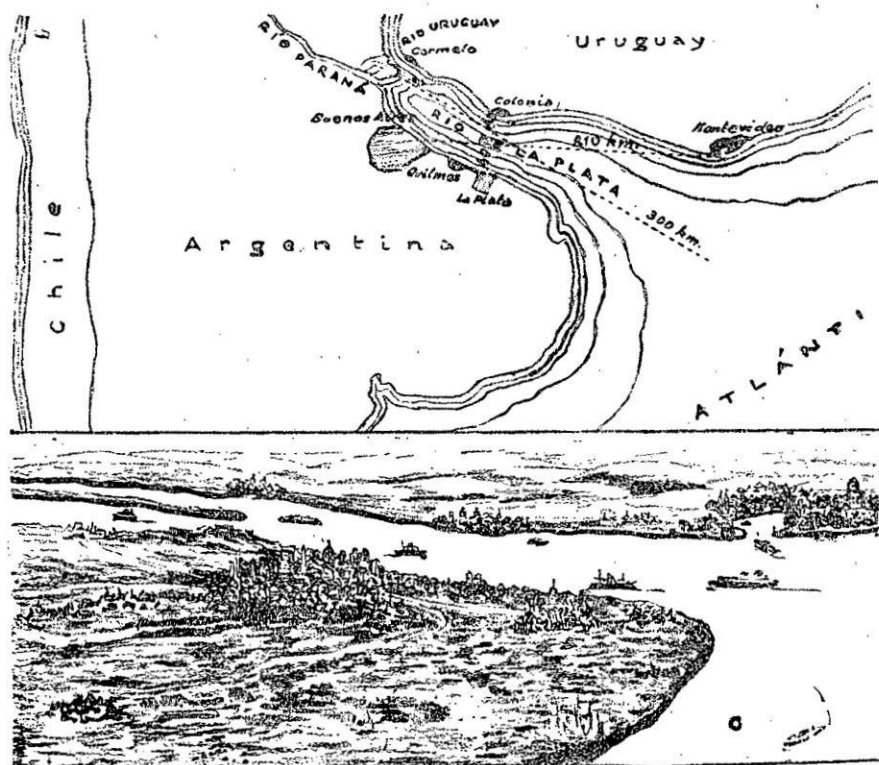
No obstante, se experimenta en Montevideo (quizás no igualmente en todas las ciudades del país en que gravita la Argentina) el prurito de emular a Buenos Aires sin imitarlo. Con la extraordinaria figura de estadista de José Batlle y Ordóñez y un socialista consistente como Emilio Frugoni, se estiman los orientales muy adelantados sobre la Argentina en instituciones políticas; con los pintores Pedro Figari y Joaquín Torres García, el músico Eduardo Fabini, media docena de poetas y poetisas y las lindas playas de Montevideo a la Paloma, se sienten a la vanguardia de las artes, las letras y la belleza natural; y no dudan de que los ciclos de la enseñanza pública, el fútbol, las bochas, la esgrima, el *turf* y el tango son superiores a los de la otra banda, como creen que son más valientes y más libres y que tienen un país más hermoso y más feraz.

Es una emulación — aun en sus manifestaciones más cándidas — con puerilidades y con fundamentos. En todo el litoral uruguayo se percibe demasiado la gravitación argentina, para que el sentir nacional no intente defenderse. Hemos visto que la actitud uruguaya durante la época de Rozas fué distinta; sin duda se ha exacerbado en el país el localismo, y de aquí la puerilidad innegable en la emulación; pero con la extorsión del trigo, de las papas y de los turistas no siempre comedidos, también es distinta la actitud bonaerense, y de aquí el innegable fundamento de los celos, aunque a lo mejor los suframos los que no los merecemos.

En el tránsito del siglo xix al xx, José Batlle y Ordóñez, uno de los más capacitados estadistas americanos, liquidó a los caudillos, concluyó con los motines, afirmó a la nación en la huella del progreso, le acentuó la fisonomía republicana (no tan democrática como se pregona) que venía diseñándose en su historia, y desde entonces el Uruguay, aun con una economía demasiado sometida a la economía argentina o a la norteamericana, y menos declaradamente a la brasileña, procura actuar en política na-

cional e internacional con soltura de movimientos o, al menos, con estilo propio, e imprimir a su cultura un sesgo original, que sin embargo no difiere mucho del giro común de la hora, a saber: un vanguardismo extremado que al pegar la vuelta se muerde la cola e incurre inadvertidamente en el clasicismo rehuído.

Como en tantos otros pueblos, se nota en el Uruguay una desprevención básica que tan pronto desdeña la antigüedad por caduca como la adora por... antigua; y en uno y en otro caso no pasa de las formas. De aquí cierto visible afán por el malabarismo verbal, con inocente omisión de los problemas mentales, sentimentales y sociales. A semejanza de la Roma cesárea, del Renacimiento clasicista y de la Francia decadente, la literatura (como el arte en general, la ética y la misma política) es más bien un problema artístico que un problema humano. El resul-



tado no podía ser otro: una notable floración de rimadores y aforistas, con una escasez de poetas y de filósofos, y una alarmante insensibilidad social. En la Argentina, en el Brasil, en casi toda la América española ocurre otro tanto, quizás agravado en el Uruguay por la falta inexplicable de crítica literaria, y aun de literatura, en el periodismo corriente y en el escasísimo especializado, y por el apocamiento editorial, a pesar de los esfuerzos de algunos impresores, en lucha desventajosa con el libro argentino.

15. Consolidación de la paz interior uruguaya y culminación de la cultura nacional.

ASEGURADA por la obra pacificadora y constructiva de José Batlle y Ordóñez la organización nacional, José Enrique Rodó, con su crítica estética y social, y Carlos Vaz Ferreira, con su crítica filosófica, le dieron al Uruguay la máxima elevación intelectual, pareja con cualquier otra hispanoamericana.

Vaz Ferreira vive todavía y continúa ejerciendo desde la Universidad su insuperado magisterio, en el que, sin embargo, ha afirmado también su personalidad descolante Emilio Oribe, poeta intenso, además. La crítica estética y social tiene cultores laboriosos e inteligentes, el más constante y destacado Alberto Zum Felde. El teatro ha decaído, a tono con la suerte que corre en la mayoría de los pueblos. En cambio, la narración, si bien con menos obras de aliento que en la etapa fecunda de Acevedo Díaz y Reyles, ha repetido con Justino Zavala Muniz la hazaña histórica y literaria del autor de ISMAEL; con José María Delgado ha superado la novela nacional de Reyles y Acevedo Díaz; con los cuentos silvestres de Horacio Quiroga alcanzó el generalato profesional; con las memorias provincianas de Juana de Ibarbourou y del mismo Delgado asume el más exquisito primor; y con los relatos camperos de Juan José Morosoli, Santiago Dossetti, Francisco Espínola y Serafín J. García ofrece paisajes y tipos genuinos pero sobre todo la auténtica magia del habla paisana, antes desnaturalizada muy a menudo. La poesía

lirica es flor profusa en el país y de rico aroma y olor; citemos, como en los otros casos, un nombre representativo, el de Juana de Ibarbourou, trascendente entre todos.

16. Evolución demográfica del Uruguay.

POR lo que puede ilustrar acerca del desenvolvimiento nacional uruguayo, damos estos datos demográficos tomados, excepto el último, de la Historia de Eduardo Acevedo:

Población del Uruguay en un siglo de vida independiente

1829....	74.000	1892....	728.447
1835....	128.371	1900....	915.647
1852....	131.969	1908....	1.042.686
1860....	223.238	1920....	1.494.953
1879....	438.245	1930....	1.903.083
1882....	505.207		

Población de Montevideo desde comienzos del siglo XIX hasta el centenario de la independencia

Ciudad y suburbios	Departamento
1803.... 4.722	1852.... 33.994
1813.... 13.937	1860.... 57.913
1829.... 14.000	1884.... 164.028
1835.... 23.000	1889.... 215.061
	1908.... 309.231
	1930.... 500.000 (?)

En 1908, el 82,62 % de la población nacional eran uruguayos, y el 17,38 % extranjeros, distribuidos así por nacionalidades: italianos 62.327, españoles 54.885, brasileños 27.789, argentinos 18.600, franceses 8.341. En el Departamento de Montevideo, en el mismo año, los nativos eran 215.102, y los extranjeros 94.029.

Para 1947, a falta de un nuevo censo nacional, se calcula una población de 2.225.000 en toda la República, y alrededor de 700.000 en el Departamento de Montevideo, esta última con gran incremento israelita desde 1935.

17. Posibilidad del "Edén charrúa".

EL Uruguay está muy escasamente industrializado; su economía se cifra en el turismo, en la agricultura y sobre todo en la ganadería; recibe miles de paseantes, la mayoría argentinos, y exporta carnes, huevos, lanas, cueros, lino, girasol, conservas de frigorífico y arena para la construcción, entre otros renglones de menor cuantía; también exporta algunos productos de licorería, textiles, siderúrgicos y editoriales; pero anualmente tiene que importar, además de lo que no produce y necesita, el trigo, la papa y el maíz para las necesidades ordinarias, lo que, conjuntamente con el exceso de exportación de carne para equilibrar el intercambio comercial, le entorpece el libre desenvolvimiento económico interno y a veces el político.

La tierra es pobre en el Uruguay, y escasas las fuentes de materias primas; pero lo más importante es que es dueña del país una minoría terrateniente y pecuaria regresiva; que el capital se acumula miedoso en depósitos bancarios y en la propiedad raíz; que no se estimulan los hábitos de trabajo de la población, y que falta en general espíritu de iniciativa, de empresa, de lucha, con mayor inclinación a reglamentar la pobreza que a crear riqueza (creación en que ha sido maestra entre todas las americanas la oligarquía argentina) y con creciente afición a los sustitutos de la dicha real, o sean la lotería, el alcohol, el tabaco, la burocracia, la jubilación, el café, el campeonismo deportivo y la explotación del vicio.

Una inteligente y honrada política granjera y pesquera, con una agricultura y una ganadería racionales en la subdivisión de la tierra fecundada artificialmente y protegida de la erosión de los ríos, e inmigración italiana ilimitada; y audacia y trabajo y mayor consumo interno y menos mezquindad y lotería, tienen que convertir al Uruguay en el "Edén charrúa" auténtico que algunos proclaman ahora en el aire.

José GABRIEL

Páginas Irreverentes

Retrato Impúdico de Martín Adán

AL *Martín Adán* de todos los días que pocos conocen de cerca, a ese de la traza de conspirador, huido por lo común como si llevara oculto por bajo de la chaqueta algún petardo reaccionario, y cuando le viene en gana mordaz charlatán con habla de malabar irónico y despiadado; al *Martín Adán* que conversa de genealogías y abolengos con locuacidad y regusto, se torna inquisidor de familiaridades o que, en exceso de urbanidad de la mejor escuela, saluda y se despide con buenos modales; al vástago civilista y severo católico, apostólico y romano que hace uso y abuso de abundante coprolalia pero que juzga con ojo zahorí de primerísima mano e incisiva penetración; al *Martín Adán* complejo que hace tribuna de taberna, académico de revoluciones, le corresponde como la horma de su zapato LA CASA DE CARTÓN. Porque es en ese libro juvenil donde aparece la pluma de un panfletario suelto de cascos y bien guarnido de barroquísima expresión a través de la cual, en la mejor prosa que en el Perú se ha escrito, se dice vela verde del mundillo barranquino lleno de tías y amigotes. Allí — y perdónese el sacrilegio literario — aparece un González Prada más tuno y perverso, más aristocrático y acerado, que no ataca formas políticas sino que arremete con lanza y tizona de buena cepa limeña contra formas sociales, relaciones y parentescos, que a fin de cuentas son más molinos de viento que aquellos que Quijano el loco, el sabio, confundió en buena hora con gigantes.

El regocijo martinadaniano no es el regocijo gonzález-pradesco. El del autor de PROPAGANDA Y ATAQUE es el del señor venido a menos, un tanto populachero. En todo caso hepático. *Martín Adán* propina zurriagazos bastante crueles a más de uno, con tanta o más saña que el anarquista de 1880, pero de ello no se dan cuenta sino unos cuantos que no son, como él quisiera, civilistas, ni clérigos, ni togados, sino gentes de baja estofa, de la baja estofa en donde se cocina lo puro, lo encantador. Si *Martín Adán* no funda partido político es porque no quiere o porque cree que al Perú lo salva cualquiera. Pero — no lo dude nadie — sus páginas son más libres que las del autor de PÁGINAS LIBRES. Además *Martín Adán* pertenece, según los entendidos, a mejor familia, aunque él lo niegue a roso y velloso.

Con LA CASA DE CARTÓN me paseé por los patios de la Universidad de San Marcos en la que cursó con excelente resultado y para sorpresa de los catedráticos no muy doctos de su entonces. Y provoqué la perplejidad de mis correctos condiscipulos y la ira de los incorrectos, los gonzálezpradistas. Para mis adentros y a veces a gritos dije que yo era martinadaniano rebelde y malcriado. Muchas lecciones recibí del librejo — aparte de la del buen gusto, extraño en la letra escrita del Perú — y entre ellas la de no intentar conocer al escritor a quien se admira si no es a riesgo de mellar en buena parte esta admiración. No puedo olvidar, por más que lo quiero, que en la primera visita que le hice con el objeto de testimoniarle mis simpatías de adolescente mataperro y satisfacer mi avidez de adolescente curioso, hizo alusión reiterada a un ataque periodístico, y con afán acusador e impertinencia intencionada me lo atribuyó hasta el extremo de hacerme sentir culpable de algún pecado mortal contra su persona. El estudiante martinadaniano que era — ¡fuimos muy pocos los martinadanianos! — tuvo en aquella ocasión que escurrirse lo mejor que pudo.

Aludo a LA CASA DE CARTÓN porque pinta al poeta de pico y patas. No olvido los "antisonetos" en los que Mariátegui vió al auténtico creador, ni su ROSA DE LA ESPINELA de pureza irreprochable, de poesía indiscutible, hen-

chida de fervor clásico castellano y novísimo por personal y hondo. No olvido su TRAVESÍA DE EXTRAMARES que no entiendo por el arregosto de nomenclatura oscura y difícil pero en cuya retórica — aquí retórica en el noble, en el elogioso sentido — se reclama el más principal lugar de nuestras letras. El ALOYSIUS ACKER permanece en el misterio, accesible sólo a unos cuantos de su casta, no a mí que si bien fui de su bandería no soy lobo de su camada. No olvido todo ello, digo, pero me gusta el *Martín Adán* de LA CASA DE CARTÓN lleno de picardía, ladino y bribón. Me gusta y yo no tengo la culpa. Que los exquisitos husmeen la alquitara de lo demás, que en la novela poética encuentran la mejor madera, la materia mejor.

Yo no sé si *Martín Adán* está o no contento con el régimen actual, pero mucho me temo que el petardista que hay en él — alguna vez gritó en el General de San Marcos: ¡Muera la libertad! — trame alguna revuelta. Si así fuera, que sepa que de cualquier modo estoy en su facción.

Sebastián SALAZAR BONDY

Una Vida en las Tinieblas

¿QUIÉN se acuerda ahora de él? Pasó por el mundo. Vivió agitándose constantemente. Haciendo sentir su irrefrenable rebeldía. Pero pasó. Ahora nadie lo recuerda. Ahora que hace once años que yace sepultado. Cuando la paz le circunda el alma. Pertenece al olvido.

El autor de CINCO METROS DE POEMAS vió por primera vez la luz en la pintoresca ciudad de Puno. Allá por el año 1902. Belicoso desde muy muchacho. Dió motivo a severa vigilancia sobre sus pasos. La fatalidad llegó a sus puertas. Era aun adolescente cuando perdió a su padre. Carlos Oquendo de Amat empezó su vida bohemia. Su endiablada juventud no tuvo jamás miedo al peligro. El poeta pasó calamidades y peripecias como el que más. Supo de la pobreza y el dolor. Pero nunca inclinó la cabeza ante el Sino. Cada vez era más su contumacia. Su imagina-

ción portentosa paseó por lo más remoto de la vida. Tenía veinte años y su experiencia lo presentaba como un hombre de cuarenta. Su físico endeble y su mirada lánguida hacían brotar estimación por aquel muchacho.

Con una llaga en el alma. Con la sangre bañándole los sentidos. Marchó hacia adelante, siempre cumpliendo con sus ideales. Sin emitir queja. La política le abrió un sendero áspero. Su bohemia persistió incólume. Su fantasía, inquebrantable. Sereno soportó los horrores de la prisión. Del destierro. En sus años mozos sufrió como sufren los poetas. Manando sangre en cada suspiro. En cada mirada. En cada palabra. Pero sin declinar en sus propósitos.

España fué el punto final de este poeta *sui generis*. De este poeta que se inspiró en las sinrazones. En Madrid *espectó* la guerra civil. Su alma batalladora y voluntariosa, no pudo esta vez empujar hacia el combate a un cuerpo demacrado. El poeta era presa de una terrible enfermedad. Debilitado. Raquítico. Carlos Oquendo de Amat no podía tener otro fin. Murió lejos de la Patria. A muchos kilómetros del suelo querido. Pero lo hizo con la mente cubierta de evocaciones y el espíritu henchido de valor. No quebrantando su ideal de vate. Las máculas de su cuerpo no eran nada para quien en su pecho encerraba un corazón tan poderoso.

Carlos MENESES CARDENAS

Un Perro, un Hombre y la Calle

UN perro negro y lanudo cruzó la calle, haciendo prodigios para no ser atropellado por los carros. Con el lomo encorvado y el hocico rozando el suelo, siguió por la vereda a un paso que no era andar ni correr, al paso de los que son muy cobardes para andar y muy débiles para correr. Así iba, oliendo todo rápidamente, como buscando o siguiendo un quimérico sendero de abundancia. Anduvo así unos metros y dió con el mendigo sentado en el suelo, olió unos harapos y levantó el hocico. Entre hombre y pe-

ro se cambió una mirada de rencor. Rencor e insolencia en el perro, y rencor y vergüenza en el hombre. El mendigo tomó el palo y quiso asestar un golpe al intruso, pero éste lo esquivó con la experiencia de quien los esquivo a diario, y desde prudente distancia lo observó aun con más insolencia. El hombre se enfurece y amenaza blandiendo los puños apretados, y entonces el perro se aleja pensando quién sabe en qué. El mendigo se queda solo, para pedir con la mano abierta y voz lastimera. Porque su voz conoce todos los tonos de la súplica, y su mano y su rostro saben de todos los gestos que conmueven. Ha aprendido eso, este hombre, y mucho más, sentado en el suelo, mirando el diario desfile de zapatos. Un hombre gordo y feliz se acerca leyendo un diario, y al verlo se apresura, fingiendo apuro. El mendigo ha estirado la mano, pero no ha pedido, porque sabe quiénes dan y quiénes no. Una vieja, esa sí, le ha dejado su limosna y se ha alejado asustada. ¡Ah, psicólogo hipócrita!... Pero a mí no me pidas. Porque yo te odio. Sí... escúchame bien: ¡yo te odio, mendigo voluntario!... Me irritas, me exasperas. Pero debo decirte algo: eres un mendigo bruto, porque si fueras un desdichado inteligente, harías lo que esos otros: beber. Te emborracharías con el producto de tu súplica, y desearías *terminar tu vida bien pronto, en algún muladar, borracho y soñando en lugares y tiempos de felicidad. Pero eres bruto y quieres vivir mucho, por eso pides y haces cálculos, y aplicas una aritmética mezquina a la limosna que recibes. Nunca falta una vieja que te arroja unas monedas para comprarle así a Dios el perdón de sus pecados. Y con eso ya tienes y te basta. Compras un pan, mientras más duro mejor, para que tus dientes trabajen y se mantengan firmes. ¡Ah, psicólogo hipócrita!...

No me mires, porque cuando me miras te odio más; la expresión de tus ojos es una cruel caricatura de la tristeza. Quiero tomarte por los hombros, sacudirte y gritarte con todas mis fuerzas: ¡el dolor del hombre es sagrado! Pero sólo te miro, y me alejo con las manos en los bolsillos, los labios apretados, y la mirada en el suelo.

Alfredo FERNÁNDEZ CANO

Dibujos de Eskerriloff, Mario y Gabriel.

UNMSM-CEDOC

Talleres Gráficos de la
Editorial Lumen S. A.
Pescadería N^{os}. 133-137
— Lima, Perú —

En el próximo número

SAN MARCOS

tributará su homenaje a la memoria de Cervantes, con motivo de cumplirse el 4º centenario cervantino; publicará colaboraciones de eminentes profesores de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Aparecerán sucesivamente:

LA EDUCACIÓN EN EL PERÚ - IIª parte
por *R. Mac Lean y Estenós*.

CARACTERÍSTICAS CRIMINÓGENAS
por *M. Ruiz Funes*.

TRES NOTAS
de *Juana de Ibarbourou*.

EL PAPEL SOCIAL DE LAS MATEMÁTICAS
por *Carlos Clavo Rivera*.

DE LA ENFERMEDAD A LA SALUD
por *Antenor Orrego*.

ARMONÍA EN LA LUZ
por *Julio Garrido Malaver*.

Reportajes a Maurois, Salinas, Tannenbaum, Giral, Ruiz Funes.



SAN MARCOS

Instituto de Periodismo
de la Facultad de Letras

UNIVERSIDAD NACIONAL
MAYOR DE SAN MARCOS

Lima — PERU



International Petroleum Co. Ltd.

Lima (PERU)

Lima _____
Editorial Lumen S. A.
_____ 1947

UNMSM-CEDOC